

MUNICIPALIDAD DE QUITO



Museo Histórico

*Organo del
Museo de Historia
de la Ciudad de Quito*

Quito - Ecuador

IMPRENTA MUNICIPAL

Núm. 31



MUSEO HISTORICO

*Revista trimestral
Organo del Museo de Arte e Historia*

*Departamento Municipal
de Educación y Cultura Popular
Quito - Ecuador*



Decreto Número 506 de 1958
Julio 28

Por el cual se declaran huéspedes de honor de la ciudad a unos ilustres visitantes.

El Alcalde Mayor del Distrito Especial de Bogotá
en uso de sus facultades legales, y
considerando

Que correspondiendo a la invitación que les fue hecha por la Alcaldía Mayor de Bogotá, han llegado a esta ciudad el señor Alcalde de Quito, Doctor Carlos Andrade Marín y su Señora esposa, doña Anita de Andrade, acompañados por el Presidente de la Comisión de Obras Públicas del Cabildo, Concejal Doctor Jaime Mantilla Mata y su Señora esposa, Doña Matilde de Mantilla y de los siguientes altos funcionarios de la Administración Municipal Quiteña: Ingeniero Luis Jirralde, Presidente del Plan Regulador; Doctor Rodrigo Jácome Moscoso, Asesor Jurídico, e Ingeniero Juan Bernardo Villacreses, Director de Obras Públicas.

Que tan distinguidos visitantes vienen con el deseo de conocer las obras públicas que se están llevando a cabo en el Distrito y de fomentar las relaciones de cordial fraternidad que felizmente existen entre nuestras dos ciudades, y que su presencia entre nosotros es motivo de la mayor complacencia.

Decreta:

Artículo Único.- El Órgano Ejecutivo del Distrito Especial de Bogotá, haciéndose intérprete del sentimiento unánime de la ciudadanía bogotana, presenta un atento y cordial saludo al señor Doctor Carlos Andrade Marín, a su Señora esposa y a los Miembros de su Comisión, y los declara huéspedes de honor de la ciudad.

Comuníquese, Publíquese y Cúmplase

Dado en el Palacio Distrital de Bogotá, a los 28 días del mes de Julio del mil novecientos cincuenta y ocho.

RAMÓN MARRANO VILLEGAS
Secretario de Gobierno

PABLO LOPEZ LEIVA
Secretario de Planeación

HERBERT RITTER ECHEVEQUI
Secretario de Obras Públicas

BERNARDO MAZUEPA VILLEGAS
ALCALDE MAYOR

PEPITO M. CARRERO MALLARINO
Secretario de Hacienda

HERNANDO ANDRÉS MEJÍA
Secretario de Educación

COMUNICADO (2) EDUARDO MURILLO ROYAS
Secretario de Turismo y Fomento

Acuerdo de la Alcaldía Mayor de Bogotá,
por el que se declara Huéspedes de Honor, al Sr. Alcalde de Sn. Francisco de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín y Sra. Anita de Andrade Marín.

MUSEO HISTORICO

Año X Quito, 10 de Agosto de 1958 N° 31

DIRECTOR: JORGE A. GARCES G.

La visita a Bogotá, del Sr. Alcalde de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín

UN acontecimiento sobresaliente por su trascendencia en la hermandad colombo-ecuatoriana, constituyó la visita del Dr. Carlos Andrade Marín, Alcalde de San Francisco de Quito, a la ciudad de Bogotá.

Con motivo de la grata permanencia del Alcalde de Quito en la capital colombiana, se puso de manifiesto en una y otra forma, la simpatía que el pueblo del norte guarda para el Ecuador. No en otra forma se puede interpretar el derroche de atenciones que se dispensaron al señor Alcalde y su comitiva.

La prensa bogotana y la prensa caleña siguieron paso a paso, y con el mayor interés, el desarrollo del programa de esta visita en sus respectivas ciudades, prestando el adecuado eco de sus comentarios e informaciones gráficas, para destacar la importancia y significación de uno de estos gestos de franca comprensión latinoamericana.

Entre los actos de mayor interés cumplidos por el Alcalde de Quito en la vecina república, merece destacarse la entrevista que sostuvo con el Presidente Dr. Alberto Lleras Camargo, en la cual trataron acerca de los problemas comunes que afectan y preocupan a los dos países. Cuando días más tarde el Dr. Andrade Marín visitaba la floreciente ciudad de Cali, "El Relator" publicó una nutrida información sobre la personalidad del Alcalde de Quito, y se hizo portavoz de su opinión certera y en concordancia con el sentir general de todo el Continente, de que "Lleras es el hombre que necesitaba Colombia".

Sin duda por la importancia que reviste para el inmediato desarrollo de nuestra Capital, el aspecto más interesante de esta visita del Alcalde de Quito a Colombia, es la serie de experiencias que tuvo ocasión de realizar el Dr. Andrade Marín en el campo del conocimiento y penetración de los métodos económico-urbanísticos que se aplican en la actualidad en las tres mayores concentraciones de población de la república del Norte.

El llamado Plan de Valorización que se está desarrollando en Bogotá, Cali y Medellín, es el más radical programa de remodelación urbana que se ha emprendido en Colombia, y que, acaso, no tiene paralelo en Latinoamérica.

El Dr. Andrade Marín sostuvo extensas entrevistas con el Alcalde Mayor de Bogotá, Mazuera

Villegas, entrevistas que permitieron a los representantes de las dos Capitales Grancolombianas, intercambiar sus puntos de vista, sus proyectos creadores, sus inquietudes eminentemente civilistas, en torno de una serie de tópicos de la mayor importancia para nuestra inmediata vida urbanística, en florecimiento, sin duda, de un prometedor crecimiento y de una cierta aplicación de las más recientes técnicas universales.

Mazuera Villegas ofreció al Dr. Andrade Marín una recepción en el Country Club de Bogotá y allí le entregó al distinguido visitante, el título de Huésped de Honor de la Capital hermana. En gesto de fraternal retribución, simbolizando la unión espiritual de las dos ciudades allí representadas, el Alcalde de Quito hizo la entrega de las llaves de esta Ciudad a Mazuera Villegas, con ocasión de la recepción ofrecida en la Embajada del Ecuador.

El nombre del Dr. Andrade Marín es conocido en América no sólo en el ámbito de las relaciones internacionales de los pueblos a través de la representación de uno de sus más antiguos Cabildos, substractum de la historia del Continente, sino también en el vasto campo de la medicina infantil.

Numerosas sociedades médicas de Bogotá y de Cali así lo demostraron, aprovechando la presencia del Dr. Andrade Marín en su territorio, para brindarle el homenaje justo y merecido de su reconocimiento por la labor cumplida a lo largo de su vida en beneficio de la niñez doliente.

La Sociedad Colombiana de Pediatría y Puericultura le hizo entrega del honroso nombramiento de Socio Correspondiente de la entidad. La Federación Médica de Colombia le hizo una manifestación

colectiva en la que se puso de relieve la alta estimación que se tenía por el Dr. Andrade Marín, en atención a sus dotes de sabio y celoso guardián de la salud de un pueblo.

En Cali, el Alcalde de Quito fue visitado por el Presidente de la Sociedad de Pediatría del Valle del Cauca y recibió de esta entidad científica, una nota de salutación y homenaje.

No fué menos emotiva y llena de significado la recepción brindada por la Federación Médica en el Restaurante "Temal", en la que se hizo entrega de un diploma.

Revistió, también, notable interés, la visita realizada por el Alcalde a la Catedral de Sal, gigantesca obra de la más original arquitectura de talla subterránea en Zipaquirá; la que fué seguida de un homenaje en la Ranchería del Libertador, en la misma localidad.

Tuvo también ocasión de inspeccionar las obras del nuevo acueducto, que se realizan, con profundo sentido de la responsabilidad administrativa de los municipios, a fin de satisfacer las necesidades presentes y futuras de Bogotá. La planificación de este acueducto que encauza y luego lleva a potabilizar las aguas del río Bogotá, ha sido materia de hondo estudio y de la más seria previsión en materia de costos y posibilidades técnicas. El Dr. Andrade Marín apreció la magnitud e importancia de esta obra y el esfuerzo que se ha cumplido bajo la iniciativa del Alcalde Mazuera Villegas.

El Alcalde de Quito y la comitiva, rindiéron a nombre del pueblo de la Capital ecuatoriana, el homenaje debido a la memoria veneranda del

Libertador, colocando en solemne ceremonia plena de simbolismo y emoción cívicos, una ofrenda floral al pie del Monumento de Bolívar.

Pero no fueron tan sólo las autoridades civiles y políticas de Bogotá y de Cali quienes testimoniaron al Alcalde de Quito la simpatía y afecto, ni tan sólo las entidades médicas de estas ciudades quienes hicieron resaltar los valores humanos del ilustre visitante: la explosión sencilla y espontánea de la simpatía popular, por calles y plazas, demostró hasta la saciedad que al margen de todo acto oficial se sentía una verdadera devoción por los representantes del pueblo quiteño, y cada ciudadano se esforzaba en manifestar este sentimiento de profundo contenido grancolombiano.

En el sector Sur de Bogotá, el Alcalde Andrade Marín fué invitado, fuera de todo programa oficial, a ser recibido en el seno de agrupaciones populares que deseaban brindarle su ofrenda de estimación, su homenaje auténtico, su voz de bienvenida y de entusiasmo.

La más importante y numerosa de estas concentraciones populares, se realizó en la Plaza de las Cruces, tradicional rincón bogotano, en donde se pudo apreciar, como la más cierta expresión de simpatía nacida del fervor de los pobladores, un ameno programa de música y danzas autóctonas, seguidas por discursos plenos de entusiasmo que traducían el sentido fraterno que une a los pueblos de Colombia y Ecuador.

La contestación del Alcalde, en ésta, como en todas las oportunidades de estas concentraciones populares que se formaron en su honor, exaltó más aún la simpatía del pueblo que se volcaba en

larguísimas aclamaciones, aplausos y vivas a nuestra Patria.

El pueblo de Cali tuvo ocasión de expresar sus sentimientos de cordialidad hacia el Alcalde de Quito en el singular evento de la proclamación de la Reina de los Barrios de la Capital del Cauca, cuando el Dr. Andrade Marín concurrió a este acontecimiento integrando el Jurado para discernir el premio a la hermosura y a la gracia de la mujer caleña.

Más tarde, concurrió a las competencias atléticas que se realizaron en el estadio, siendo calurosamente aplaudida su presencia por todo el público reunido en esta ocasión.


Al llegar a su término la visita a la hermana república, el Dr. Andrade Marín expresó que se sentía hondamente satisfecho por los halagüeños resultados de ella y profundamente reconocido por las muestras de estimación que se le habían tributado y que las estimaba como la prueba más efectiva de los sentimientos de amistad sincera de Colombia, hacia el Ecuador.

Terminó manifestando que su satisfacción era muy grande, porque estaba seguro de haber contribuído con su presencia al fortalecimiento de los vínculos entre los dos pueblos.



La Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima

AGOSTO 10-18 DE 1958

 A visita de la Delegación a la Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima, que fue presidida por el Dr. Carlos Andrade Marín, Alcalde de Quito, constituyó un brillante éxito y ha cumplido ampliamente las finalidades que se propusieron sus iniciadores, los intelectuales peruanos Mejía Baca y Recavarren y el Alcalde de San Isidro Dr. Carlos Neuhaus, quienes formularon personalmente la invitación en Mayo pasado en Quito.

Las exposiciones de arte colonial y moderno en pintura y escultura y la exhibición del Museo del Oro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas fueron acogidas con verdadero entusiasmo en el ambiente artístico y popular de Lima. Se trata de una muestra pequeña, pero muy bien seleccionada que dejó la impresión del alto grado de progreso de las artes ecuatorianas en el pasado y en el presente. Millares de personas

desfilaron constantemente en los días de la exhibición e Instituciones de toda índole gestionaron con insistencia para que se prolongara una semana más la presentación de la muestra; a lo que necesario fue acceder a fin de que fuera visitada por universitarios, colegiales y planteles de enseñanza especial. La ciudad de Arequipa envió notas reiteradas pidiendo el traslado de la Exposición a esa ciudad del Perú, segunda en importancia, a ello desgraciadamente, por razones obvias no fue posible realizar.

Las intervenciones, las conferencias dictadas por el grupo de intelectuales ecuatorianos fueron aplaudidas emocionantemente, llenando el público las aulas de la Universidad de San Marcos y del edificio de la Exposición. Ellas fueron:

- 1º—La Casa de la Cultura Ecuatoriana y su labor, por el Dr. Julio Endara.
- 2º—Las formas de la Cultura en el Ecuador, por Alfredo Pareja Diez Canseco.
- 3º—La fundación de la Prensa en la Democracia, por Carlos Mantilla Ortega.
- 4º—La Educación Universitaria en el Ecuador, por Carlos Cueva Tamariz.
- 5º—El Arte Colonial en América, por Fray José María Vargas.
- 6º—El Relato en el Ecuador, por Angel F. Rojas.
- 7º—El Museo del Oro, por Carlos Cevallos Menéndez.
- 8º—Pintores y Artistas Ecuatorianos, por Ricardo Crespo Ordóñez.

9º—Presentación de vestidos con motivos folklóricos de Cuenca, por Matilde de Ortega.

10º—La Poesía Ecuatoriana, por Humberto Vacas Gómez.

11º—Introducción a la Moderna Pintura Ecuatoriana, por Alberto Coloma.

La impresión general que pudo ser recogida del público intelectual del Perú, fue de un franco reconocimiento del grado elevado de cultura del pueblo ecuatoriano. Fue muy grato para la Delegación, el escuchar en todos los círculos apreciaciones que colocan al Ecuador como el pueblo de Latinoamérica que goza de estabilidad democrática envidiable, de la paz y libertad que le han permitido no sólo el progreso material, sino en los campos del espíritu. La visita de la Delegación Ecuatoriana a Lima, constituyó, en cierto modo, un descubrimiento de muchos valores culturales de nuestra nacionalidad.

La Prensa peruana, de todas las tendencias, acogió los eventos culturales en forma verdaderamente notable, cubriendo las informaciones nutrida y detalladamente. "El Comercio", "La Prensa", "La Crónica", "La Tribuna", etc, dedicaron repetidos editoriales a comentar el significado de la visita; igualmente que la Revista denominada "Vanguardia", en cuya portada se hallaba el retrato del Alcalde de Quito.

Vale anotar el prestigio que tiene en el Perú, como en toda América, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que con esta oportunidad ratificó su bien sentado nombre. La Alcaldía de San Isidro, un grupo de intelectuales y Legisladores peruanos manifestaron públicamente su decisión para conseguir

un Decreto que cree una Institución similar en el Perú y se anunció la idea de llevar al Congreso de Municipios de Rio de Janeiro a reunirse en Noviembre, una ponencia conjunta de varias delegaciones que recomendaría su creación en todos los países americanos. Ya en visita anterior a Colombia se observó el interés sobre este asunto y un editorial de "El Tiempo" de Bogotá insinuaba la fundación de la Casa de la Cultura Colombiana.

Aunque la visita de la Delegación no tuvo carácter oficial ni diplomático, sus actividades trascendieron al Gobierno Peruano, quien organizó varios actos en su honor, reconociendo el significado de ella, que aspiraba a vincular culturalmente a dos pueblos de igual origen y trayectoria.

La Municipalidad de Lima dedicó una Sesión Solemne en la que se entregaron las Llaves de la Ciudad a los Alcaldes de Quito y Guayaquil; además la Alcaldía de San Isidro, declaró a los Alcaldes Miembros Honorarios del Concejo Municipal de San Isidro.

El 10 de Agosto la Delegación acompañada del Sr. Embajador del Ecuador en el Perú, quien prestó en todo instante su valiosa cooperación para el mejor éxito de las labores de la misma, depositó una ofrenda floral en el Monumento al Libertador Simón Bolívar. Si por una parte la Prensa peruana se hizo eco, destacando la intervención de la Comitiva y dedicando sendos artículos en honor de los Próceres del 10 de Agosto, por otra, las Municipalidades de Miraflores, Chorrillos y San Isidro se unieron a la de Lima, en homenajes que se ofrecieron a la Representación Ecuatoriana y a sus Alcaldes.

Revistió trascendental importancia el desfile de trajes típicos del Ecuador, organizado por la Casa de

la Cultura, Núcleo del Azuay, los que fueron lucidos por bellísimas jóvenes de la alta sociedad limeña y algunas damas de la Colonia Ecuatoriana en la Capital del Perú.

Las gentilezas y agasajos en homenaje de la Delegación Ecuatoriana fueron brillantes y nutridos: La Comisión organizadora designada por la Municipalidad de San Isidro y presidida por el intelectual Sr. Juan Mejía Baca, distribuyó un horario que no dejaba lagunas. Las diarias actividades, dieron la oportunidad de visitar las ruinas de Pachacamac, Puruchuco, los Museos Antropológico y Arqueológico de Lima; las colecciones particulares de Arte Colonial de Don Pedro de Osma, de Armas y de Oro del Dr. Mujica Gallo, millonarios y hombres intelectuales que han dedicado su vida a la adquisición de valiosos ejemplares y a formar riquísimas colecciones que están abiertas al público.

Como profesional, el Alcalde de Quito tuvo la oportunidad de visitar el Hospital de Niños de Lima en donde departió con antiguos amigos de la especialización como los Doctores Krumdiek, Cachay, Morey y otros. El Club Rotario de Lima, los Once Clubs del Distrito y los de Leones se hicieron presentes con gentiles invitaciones y homenajes.

Existe verdadero interés en Lima por realizar una Semana de la Cultura Peruana en esta Ciudad y ello será factible el próximo año, como una de las actividades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana que, indudablemente, ha de contar con la ayuda del Municipio y de otras Entidades culturales. Seguramente la Casa de la Cultura hará una edición comprensiva de la reseña completa de estas muestras de cultura ecuatoriana, y de las

conferencias que se dictaron en Lima. De desear sería que se exhiba en esta Ciudad por unos días la Exposición de Arte que se realizó en Lima; pues, constituiría realmente, una de las mejores oportunidades para hacer una revisión de los valores artísticos nacionales desde la Colonia hasta nuestros días.

El Sr. Alcalde de Quito, hizo observaciones, desde el punto urbanístico, de la ciudad de Lima muy útiles para nuestra Capital. La Capital del Perú ha tenido el acierto, como ninguna otra de coordinar su fantástico desarrollo con el mantenimiento de su personalidad y tradición, dando como resultado una ciudad que, con pocas excepciones, mantiene una unidad que se traduce en belleza. Como es lógico, toda su obra urbana ha sido pagada por los beneficiarios, en concepto de la contribución de Plus Valía.

El agradecimiento de todos los Miembros de la Delegación Ecuatoriana se extiende no sólo al Municipio limeño en general, sino al Sr. Presidente de la República y sus Ministros de Educación y Relaciones Exteriores; al valioso grupo de intelectuales que se sienten vinculados al Ecuador sea por haber residido en él, o por haber cumplido actividades diplomáticas. Una mención especial se debe hacer para el Sr. Embajador en Lima Dr. José María Ponce Yépez, quien con su constante labor fructífera contribuyó al éxito en las actividades de la Delegación Ecuatoriana.

Discurso del Alcalde de la Ciudad de Lima Doctor Héctor García Ribeyros en la Sesión Solemne del Cabildo, en la que les entregó las llaves de la Ciudad al Alcalde de Quito Doctor Carlos Andrade Marín y de Guayaquil, Licenciado Luis Robles Plaza

Sr. Dr. Dn. Carlos Andrade Marín Alcalde de la ciudad de Quito, Sr. Licenciado Don Luis Robles Plaza, Alcalde de la ciudad de Guayaquil:



A celebración en Lima de la Semana de la Cultura Ecuatoriana, importante y sugestiva jornada de actividades espirituales y de afirmación de seculares Vinculos de amistad, nos da la gratisima ocasión de contar con la presencia de vosotros, Señores Alcaldes, que, integrando la Embajada Intelectual de la hermana República del Norte ostentáis a la vez y respectivamente el supremo mandato cívico de la bella Capital del Ecuador y de su histórico puerto de Guayaquil. Fraternas ciudades ambas que, sobre los viejos solares de nuestra propia raíz autóctona, nacieron a la civilización occidental y cristiana bajo los presagios de su simultaneidad cronológica y por la acción de comunes y esforzados caudillos fundadores y colonizadores.

La Semana de la Cultura Ecuatoriana, que acaba de iniciarse, constituye, en realidad, un aconteci-

miento de altísimos niveles espirituales y de trascendentes proyecciones para el mejor conocimiento y difusión de la valiosa obra intelectual y artística de vuestra noble patria, tanto la lograda por generaciones pasadas como la que actualmente agita el quehacer de vuestros calificados escritores y artistas, obra toda ella de efectiva dimensión continental. En las conferencias que ofrecereis en Lima, nos será grato y provechoso apreciar más hondamente los avances que en los distintos órdenes de la cultura han realizado vuestros hombres de estudio, vuestros sabios e investigadores. En vuestras exposiciones plásticas nos será dable admirar más de cerca y más profundamente las muestras más saltantes de la renombrada obra de vuestros remotos pintores y escultores coloniales, que crearon una escuela artística propia y original, la denominada Escuela Quiteña, así como las expresiones más señaladas de las realizaciones pictóricas de vuestros artistas contemporáneos. Tendremos también la oportunidad de contemplar, dentro de los múltiples eventos de este certámen cultural, diversos aspectos de vuestra característica artesanía, en sus manifestaciones suntuarias y folklóricas.

Jornadas intelectuales y embajadas artísticas como ésta del Ecuador que se realiza en Lima y como las que durante los últimos años se han efectuado en distintas ciudades de América, con tan brillantes resultados y tan vivas demostraciones de altísima calidad, contribuyen, tanto a exaltar nuestros propios valores y a mostrar los logrados frutos de nuestras inquietudes espirituales, cuanto a estrechar los imperativos ineludibles de nuestra comunidad histórica y de nuestra confraternidad continental, porque, como se afirma con todo fundamento, las actividades del espíritu sobrepasan las fronteras materiales.

Señores Alcaldes:


Lima la Capital del Perú, que os recibe ahora alborazada y jubilosa, con unánime emoción fraternal, presenta por el intermedio de su Corporación Municipal representativa, el más afectuoso saludo de su ciudadanía hacia vuestros gallardos pueblos, los de Quito, de Guayaquil y demás ciudades de vuestra patria. Formula sus mejores votos por el más brillante éxito de vuestro certamen y porque cada día sean más hondos y más cordiales los lazos que nos vinculan desde los más lejanos tiempos hasta el promisor presente en que vivimos.

En nombre de Lima os declaro, en esta Sesión Solemne, señor Alcalde de Quito y señor Alcalde de Guayaquil, Huéspedes Ilustres de la Ciudad. En testimonio de ello me complazco en poner en vuestras manos una réplica de la histórica Llave de la población, que os abre de par en par sus puertas para que os queráis sentir en ella como si estuviérais al calor de vuestros distantes hogares.



Contestación del Sr. Alcalde de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín, en la sesión solemne del Cabildo de Lima, en que su Alcalde el Dr. Héctor García R. le hiciera la entrega de las llaves de la Ciudad.

Señor Alcalde de Lima:

 LIMA, la bella Ciudad cuya historia se refleja en sus muros y callejuelas acogedoras y cuyo presente magnífico y promisor se desenvuelve en sus amplias avenidas y en sus floridos rincones, ha abierto generosamente las puertas a la Delegación Cultural Ecuatoriana que me honro en presidir y que trae desde el país vecino de la común heredad latino-americana un caluroso mensaje de salutación y homenaje a esta gran Capital de los Virreyes.

La iniciativa de intelectuales peruanos de la talla de Mejía Baca, recogida por el inteligente y dinámico Alcalde de San Isidro, nuestro buen amigo Don Carlos Neuhaus Rizo Patrón, tuvo la inmediata respuesta de las Alcaldías de Quito y Guayaquil y de la Casa de la Cultura Ecuatoriana para presentar, en una Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima, una muestra, si pequeña en número, grande en contenido espiritual y en significado de la evolución de nuestros pueblos.



El Alcalde de Quito y la Sra. de Andrade Marín son recibidos por el Alcalde de Lima y Sra. de García Ribeyro en el Palacio Municipal de la Capital del Perú, para la Sesión Solemne en su honor.

Aquí han venido, junto con los anónimos artistas que tallaron y pintaron en el silencio de la vida colonial, los nombres bien conocidos de quienes representan el nacimiento de la Escuela quiteña de entonces; entre otros Miguel de Santiago, Gorivar, Samaniego, Rodríguez, y los escultores Caspicara, Legarda, Pampite, el Padre Carlos; indígenas, españoles y mestizos que se mezclaron en crisol de trascendentales realizaciones, cuyo máximo esplendor está desafiando los siglos en la arquitectura de las mil fachadas pétreas que se erigieron en Quito. La similitud de aquellas obras con las que estamos admirando en estos días en nuestra visita a Lima es impresionante y no hace sino afirmar una vez más la igualdad de origen de estas jóvenes nacionalidades en las que debemos hacer honor siempre a la estirpe indígena que dejó sello perdurable en tales manifestaciones artísticas del ayer y que hoy se mantienen y perfeccionan.

De ahí que la Escuela quiteña de pintura y escultura coloniales haya seguido imprimiendo el impulso que diariamente recogen nuestros pintores y escultores para aprisionar también la luz de los paisajes de la costa y de la sierra andinas, el estremecimiento de los agitados fenómenos sociales contemporáneos y el estado de ánimo del hombre de hoy que, desgraciadamente, es de angustia e inseguridad.

Tenemos fundada esperanza de que esta Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima afirme esos valores que en el Norte y en el Sur deben ser base de amistad y comprensión duraderas.

Bien habéis expresado, Sr. Alcalde de Lima, que las actividades culturales sobrepasan las fronteras materiales. Porque las fronteras dividen los terri-

torios; pero la cultura sirve para unir a los pueblos ya que el hombre es uno, no sólo en sus características somáticas, sino especialmente en sus proyecciones anímicas y creadoras. Y ello es más cierto al tratarse de pueblos que tienen raíz común en la historia y en las luchas por la libertad y la independencia, que hablan la misma lengua indígena y la misma española y que tienen el mismo futuro de juventud y esperanzas entre los pueblos de América.

La Semana Cultural que se realiza en estos días es pues, en el fondo la visita fraterna de quienes han querido utilizar el universal lenguaje del arte, la plástica y la belleza para hacer un homenaje al pueblo del Perú y a esta señorial y gentil ciudad de Lima.

En esta época —por un lado luminosa del progreso humano—; pero también sombría y desesperante por los peligros de ese mismo progreso incontrolado, es deber de los pueblos el unirse fuertemente por propio sentido de supervivencia. Y todavía el mejor lazo es y será el de la Cultura y el mejor campo para fructificar el buen entendimiento aquel en que el pueblo y los intelectuales intercambien emociones e inquietudes del espíritu.

Señor Alcalde:

He tenido el gusto de conocerlos y gozar de vuestra amistad en el Congreso de Municipios en Panamá y en Paris, Ahora, en Lima he podido apreciar de cerca vuestra gigantesca labor al frente de la más bella ciudad y la forma como vais solucionando los problemas urbanísticos que trae consigo su crecimiento acelerado.

Muchas enseñanzas llevo, por vuestra amabilidad, de lo que aquí se hace. Ellas van a ser muy útiles, ya que las preocupaciones son comunes y el ambiente semejante.

Especialmente quiero felicitaros y felicitar a Lima por el cuidado cariñoso y el respeto a la tradición que se observa en su estilo arquitectónico y que le da un sello personal y de alta estirpe española que se mantiene con tanto sentido artístico y con estrictez recomendables. Lima y Quito van quedando solas entre las capitales de Sudamérica, como depositarias de esa magnífica herencia que no debemos perder a cambio de nuevas concepciones que cualquiera ciudad puede copiarlas si tiene dinero para ello. Pero vuestros tesoros y los de Quito valen felizmente, más que ese dinero y que esas nuevas tendencias.

Es pues con emoción sincera que recibo hoy esta Llave de Lima, ciudad de abolengo y grandeza, en esta solemne ceremonia que colma las atenciones y gentilezas de que hemos sido objeto los Miembros de la Delegación Ecuatoriana. La recibo en nombre del pueblo de mi Ciudad y estad cierto Sr. Alcalde, que ella servirá para que limeños y quiteños sintamos siempre el cálido impulso del pasado común y el fervoroso llamado del porvenir que es el de todos los pueblos de América unidos por la raza, el espíritu y la cultura.



Acuerdo de la Municipalidad de San Isidro de Lima,
que declara al Alcalde de Quito, señor doctor Carlos
Andrade Marín Miembro Honorario del I. Concejo

**MUNICIPALIDAD DE SAN ISIDRO
ALCALDIA**

C O N S I D E R A N D O :

Que, la celebración de la Semana de la Cultura Ecuatoriana, organizada por la Municipalidad de San Isidro, con la concurrencia de numerosas personas y entidades, ha significado un evento de suma gratitud para la ciudadanía;

Que, el Señor Alcalde de San Francisco de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín, ha prestigiado el evento referido a mérito de su inteligente y afable intervención como Presidente de la Delegación Ecuatoriana;

Que es de justicia testimoniar el reconocimiento del Concejo a sus virtudes y loable voluntad;

Con el voto unánime del Concejo,

S E D E C R E T A :

Declarar al Dr. Carlos Andrade Marín, Miembro Honorario del Concejo Municipal de San Isidro.

Dado en la Casa Municipal de San Isidro de Lima, a dieciocho días del mes de Agosto de mil novecientos cincuentiocho.

Regístrese, comuníquese y archívese.

CARLOS NEUHAUS RIZO PATRON

f

Discurso del Señor Alcalde Doctor
Carlos Andrade Marín al descubrir
la lápida de homenaje al General
Eloy Alfaro en el Cincuentenario de la
llegada a Quito, del ferrocarril del Sur



Señores:

OS ecuatorianos, tan afectos a las celebraciones aniversarias, casi hemos dejado pasar —sin detenernos a comentar su significado— una de las fechas más importantes de la historia nacional.

No existe, en efecto, dentro de la vida de la República y después de las gestas guerreras de la independencia, ningún suceso que tenga más trascendencia dentro del desarrollo pacífico de nuestra evolución como país contemporáneo, que la unión

de las dos regiones ecuatorianas con las paralelas del Ferrocarril del Sur.

Antes de 1908 no existía, no podía existir unidad completa, pues ser parte de una Nación no es sólo cobijarse bajo la misma bandera ni armar la maquinaria de los Gobiernos y los Poderes. Unidad es el resultado del esfuerzo por conocerse y, especialmente, por formar un todo socio-económico que se complete armónicamente. Nuestra geografía tan disímil y tan áspera, necesitaba un lazo —que tenía que ser de acero— para acercar el mar a las montañas; para mezclar en el gran crisol de la nacionalidad, las virtudes y el trabajo de los diversos grupos de población; para preparar al Ecuador a una era de progreso a base del contacto con los demás países de la tierra.

Es posible que ahora, en esta época de automóviles y de aviones, de radio y átomo desintegrado, el ferrocarril vaya perdiendo su preponderancia indudable; pero en nuestro país montañoso y en los albores de este siglo, su aguda pitada y su presencia de monstruo acerado, potente y veloz, era la presencia de la civilización, del adelanto y el progreso.

El Ferrocarril del Sur fue la inicial de un fenómeno de transformación revolucionaria de la Patria. La Colonia, “esa era oscura y secundaria” —como la calificara González Suárez— se prolongó en el Ecuador, a pesar de la clarinada de Espejo y de las epopeyas libertarias de Bolívar y Sucre, hasta que llegaron las fechas que señalaron el práctico comienzo de las verdaderas libertades política y económica y el progreso material: el 5 de Junio de 1895 y el 25 de Junio de 1908.

Y tenía que ser un hombre de geniales cualidades de luchador, con tenacidad y ardor inigualables quien efectuara ambas transformaciones, quien venciera al oscurantismo y venciera a la geografía: Eloy Alfaro.

Alfaro ha quedado y quedará en la historia como el forjador de la nacionalidad moderna de la nación ecuatoriana y es justo que hombres de otra generación que la suya que estamos beneficiándonos de su lucha y su martirio, exaltemos su gloria y su nombre en las Bodas de Oro de la obra a la cual dedicó entero su generoso afán de gobernante y su vida misma.

El Cabildo de Quito, intérprete hoy día, como en ninguna otra ocasión, del sentir ciudadano, del querer de todo el pueblo del Ecuador, sin distingos políticos de ningún género, viene a celebrar, junto con ese pueblo, el magno acontecimiento y a sellar esta jornada con un reconocimiento perenne y escrito de la voluntad de la Ciudad. El Cabildo está hoy presente como estuvo hace 50 años en este mismo lugar y como siempre ha estado en los grandes días de la Patria..

Son propicios, esta hora y este sitio, para clamar una vez más por la unidad de todos los ecuatorianos, unidad que, repito, fue uno de los altos resultados de las realizaciones de Alfaro; para prometer seguir dando paz y tranquilidad a nuestra Patria, unida y grande; para ofrecer seguir la lucha, dentro del vivir democrático, para que esa democracia y esa libertad por la que murió Alfaro no desaparezcan nunca en el Ecuador para bien de su futuro que todos deseamos esplendoroso y diáfano. Futuro que nunca será opacado por las tiranías ni por los totalitarismos que enrojecen la tierra con sangre de estudiantes y trabajadores y acallan con el fusilamiento las voces de sus líderes generosos, como hoy mismo está sucediendo en el Viejo Mundo.

Nuestro país tiene ilimitadas posibilidades que se desarrollan ya a base de libertad y paz. Necesitamos el respeto de las demás naciones consiguiéndolo en la única forma en que los pueblos pequeños pueden hacerlo: por su cultura y por su organización

disciplinada. El gran problema de elevación de nuestras mayorías a un nivel de bienestar y cultura, el máximo problema de nuestros tiempos, tiene que ser encarado con la misma visión que Alfaro tuvo para unir a las regiones geográficas del país y poner las bases para su engrandecimiento. Con la misma constancia, el mismo ardor y entereza.

Saneamiento de campos y ciudades, formación de capital y trabajo productivos, educación para todos, son unos pocos de esos problemas que están reclamando la acción sin desmayo de los ecuatorianos de hoy.

Y el día en que esos problemas tengan planeamientos definitivos, tendremos que volver a mirar hacia atrás para encontrar inspiración y estímulo en la obra de los grandes creadores, entre los cuales se destaca, inconfundible, la figura señera y paternal del Viejo Luchador.

Su revolución de Junio —la única revolución de nuestra vida republicana— su obra épica de Junio, este ferrocarril; sus conquistas para la educación y el trabajo, son semillas y cimientos para ese mañana más próspero y más libre.

“A ELOY ALFARO, HOMENAJE DEL I. CONCEJO EN REPRESENTACION DEL PUEBLO DE QUITO, EN EL CINCUENTENARIO DE LA INAUGURACION DEL FERROCARRIL DEL SUR” dice esta placa que por los siglos será un nuevo testigo y vocero de su gloria.



X
Discurso del Sr. Concejal Dn. Miguel
Hispinosa Páez en la Sesión Solemne
del I. Concejo dedicada a conmemorar
el quincuagésimo Aniversario de la
llegada a Quito del Ferrocarril del Sur



Señores:

S con emoción patriótica que vengo a cumplir con el nobilísimo encargo con que me honrara el I. Concejo de Quito, para que a su nombre, pronuncie una oración cívica en homenaje a la pléyade de varones que contribuyeron con su inteligencia, esfuerzo y sacrificio a la realización de la magna obra del Ferrocarril del Sur y de cuya constelación refulge, con destellos de grandeza eterna, Eloy Alfaro.

En este recinto, que se halla ennoblecido por los títulos de la Soberanía popular de su Cabildo y que

ahora congrega al noble pueblo de Quito que vive y vivió junto a los hombres más prominentes de la república y que compartió los dolores, las fatigas y el **júbilo** del Viejo Luchador, permitidme que evoque, en primer término la memoria de ese ilustre Varón, porque hoy la Patria ecuatoriana conmemora también el natalicio de tan preclaro estadista.

La historia nos demuestra que no se puede establecer tajantes diferencias entre los hombres y los acontecimientos, de ahí que al referirnos a los unos, necesariamente tenemos que mencionar a aquellos, porque los hombres son en definitiva los autores de los hechos y los que escriben la historia con la letra de sus obras, con la pluma de sus ejemplos, con el cincel de su acción fecunda y creadora. De ahí que hablar de la historia ecuatoriana del presente siglo, de la historia del Ferrocarril del Sur, es hablar de Eloy Alfaro y de la Revolución Liberal-Radical.

El General Eloy Alfaro, nace el 25 de Junio de 1842, hace exactamente 116 años, en la pequeña población costanera de Montecristi, y nace guiado por la estrella de los "Andantes Caballeros", de los Quijotes resueltos a "desfacer entuertos", de los visionarios que toman la profesión de las Armas para ennoblecerlas con su valor y su patriotismo. Eloy Alfaro, es Soldado que siente a la Patria en lo más profundo de su Ser, y la siente con el más puro de los sentimientos, el desinterés.

Eloy Alfaro, el "héroe auténtico" —como lo llamara el Poeta— no es solamente el soldado que nos dió nuestra segunda independencia, implantando el Estado Liberal, sino que también es el Estadista, el Reformador y el Constructor, el hombre que luchó en los campos de batalla, en los campos de la administración civil y que luchó como nadie lo hubiera hecho por la obra del Ferrocarril, cuyo Cincuentenario hoy

venimos a recordar, con alborozadas muestras de sentimiento nacional.

Hace medio siglo que Quito se vistió con sus mejores galas para saludar el más trascendental de los acontecimientos, el arribo del tren. Y en aquel año en que se echaron las campanas al vuelo por orden del Arzobispo González Suárez, para notificar con su bronco y metálico arrebató, el júbilo de toda la ciudadanía, en que se orlaron las calles de esta Colonial ciudad, con arcos de triunfo y en que se decretaron honores cívicos cual correspondía a la magnitud de la obra, cuyo término traía aparejados el progreso y la cultura, también el Municipio de Quito tomó parte principalísima en aquellos festejos, y con el arribo de la primera locomotora, comenzó un cambio total en la franciscana ciudad de San Francisco de Quito, que hasta entonces sepultada entre sierras aisladas del resto del mundo por intransitables caminos y gigantescas cordilleras, parecía, como decía un viajero inglés, "tan inútil como los antiguos pueblos feudales incrustados sobre las montañas de la Europa media".

A la distancia de cincuenta años se han perdido los repiques de las campanas, se han desdibujado los arcos de ciprés, y se han apagado los ecos de los oradores, pero lo que continúa vivo y presente es la obra del Ferrocarril del Sur.

Si bien esta construcción tiene un símbolo humano, Eloy Alfaro y una fuente ideológica, el Liberalismo, también es cierto que en ella intervinieron otros ecuatorianos y que en mérito a la justicia debemos rememorar la parte que les corresponde en el tiempo y la historia.

El 23 de Abril de 1861, hace aproximadamente cien años, la Convención Nacional presidida por Juan José Flores autorizaba al Presidente Gabriel García Moreno, para que "el Poder Ejecutivo celebre contratos con Empresarios nacionales o extranjeros,

en que se estipule la construcción de Ferrocarriles o caminos de ruedas, desde Babahoyo u otro punto de la Costa, hasta Quito; desde Pailón hasta Ibarra; desde el Naranjal hasta Cuenca, y desde Santa Rosa hasta Zaruma”.

Sin embargo solamente once años después, en 1872, pudo García Moreno acometer la gran empresa de unir Yaguachi con Sibambe por medio de un Ferrocarril de vía angosta.

En 1873 llegó la primera locomotora al Ecuador y el 1º de Mayo de 1874, se estableció oficialmente el tráfico entre Yaguachi y el Milagro. Se habían construído en dos años, aproximadamente, 27 millas de línea férrea.

Desde esa fecha hasta 1876 avanzó el tren hasta Barraganetal, o sea, once millas más.

En los 19 años siguientes llegó la línea al puente del Chimbo, y además quedaron unidos con la línea férrea los pueblos de Durán y Yaguachi; lo que significaba la construcción de otro trayecto de unas veinte y cinco millas.

En 23 años habían sido construídas, poco más o menos, 64 millas del ferrocarril de vía angosta y esto se había hecho en las administraciones de Gabriel García Moreno, el iniciador del ferrocarril, don Antonio Borrero, el General don Ignacio de Veintimilla, don José María Plácido Caamaño, don Antonio Flores y Don Luis Cordero.

Vino la Revolución del 5 de Junio de 1895 y la elevación al Poder del señor General don Eloy Alfaro. Uno de los primeros actos administrativos del General Alfaro fue el solicitar detalles sobre el estado en que se hallaba la obra del Ferrocarril del Sur, y en un Informe recibido por Alfaro el 15 de Julio de 1895, encontramos que: “la línea férrea en servicio medía 69 kilómetros en buen estado; que funcionaban 4 locomotoras de las que dos estaban en malas condiciones. El material rodante se

componía de 3 coches de primera para pasajeros, cinco de segunda, nueve carros de carga, cuatro para ganado y 15 plataformas."

El 12 de Junio de 1897 se firmó el histórico Contrato denominado "Valdivieso-Harman" y el 9 de Diciembre del mismo año se organizó en el Estado de Nueva Jersey la Corporación denominada "The Guayaquil and Quito Railway Co." y a fines de Julio del año siguiente llegó un Agente de la Compañía con encargo de iniciar los trabajos.

Mientras tanto en el Ecuador cundía el desaliento en unos, desconfiaban otros de la seriedad de la Compañía, y por fin, en el ambiente de la República se armaban las tempestades de la política. El Congreso de 1898, inaugurado el 11 de Agosto de aquel año, con mayoría adversa al Gobierno y al contrato del Ferrocarril, después de sesiones tempestuosas y memorables, anuló el Contrato suscrito en Junio del año anterior y esta violenta actitud del Poder Legislativo al romper el Contrato de 1897, repercutió gravemente en New York y Londres y la Compañía del Ferrocarril quedó casi disuelta.

Como solución al gran conflicto entre los Poderes Legislativo y Ejecutivo, alrededor del Contrato ferrocarrilero, resolvióse designar una Comisión compuesta de representantes de ambas Cámaras para tratar con el señor Harman reformas fundamentales al Contrato. Esta Comisión llegó a un arreglo satisfactorio y su informe fue aprobado por el Congreso Nacional.

En Diciembre de 1898 llegó al campamento de la Victoria, cerca de Chimbo, un grupo selecto de ingenieros enviados por la Compañía del Ferrocarril para dar comienzo a los trabajos. Como dato curioso se debe anotar que los Contratistas trajeron 2.000 jamaicanos para los trabajos de terraplenes, pues la falta de jornaleros ecuatorianos constituía la principal dificultad para la rápida construcción del ferrocarril.

En el año de 1900 se trabajó intensamente en la construcción del ferrocarril desde Chimbo a Sibambe y los estudios se terminaron hasta Guamote.

Entusiasmó tanto al General Alfaro la eficiente organización de la Compañía del Ferrocarril, que se adelantó a sentar bases con el mismo señor Harman, con respecto a una empresa de proporciones mucho mayores y que, de haberse realizado, habría sido la redención del Oriente Ecuatoriano: un ferrocarril al Oriente. Esta grandiosa obra habría afirmado y resuelto definitivamente los derechos del Ecuador en la hoya amazónica.

El período presidencial del General Alfaro terminó el 31 de Agosto de 1901, dejando en plena actividad a todos los elementos con que contaba la Compañía del Ferrocarril y que tenía distribuidos en tres grandes divisiones: la reconstrucción total de las 65 millas construidas hasta 1895 y el aumento a 32 pulgadas de ancho de esta línea entre Durán y Chimbo, la construcción de 43 millas entre Chimbo y Guamote y los estudios y trazado de Guamote a Quito.

El General don Leonidas Plaza Gutiérrez gobernó en el período presidencial de 1901 a 1905. En estos cuatro años de paz se impulsó la obra y se firmaron varios contratos modificatorios, entre ellos, se obligó a que la línea principal y no un ramal pase por Riobamba. Se consolidó la deuda y en este período presidencial el ferrocarril inauguró sus servicios en Huigra, en Mayo 2 de 1902; Sibambe, Agosto 4 de 1902; Alausí, Septiembre 7 de 1902; Guamote, Junio 5 de 1903, y Riobamba Julio 24 de 1905.

El General don Eloy Alfaro volvió al Poder en su segunda administración desde 1906 a 1911 y mientras la República se agitaba en una nueva era de turbulencia política, los trabajos del ferrocarril, sin embargo, continuaban y en Enero de 1907 pitaba,

por primera vez, el tren de construcción en Ambato. En Junio de 1907, con el apoyo incondicional y efectivo de Alfaro, se llegaba a Latacunga, el 16 de Febrero de 1908 a Tambillo y el 25 de Junio de 1908, se hacía la inauguración del tren en Chimbacalle.

En los 25 años transcurridos de 1873 a 1895 fueron construidas 64 millas en la Costa. Desde 1895 hasta 1908, durante las administraciones liberales de Alfaro y Plaza, se construyeron 225 millas.

Posiblemente en la historia de la República no se ha construido obra de mayor importancia para el desarrollo de nuestra nacionalidad, ni ha habido obra que haya sido combatida en forma más tenaz y dura, la Ley se alzó en las Legislaturas Ecuatorianas a protestar enérgicamente contra el proyecto del ferrocarril; la política apasionada convirtió la idea en arma de combate. Muchas vidas costó la heroica aventura; millares de trabajadores sucumbieron víctimas de las fiebres tropicales y de los formidables y continuos derrumbamientos entre Chimbo y Sibambe; directores bajaron a la tumba, como el Ing. Davis, el Mayor Jhon A. Harman. Respetables Compañías que proporcionaban recursos sufrieron hondas perturbaciones económicas y algunas quebraron irremediabilmente.

Su iniciador, Gabriel García Moreno y su realizador, el General Eloy Alfaro, murieron en forma trágica, muertes que, en cierto modo, fueron resultado de las pasiones políticas que desató la construcción del Ferrocarril.

Sin embargo de todos estos sacrificios, ninguna obra material, puede señalarse, como la del Ferrocarril del Sur, que haya contribuido tanto a cimentar en bases, realmente incommovibles el sentimiento de la nacionalidad. Si el Ecuador es uno solo en medio de su variado paisaje, esa unidad se halla perfilada de mejor manera por acción del Ferrocarril, que

roturando nuestro suelo puso desde hace 50 años en estrecha vinculación a los hombres de la Sierra, de carácter filosófico e idealista, con los hombres de la Costa, de temperamento febril y positivista. Y en mutua correspondencia, unos y otros vinimos desde que amaneció la República y desde que la locomotora trasmontó la cordillera, vinimos —digo— laborando juntos y con unos mismos sentimientos por la grandeza de nuestra tierra.

De ahí que parecen voces de ultratumba, o talvez voces de aliende las fronteras, aquellas que pretenden agitar una pasión insana de regionalismo, creyendo que la pérdida de una competencia atlética puede pesar más que 128 años de nacionalidad, o que el interés fenicio puede primar sobre el interés de millones de ecuatorianos que trabajan para la grandeza común de la República.

Si Alfaro construyó el ferrocarril no fue, ciertamente, para levantar murallas chinas entre los ecuatorianos, sino para poner en contacto a unos pueblos con otros, para vincular una regiones con otras, para hacer la síntesis de la ecuatorianidad, fundiendo en el crisol del alma de nuestro pueblo, el metal de su patriotismo, que lo oímos con reverente unción pronunciar en las melodías heroicas de nuestro himno, y que lo tenemos presente en la inmolación de nuestros mártires, en el ejemplo de nuestros grandes hombres y muy particularmente, en la vida sacrificada de nuestro Viejo Luchador.

Bien podría decirse que ésta no es la ocasión para hablar de las glorias de mi Partido, el Liberal-Radical. Pero no puedo dejar de mencionar la vinculación estrecha que existe entre la obra del ferrocarril y la revolución liberal radical, a menos que quiera ser infiel con la historia y desleal con la verdad de los acontecimientos, y yó, señores, no puedo torcer a mi antojo, lo que está escrito en los anales de la República, ni ser infidente con los hechos

por escrúpulos, que no caben en una comunidad culta y civilizada como es la nuestra.

De ahí que me vais a permitir que primero como ecuatoriano y luego como Concejal, es decir como representante de este pueblo libérrimo de Quito, y finalmente como ciudadano que profesa la democrática doctrina liberal-radical, rinda mi encendido tributo de admiración a ese movimiento que surgió allá en el 5 de Junio de 1895 y que estuvo llamado por el destino a forjar una nueva República, que es la República ecuatoriana que se enorgullece ante los países del continente de ser heredera de un patrimonio institucional que ha servido para emancipar las conciencias de nuestro pueblo y para sentar las bases de una segura liberación económica, en todos los órdenes de nuestras estructuras sociales.

Con mucha razón se ha dicho que el ferrocarril del Sur es hijo de la Revolución Liberal-Radical, tratando de manifestar con ello, que sin la presencia de la revolución, de la única revolución que ha habido en el Ecuador, acaso el ferrocarril trasandino no habría columbrado la cordillera, ni habría regado de tantos beneficios al suelo ecuatoriano.

Si admitimos que sólo un Alfaro podía impulsar la ejecución de la obra, tenemos que principiar admitiendo que sin el liberalismo, no le habría sido dable prestar tan valioso servicio a la Nación, Alfaro y Plaza y todos los que con ellos colaboraron, estuvieron impulsados por la fuerza que emana del fuego revolucionario y consideraron que el Ferrocarril era en lo material, lo que los Establecimientos Laicos son en lo intelectual, rutas de penetración cultural, vehículos conductores de nuevas ideas, medios de intercambio e instrumentos eficaces de civilización.

El Ferrocarril se hizo a golpes de combate, en todos los terrenos, y se lo defendió con las mismas

bayonetas con las que se defendía la revolución, y se llevó a cabo con los mismos brazos que dirigieron la obra reformadora del país y lo protagonizaron los mismos hombres que descuellan en la galería de la edad de oro del liberalismo radical. El Ferrocarril del Sur, es sin reticencias, producto de la revolución, pues que surgió de su matriz, creció en el fragor de sus luchas y comparte las glorias con los hombres que hicieron la grandeza de la patria y salvaron la epopeya revolucionaria con el emblema ideológico de la doctrina liberal.

El Cabildo Quiteño supo y sabe apreciar, en su justo valor, el precio de las acciones heroicas, y es por ello, que reconoció y reconoce lo que la Patria y principalmente la Ciudad de Quito le deben al genio del General Alfaro.

Ya el señor Alcalde, doctor Carlos Andrade Marín, con palabras de elocuente evocación, manifestó en el acto de esta mañana, el sentimiento que anima al Concejo Capitalino en la presente conmemoración.

Me resta, tan sólo manifestar que el Concejo de Quito de 1958, acogió con verdaderas muestras de júbilo patriótico, la iniciativa de recordar con actos públicos el cincuentenario de la inauguración del ferrocarril del sur, porque así interpreta fielmente el sentimiento general de la ciudadanía quiteña.

Que esta conmemoración sirva de página ennoblecedora para escribir con iguales hechos el futuro grandioso de la República, para defender de mejor manera los atributos de nuestra libertad, para hermanarnos sin odios, ni venganzas, ni retaliaciones. Para glorificar todos, unidos en un mismo pensamiento, al hombre inmortal, que vivió y fue actor de esta espléndida epopeya, el ya legendario Viejo Luchador: ELOY ALFARO.

Miguel Espinosa Páez

El Dr. Carlos Andrade Marín, Alcalde
de San Francisco de Quito, entrega las
llaves de la Ciudad al Sr. Vicepresi-
dente de E. U. Dn. Richard Nixon

Excmo. Sr. Vicepresidente de los Estados Unidos
Excmo. Sr. Embajador de los Estados Unidos
Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores
Señor Ministro de Gobierno y Municipalidades
Señor Presidente del Eximbank
Señores Ministros de Estado
Señores Funcionarios Municipales,



Señores:

ON pocas horas en verdad que el Excmo. Señor Vicepresidente de los Estados Unidos, el señor Richard Nixon está entre nosotros, pero esas pocas horas han sido suficientes para que nuestro pueblo pueda darse cabal cuenta de su gran valía como Estadista y de su simpática y atrayente personalidad como hombre.

Hemos escuchado los aplausos que el pueblo de Quito le ha brindado al recibirlo ayer en la Ciudad y al llegar al Estadio Municipal el día de hoy, y el Cabildo Quiteño, que tiene que interpretar fielmente el sentimiento del pueblo, ha querido demostrar al Ilustre Vicepresidente de la Nación hermana y grande de Estados Unidos que le consideramos como un hombre nuestro, como un Quiteño de Honor, y por ello voy a tener el agrado de entregarle este Diploma que confirma esa distinción, junto con las llaves de nuestra antigua ciudad quiteña.

Al escuchar los aplausos que el pueblo de Quito ha brindado al ilustre visitante norteamericano he pensado que esa es una demostración de que América es un solo Continente, que los americanos debemos pensar siempre juntos y debemos seguir siempre adelante puesto que nos une un ideal común que es la democracia y es la libertad.

El término democracia ha sido usado en varios sentidos. Muchas ocasiones se lo ha deformado. Hay pequeños tiranuelos de nuestra América que se han dicho y se dicen demócratas, y hay tiranos sanguinarios de otros Continentes que dicen también ser demócratas. Pero para el Ecuador, para Estados Unidos y para el mundo que vive fuera de las cárceles de las dictaduras, existe una sola democracia: aquella en que se practica la libertad, aquella en que el hombre puede decir lo que siente, puede escribir lo que piensa, puede criticar lo que él desea. Es por esa libertad que ha luchado Estados Unidos en toda su historia y este pueblo del Ecuador ha estado y quiere estar siempre junto en esta idea libertaria que, repito, es el aglutinante de nuestro Gran Continente Americano.

Para mí, Estados Unidos tiene una gloria que habrá que reconocérsele siempre. Estados Unidos es el único país en la historia que ha llegado a la cumbre del poderío, y que ha querido usar ese

poderío no para dominar a otros estados más débiles sino para ayudarles.

Tenemos nosotros que recordar en los grandes imperios de antaño, que todos los países que se han engrandecido, han usado su poder para dominar a los demás. El hecho de que Estados Unidos haya usado y siga usando ese poder para ayudar a la libertad y la democracia de todos los pueblos del mundo, es la gloria de esa gran Nación.

Y ese país está representado aquí por uno de sus más nobles, de sus más inteligentes, de sus más ilustres hombres: el Vicepresidente Richard Nixon y, repito que por ello el Cabildo Quiteño me ha encargado, traduciendo el sentimiento del pueblo ecuatoriano y del pueblo de Quito, que entregue en sus manos este Diploma y esta Llave de la Ciudad. Ojalá ella sirva para que regrese el Sr. Vicepresidente al Ecuador en época en la cual pueda disponer no de tan pocas horas sino de muchos días para gozar de su amistad y su brillante personalidad.

Reciba Señor Vicepresidente, este Diploma y reciba esta Llave que es la de la antigua Ciudad de San Francisco de Quito, hecha por un artista local con sus propias manos, y reciba al través de todo ello la bienvenida y desgraciadamente también la despedida de todos los quiteños que esperamos que usted regrese a esta Ciudad que por muchos años guardará su recuerdo.



De la visita del Sr. Alcalde de Lima a la Ciudad de Quito

Quito 17 de Mayo de 1958
Señor Dr.
Carlos Andrade Marín
Alcalde de Quito
Muy estimado amigo:



QUIZA he cometido involuntariamente algunos errores durante mi permanencia en su fascinante Ciudad; pero ninguno de tanto calibre como permanecer sólo tres días. Porque en verdad Sr. Alcalde y amigo, Quito es acaso el lugar de mayor personalidad que he conocido en la América Hispana y representa, junto con el Cuzco, el repositorio más elocuente del pasado común de nuestros pueblos. He quedado sinceramente impresionado de esta Ciudad, de sus templos con arquitectura de éxtasis, de los arcos inesperados que

dan cobertura grata al viandante, de las místicas cruces de piedra, de la Ronda que es una suerte de verónica taurina inmovilizada por la firmeza del adobe y adornada con rejas y balconcillos.

Sí, Sr. Alcalde, es imperdonable que haya permanecido sólo tres días. Pero acaso lo hice para no fatigarles. Sin embargo, trataré de redimir mi culpa y volveré, pero talvez en silencio, para no alejarles de sus quehaceres; y volveré para andar por esas calles de encanto y detenerme en tantos rincones, para asomarme horas a contemplar el maravilloso paisaje que no interrumpe la galanura antigua de San Francisco de Quito.

Y volveré también para verles una vez más y decirles que estoy cautivado por este pueblo cordial y sincero, que tiene todo el derecho del mundo de expresar sus sentimientos y acaso también el derecho de comprender y conocer a gentes vecinas que tienen voluntad de quererles.

Agradezco profundamente a Ud. y su distinguida esposa, toda la generosidad que han tenido para nosotros. Al Ilustre Cabildo y Señores Concejales mi afecto y gratitud imperecedera por haber sido honrado al extremo declarándome Huésped Ilustre de esta maravillosa Ciudad. Válgome también de Ud. para expresar mi amplísimo reconocimiento a las Autoridades del Poder Ejecutivo del Ecuador, especialmente a los Señores Ministros de Estado en los Despachos de Relaciones Exteriores y Educación, por la señalada cooperación y vivo apoyo que han prestado al éxito de nuestros propósitos y anticipo ahora un reconocimiento que transmitiré personalmente.

Debo señalar de manera especial mi admiración por la única y notabilísima Institución de la Casa de la Cultura y la prestancia de sus Miembros. A ellos toca ahora preparar las bases para culminar el

proyecto de la Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima.

A los Señores de la Prensa debo un agradecimiento singular, por la nobleza de su recepción y por la sinceridad del apoyo que dan a las causas de auténtica buena voluntad.

Finalmente, distinguido e inolvidable amigo, por su intermedio vaya mi simpatía franca al pueblo de Quito que Ud. representa, pueblo que espero podrá conocer mejor a quienes admiran su gallardía desde otras latitudes. A ese pueblo nuestra esperanza fundada de mejores tiempos y nuestro propósito de comprenderle ampliamente a través quizá de sus manifestaciones espirituales. Por ello tenemos tanto empeño de llevar adelante la Semana de la Cultura Ecuatoriana en Lima, tarea que será posible por la magnífica cooperación que brindarán las personas de este país que hemos conocido, y labor que ha sido posible planear merced al noble y buen empeño del Señor Embajador del Perú, Señor César Elejalde Chopitea y de su amable esposa, del Dr. Alejandro Deustue Ministro Consejero del Perú y su esposa, del Dr. José Carlos Mariátegui y gracias desde luego a la ponderada y eficaz labor de Juan Mejía Baca, Jorge Luis Recavarren y mi esposa Carmen Tudela de Neuhaus.

Me despido, querido Alcalde, con profundo pesar, pero con la convicción de volver.

Excuse Ud. la caligrafía bastante abandonada de su amigo, pero recuerdo que tiene Ud. en el Concejo la inestimable colaboración del Sr. Garcés, Paleógrafo insuperable.

Un abrazo muy sincero.

Carlos Neuhaus

El Padre Juan de Velasco

Por Isaac J. Barrera

I



OCAS noticias nos quedan de la vida de nuestro primero y meritísimo historiador Don Pablo Herrera, el Dr. Manuel María Pólit y Don Pedro Fermín Cevallos han dado unos cuantos datos referentes a este varón ilustre que es sin duda alguna, figura que se destaca prominente en el siglo XVIII y que condensa en su obra todo el saber de esa época, para dejar una valiosa muestra en la historia de la intelectualidad de un pueblo.

Sabemos que nació en Riobamba el año de 1727, que perteneció a una distinguida familia de esa Ciudad que siempre blasonó de distinción y nobleza; que a la edad de 20 años ingresó a la comunidad sapiente y rica de los Jesuítas, quienes apreciaron el talento del gran religioso y le dedicaron a estudios

que por su naturaleza exigían consagración, método y perspicacia. Como religioso recorrió buena parte de la hoy República del Ecuador; otros religiosos le documentaron acerca de las lejanas regiones por ellos visitadas; en Ibarra recogió datos que le permitieron fundamentar todo un sistema más tarde y sus investigaciones siguieron hasta Pasto, como complemento territorial del antiguo Reino de Quito. Velasco continuaba estudiando documentos, recopilando tradiciones y reconstruyendo hechos, cuando Carlos III dispuso la expulsión de los Jesuítas de España y de sus posesiones de América. Triste y penoso fue el éxodo de estos religiosos; a los Jesuítas de América no se les permitió llevar libros ni papeles; así el extrañamiento se convertía en un ostracismo amargo y desconsolado que iba a avivar el recuerdo de la tierra ausente, a soplar en el rescoldo de las memorias consumidas.

A Italia fueron los Jesuítas expulsados; Velasco se secularizó y quiso tomar arraigo en Faenza en la que transcurrió años de enfermedades y sinsabores, endulzados sólo por el recuerdo de las montañas nativas. En Faenza, a muchos miles de leguas del Reino de Quito, comenzó a escribir la Historia que fue el primer aporte de consideración en nuestro acervo literario. Acaso los **Comentarios Reales** tuvieron una gestación parecida; Garcilaso fue a España a reclamar derechos; sus primeros años de esperanzas los invirtió en las armas y en las letras, tradujo los diálogos de León Hebreo, vivió de esperanzas y ambiciones y sólo más tarde, cuando la duda y la tristeza se apoderaron de su vejez, hizo el último esfuerzo por aunar su ambición y escribió los **Comentarios Reales**: por ellos pasan las doradas realezas incaicas y las espléndidas aventuras castellanas.

Menos brillante la vida del Padre Velasco, pero más estudiosa, más severa y más desolada, desde

lo íntimo de su abatimiento, escribió la historia, en la que acaso se propuso no solamente poner de manifiesto la riqueza y hermosura de estas tierras, sino también contraponer historia por historia y a la grandeza de los Comentarios oponer toda la brillantez de un pasado glorioso de los primeros señores del extenso territorio, que si fue dominado por los Incas, al fin trocó la conquista en victoria, culminando en su rey Shyri-Inca.

El hombre procede de la naturaleza, de la misma manera que una planta: mil raíces y tentáculos, millares de lazos espirituales le atan a la tierra en que ha nacido, con un cariño tan amoroso y tan firme que ni ajenas prosperidades ni amargos dolores pueden hacerle olvidar. Se ama el pedazo de tierra en que se ha nacido con un cariño que podríamos llamar maternal, porque sólo las madres tienen esa ingénita persuasión del sacrificio, que es amor y abnegación; tan circunstancial es el nacer que la Patria pudiera juzgarse como un convencionalismo sin ninguna fuerza trascendental, y sin embargo la influencia es tan evidente que pasa de los linderos circunstanciales para hacerse carne y hacerse idea. La particular azulosidad de un cielo, un río, un monte y la rugosa superficie de una porción de tierra van a vivir eternamente con el individuo, acompañándole en la ausencia y sonriéndole en la prosperidad. Su cielo será más azul y su monte más alto; ahondará la tierra para sacar de ella la tradición de su pasado, sin pensar que la vida no solamente está en la entraña sino a flor de piel, que la gloria no se enaltece con el correr de los años sino con la bondad del propósito, que la nobleza no sólo se hereda sino que se crea.

Lejos de la tierra en que nació, lejos del agrupamiento histórico que se formara por una bien probada tradición, el P. Velasco que desde muy joven, y

obedeciendo mandato superior había recogido documentos para la historia de esta porción del Continente, sintió avivársele el amor hacia la tierra hermosa y distante, y el cariño se hizo admirativo hasta exagerar la importancia: falta por amor fué ésta que admite todas las excusas. Faenza fue el lugar de cita de todos los expulsados de esta parte de América y a Faenza afluyeron los recuerdos y los pensamientos que produjeron la Historia del Antiguo Reino de Quito. Velasco seguramente no pudo llevar los manuscritos y libros que le sirvieron para los estudios en América, y en Italia apenas pudo consultar las obras de los Historiadores de Indias publicadas hasta entonces; y así su labor no fue de crítica, de construcción, de análisis y de síntesis, sino la exposición de un convencimiento que se había estimulado a la vera de una larga ausencia. Su historia no fue obra de depuración ni de crítica, pero tuvo la probidad de confesarlo y no tenemos por qué empeñarnos ahora en llamarle de falsario y embaucador. Al relato de su historia antepuso la gran duda que le atenaceaba; la historia antigua del Reino de Quito era incierta y confusa a medida que se le quería reconocer un origen; en el caos reinante no perduraban sino las tradiciones, pero había pasado tanto tiempo desde aquel al cual se referían esas tradiciones, hasta cuando el P. Velasco las recogió, que entonces no podían ser consideradas sino como fábulas. En esta emergencia, en la que ningún historiador moderno podía convenir honradamente, por amor no tanto de la historia como de la ciencia de la historia, el P. Velasco siente el impulso de fuerzas extrañas a un criterio analítico y se resigna a contarnos lo que le parece más conforme o menos mal fundado, sin empeñarse en ser garante de la verdad. Así lo dice el P. Velasco y el lector moderno no tiene por qué entregarse a ninguna exigencia si no quiere aceptar un relato de este modo conformado.

El proceso del método histórico es muy conocido; se principió por el registro o el apuntamiento que llamaríamos administrativo, después vinieron las memorias redactadas para satisfacer el orgullo de un individuo o de una raza y sólo más tarde se pensó en el análisis de una selección. El P. Velasco quiso componer las memorias del pueblo querido con cariño que depuró la ausencia y la tristeza, y para esas memorias no encontró mejor que formar una genealogía con afán antiguo y moderno muy explicable, aunque al formarla tuviera que inventar; bien que al respecto deba decir con Taine que "por inventor que sea un espíritu, nada inventa; sus ideas son las del tiempo y lo que el genio original cambia y añade en ellas es poca cosa."

II

El historiador relata los hechos desde tres posiciones enteramente diferentes y que dan una especial significación y valor documentarios. El historiador relata hechos pasados, que no pudo ver; hechos contemporáneos en los cuales no tomó parte y hechos en los que fue actor principal; en el primer caso, el método tiene que ser más complicado, exigiéndose un trabajo serio y una preparación consistente en el compilamiento, restauración de textos, crítica de procedencia, recopilación y clasificación de los documentos comprobados, para ejercitar después la crítica de interpretación. En el segundo caso, las operaciones serán menos difíciles, porque la documentación y comprobación son inmediatas y contemporáneas; en el tercer caso la historia tiene el valor de un documento que exigirá del lector un razonamiento comprobatorio de la verdad.

El P. Velasco escribió su historia refiriéndose a hechos que habían acontecido muchos siglos antes y más de doscientos años después de que una documentación razonada pudo dar material a la interpretación histórica. En estas condiciones, no sería aventurado afirmar que el material reunido para su historia antigua tenía que pecar de deficiente, tanto más cuanto que emprendió en una obra que ni aún había sido principiada y para la cual apenas quedaban retazos históricos, compuestos de leyendas y de monogarfías redactados por curiosos compañeros de los conquistadores. La labor era dificultosa en extremo, porque en esas condiciones podía creerse imposibilitada la crítica para descubrir la verdad. Además la metodología no estableció hasta entonces los pasos indispensables que un historiador debe dar para componer sus obras; las ciencias auxiliares servían intuitivamente, pero no se habían formulado con la exactitud con que lo están ahora; los archivos si existían estaban en deplorable estado y los monumentos mismos habían desaparecido ya.

Sin embargo el P. Velasco poseía apreciables conocimientos que le capacitaban para entenderse en trabajos de esta importancia. Dentro de la limitación educativa de la época y del carácter religioso que tuvo desde los primeros años, su cultura reunía todas las buenas y males cualidades consiguientes y de las que iba a hacer una palmaria demostración en su historia. En 1763 se graduó de Doctor en la Universidad de San Gregorio Magno; fué Profesor de Física en el colegio de Popayán; fue un viajero alerta y observador, que recorrió el país con el especial propósito de recoger datos para su obra.

Todos los pueblos han tenido principios desconocidos que se apoyan en fábulas: para que la interpretación histórica vaya hasta ellos son necesarias largas operaciones externas e internas es decir de erudición y de crítica, para fundamentar un

principio de verdad. En el caso concreto de la historia del Reino de Quito, el P. Velasco tenía que ceñirse a la documentación existente, para examinarla y deducir consecuencias conformes a ella; proceder de otra manera era irse a la adivinación que pecara de exagerada y de falsa. Los documentos existentes a fines del siglo XVIII, en que la historia fue escrita eran los manuscritos que se conservaban de las épocas pasadas, los monumentos y objetos que se descubrieran por medio de búsquedas metódicamente organizadas y la eurística o sea la documentación escrita, conservada entonces en los archivos y en los libros que se habían publicado ya de los llamados Historiadores de Indias.

El P. Velasco conoció y examinó varios monumentos, pero no les dio la importancia que tenían o cuando menos los hizo valer para la comprobación de asertos preconcebidos. Al referirse a los hechos que pudieron acaecer antes de la dominación española el P. Velasco tenía que examinar primeramente esos documentos porque eran las huellas que dejaron los pensamientos y los actos de los hombres de otros tiempos; proceder sin estos conocimientos previos era exponerse a falsear la historia. Entre las condiciones generales del conocimiento histórico hay que distinguir dos especies de documentos: el material y el psicológico. Langlois dice: "A veces, el hecho pasado, deja una huella material (un monumento, un objeto fabricado). A veces la huella es de orden psicológico, una descripción o un relato escrito. El primer caso es mucho más sencillo que el segundo. Existe, efectivamente, relación fija entre ciertas impresiones materiales y sus causas, y esta relación, determinada por leyes físicas es bien conocida. La huella psicológica, por el contrario, es puramente simbólica. No es el hecho mismo, no es siquiera la impresión inmediata del hecho en el espíritu del testigo, sino solamente un signo convencional de la

impresión producida por el hecho en el espíritu del testigo. Los documentos escritos por tanto, no tienen valor por sí mismos, como los materiales, sino como manifestaciones de operaciones psicológicas, complicadas y difíciles de desenredar. La inmensa mayoría de los documentos que dan al historiador el punto de partida de sus razonamientos no son, en suma, sino huellas de operaciones psicológicas”.

El P. Velasco dio poca importancia al documento material y cuando habló de él lo relacionó con la leyenda imperfecta que entonces se conservaba de los hechos pasados. Figurémonos al historiador que ahora, al cabo de 130 años de los trabajos del P. Velasco, quisiera escribir la historia del antiguo Reino de Quito, fundando su relación en la leyenda. No es que se haya borrado por completo en nuestros indios la memoria de los tiempos anteriores, es que la falta rudimentaria de cultura ha ido desfigurando, alterando y borrando los hechos, hasta convertirlos en relatos que no puede aprovechar la más infantil crítica histórica.

Porque hay que considerar que el P. Velasco es un historiador moderno que se refirió a cosas antiguas y que las leyendas en que documentó su obra eran recogidas, cuando más de 200 años de dominación española habían poco menos que borrado toda exactitud en el recuerdo de los indios. Sobre bases tan frágiles tenía que por fuerza ser inconsistente el razonamiento. La inducción que toma por punto de partida el documento para llegar al hecho pasando por una cadena de razonamientos, no puede ejercitarse con ayuda de la leyenda solamente. El documento psicológico venían a ser en este caso las crónicas publicadas entonces y los manuscritos que se conservaban en los archivos. El P. Velasco que tuvo una larga y buena preparación los examinó todos al parecer. Y aquí viene la curiosidad histórica, digna de anotarse.

Los manuscritos y las crónicas conocidos entonces y que han subsistido hasta ahora, hablaban de los hechos acaecidos en el Reino de Quito, antes de la venida de los españoles, por haber recogido la relación oral, la tradición que los conquistadores encontraron al llegar a estas tierras. El documento tiene un principio de verosimilitud, porque procedía de una fuente directa. Concretemos el punto: los historiadores de Indias nos cuentan la guerra en que estuvieron empeñados los Reyes de Quito y el Perú al llegar Pizarro y sus compañeros; nos dicen que ambos reyes procedían de un mismo tronco y hay algunos que afirman que el Rey de Quito era hijo de una Princesa de la familia quiteña, destronada por Huayna-Cápac. Garcilaso añade que el Inca conquistador casó con esta Princesa muchos años después de haber llegado a Quito y extendido su dominación al Norte. Este es el hecho que puede reconocerse como verdadero históricamente y en el cual caben razonamiento y crítica. Ningún historiador nos dice nada acerca de las épocas anteriores a la llegada de los Incas a Quito; la inducción podía pues fundarse solamente en el documento material que nos diga del estado de adelanto de este pueblo; es el papel encomendado a la rebusca arqueológica que siga las huellas de los hombres que poblaron esta parte de América; ese documento será, pues, el único que sirva para sentar bases históricas que hagan valedera la frase de Beaufort: en historia, lo probable es lo verdadero.

Al examinar el método histórico del P. Velasco la crítica se encuentra con afirmaciones que si no contradicen, amplían considerablemente todo lo consignado en los documentos. El P. Velasco nos habla de hechos históricos que no constan en ningún documento, aunque cita fuentes que por desgracia curiosa no han llegado hasta nosotros. La historia de los Reyes de Quito sigue un paralelismo sorprendente con la que nos cuenta Garcilaso; únicamente que el

P. Velasco se encuentra solo y cuando apoya sus opiniones lo hace en documentos que nadie vió antes que él ni han subsistido después. El Sr. Dr. D. Federico González Suárez y el Sr. D. Jacinto Jijón y Caamaño han examinado el valor de estos testimonios, en lo referente al P. Niza, a Bravo de Saravia y a Jacinto Collahuaso, autoridades sobre las que fundamenta el P. Velasco su historia de los Shiris o señores de Quito.

La crítica aconseja que entre una prueba constante y que puede ser examinada en cualquier momento y otra que no existe, se atenga a la primera; pero lo extraño en este caso es que hombres tan eruditos y tan versados en la ciencia histórica como González Suárez y Pedro Fermín Cevallos, no hayan examinado previamente el valor de las afirmaciones de Velasco; sino que ambos adoptaron la versión de los Shiris que no constaba en los documentos que los historiadores citados debieron consultar. Sólo más tarde el Sr. González Suárez puso en duda y examinó la historia de los Shyris, y cosa curiosa, no por un escrúpulo histórico sino como consecuencia de sus trabajos arqueológicos, por los que debió principiar al emprender la gloriosa tarea que acometió. El Sr. González Suárez, él nos lo dice, encontraba dificultad en compaginar sus deducciones arqueológicas con las afirmaciones de Velasco. El Dr. González Suárez al escribir su Historia del Ecuador acaso no consultó sino a Velasco para la prehistoria? Es de creer que consultó todos los demás documentos; pero entonces, no ejercitó la crítica de interpretación, cuando adoptó una versión no comprobada con documentos? Y aquí se pone de manifiesto el valor del documento material: fué la investigación arqueológica la que vino a enderezar nuestra prehistoria, para honra de la ciencia tan maltratada hasta entonces.

No cabe discusión en cuanto al valor de la historia de los Shiris; si no existe ningún documento,

mal podemos creer en la verdad del relato de Velasco; pero tampoco el historiador pretende inculcarnos esta verdad, no se empeña en ser garante de ella, narra lo que pudo recoger en las tradiciones conservadas, sin crítica ni discreción; apunta lo que le parece más conforme y nada otra cosa. Si debiera resaltar un reproche histórico, no debía ser para Velasco el cual avisa que nos cuenta fábulas, debía ser para los historiadores que tuvieron mayores facilidades para depurar el conocimiento y que, sin embargo, no hicieron ninguna operación de crítica ni de construcción, de análisis ni de síntesis, y que por el contrario nos dieron lo dudoso como verdad científica. La culpa para la vulgarización de la historia de los Shyris no la tiene Velasco con su historia cada vez más rara y que pocos aficionados pueden consultar; la tienen los editores que la publicaron empíricamente, sin cuidarse de explicar el alcance de las afirmaciones de Velasco, y la tienen Fermín Cevallos y González Suárez que la adoptaron sin restricción de ninguna clase.

Es verdad que el sabio Arzobispo rectificó una y otra vez, más tarde, sus opiniones al respecto, y analizó, de manera de provocar el convencimiento de todos, la tradición fabulosa que contenía la historia de los Shyris. Si el público no se ha enterado de ello, si hay quienes se empecinan en no leer como Velasco escribió, si con reprehensible ignorancia, tratan de convertir en verdad científica o lo que es peor, en verdad patriótica, las también patrióticas suposiciones de Velasco, nadie, o más bien, todos tenemos la culpa.

III

Los estudios históricos exigen complicadas operaciones para que el resultado sea satisfactorio.

Para saber del pasado se necesitan conocimientos previos que se basan en dos trabajos distintos: la búsqueda de documentos con el auxilio de las ciencias llamadas auxiliares o satélites para llegar a la crítica de erudición o análisis de estos mismos documentos; ir luego a la crítica interna, a la que interpreta y determina, para agrupar después los hechos y construirlos en fórmulas generales; operación sintética que es la que verdaderamente produce la obra histórica.

Así sintetizada la metodología no puede comprenderse la importancia que tiene y la laboriosidad del método que requiere; y sin embargo, cada una de esas operaciones, algunas tan sencillas como la lectura de un documento, por ejemplo, exige un criterio rectamente acostumbrado a la interpretación, con el fin de que no lea sino lo que efectivamente está escrito y que haga el violento esfuerzo de sacudir la **innavia crítica**.

La lectura de un documento tiene singular importancia. Con ocasión de la historia de los Shyris se ha despertado últimamente el deseo de restablecer a toda costa la verdad histórica; nuestro compañero el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño ha escrito un examen crítico lleno de erudición y de sinceridad de propósitos; combate las pruebas aportadas por Velasco y se refiere a Niza, Bravo de Saravia y Collahuaso, y no solamente destruye esas pruebas sino que también nos documenta de manera admirable para manifestarnos su extrañeza de que Collahuaso haya sido Cacique de la jurisdicción de Ibarra, como afirma Velasco; y al efecto dice: "Los indios Collahuasos moraban, según Cieza de León, al Sur de Otavalo, situación en que se encuentran Pomasqui y Cotocollao, Yaruquí y Puembo". He aquí un caso de interpretación de un documento: Otavalo está a 80 kilómetros de Quito; hoy mismo hay varios pueblos que quedan al Sur de aquel y de



**La Municipalidad de Lima al Sr. Dr. Dn.
Carlos Andrade Marín, Alcalde de Quito, Huésped Ilustre de la Ciudad.**

Lima, 11 de Agosto de 1958

*(Legenda de la Placa del Estuche que contiene las llaves de la Ciudad de Lima
entregada al Dr. Carlos Andrade Marín, por el Alcalde de la Capital del Perú).*

una manera más inmediata, como Malchinguí y otros; muy posible es que cuando recorrió estas tierras Cieza de León hubiera otras parcialidades con pueblos en inmenso territorio intermedio, y es de creer por lo mismo que los indios Collahuasos estuvieron algo inmediatos al Sur de Otavalo; así puede explicarse la frase de Cieza de León, porque de haberse referido, como lo quiere el Sr. Jijón, a Pomasqui y los demás pueblos que están a más de 50 kilómetros de Otavalo, mas propiamente hubiera dicho al Norte de Quito, porque efectivamente son pueblos que están inmediatos a esta Ciudad en esa dirección.

Divagación ha sido ésta para probar la importancia de la interpretación de un documento, como se nos permitirá otra divagación para afirmar que la fuente directa es más importante que el documento psicológico y así no hay por qué poner en duda lo afirmado por el P. Velasco respecto de Collahuaso: si él le conoció y trató, si los comprobantes históricos manifiestan que el P. Velasco estuvo mucho tiempo en Ibarra, por qué dudar de lo aseverado respecto del grande juicio y singulares talentos del Cacique, del bárbaro atropello de que fue víctima la historia que había escrito cuando mozo, acerca de las guerras civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado comunmente Huáscar-Inca, y de que esa historia en lo sustancial la reprodujo a petición de un religioso dominicano, su confesor.

De desear sería, efectivamente, que se encontraran los escritos de Collahuaso, porque ellos enriquecerían notablemente la bibliografía ecuatoriana y constituirían un aporte valioso para nuestra historia intelectual; pero mientras no haya prueba en contrario, no podemos poner en duda lo afirmado por Velasco, acerca de la existencia de ese indio escritor.

IV

Los estudios que en tiempo de Velasco se podían hacer eran muy deficientes y poco o nada se sabía entonces de las doctrinas que se ensayaban ya para buscar la ley de los hechos, aun cuando Beaufort, el erudito francés del siglo XVIII, ensayaba el método histórico que se ha convertido después en ciencia de tan grandes proporciones con que anonada a la erudición y ensalza a la crítica. El antiguo Reino de Quito estaba aún dentro de la Colonia, en segundo orden; y aun cuando el patriotismo quiera figurarse lo contrario, creemos que ese orden le correspondía así en la Colonia como en la época anterior.

El progreso cultural es siempre una consecuencia de la importancia política de un pueblo; países sin ambiciones ni esperanzas, territorios olvidados por la administración central, organizaciones sin brillo y mediocres, agitan también cuestiones de poca importancia. Las huellas que nos quedan de esa época nos dicen cómo una política que podríamos llamar de campanario, levantaba pasioncillas de una significación muy relativa; y en un ambiente así, el ingenio que no se ocupa sino en buscar alas para subir a conquistar el triunfo y la gloria, tiene que ser por fuerza desmedrado y flaco.

No había aún florecimiento de cultura que pudiera considerarse atentamente; la instrucción que entonces se daba respondía a métodos caducos nada a propósito para levantar el ánimo a las grandes concepciones; por el contrario, se puede decir que era un tiempo de decadencia literaria manifestada por un culteranismo infantil, hasta cortar toda iniciativa a la originalidad. Y sin embargo, consta que en esta ciudad de Quito se dictaban cursos de Filosofía desde el año 1589 y que en 1620 se fundó la Universidad de San Gregorio de Quito. Merece citarse el párrafo

de Velasco en que narra tal acontecimiento: "Para el primer curso de Filosofía, dice, que se leyó en este año, se convocó la juventud, no sólo de todo el Reino de Quito, sino también del Nuevo Reino de Granada, donde todavía no conocían Jesuítas, ni sabían que cosa fuesen estudios"; y más abajo añade: "Salieron en todos tiempos de la numerosa juventud de aquellas aulas, muchos eminentes sujetos para ocupar las primeras dignidades y honores en diversos reinos Americanos; y salieron muchos hombres doctísimos para el crédito ilustre del propio Reino".

Es al ambiente cultural al que nos referimos no a la falta de ingenios y hombres de talento, que a pesar de la época supieron dar claras y grandes manifestaciones de saber. Hace falta un estudio concienzudo acerca de la intelectualidad de ese tiempo, para restaurar nombres y reponer merecidas admiraciones. A ello tiende la investigación histórica y habrá quienes acometan con éxito la tarea.

Con todo ello bien se puede afirmar que no era muy notable el estado cultural de esa época. Además, debemos reforzar lo dicho anteriormente, acerca de la situación secundaria que ocupaba Quito, con las Provincias respectivas, en relación a las demás posesiones de América; y es indudable que la importancia del sujeto contribuye en mucho al brillo de la composición. Ello no quiere decir que sea esta la razón para la frase dificultosa, pesada y oscura con que está escrita la Historia del Reino de Quito. Taine nos enseña que la historia es sobre todo una narración en la cual deben fundirse narración y crítica, para convertirse en la obra de arte que tenga el soplo de la imaginación. "Como en el molde de un escultor, la plata, el plomo, el cobre y los vasos preciosos se funden para formar la estatua de un dios".

El estilo de Velasco es pobre, pero esta pobreza pasaría inadvertida si cierta ingenuidad panteísta no

le hiciera crédulo para los estupendos milagros que hace obrar a la Naturaleza en su Historia Natural; si la educación religiosa no le hubiera rodeado de prejuicios que le incapacitaban para pedir al raciocinio la clave de ciertos hechos que le parecieron sobrenaturales; y si un concepto demasiado estrecho no le hubiera impedido dar el puesto que corresponde a la ciencia y a los detalles particulares. En su historia no hay retratos de hombres ni de pueblos; son narraciones un poco inconexas, aunque todas ellas giren al rededor de un sentimiento patriótico de alta valía, de un sentimiento talvez axaltado por la ausencia, pero que en todo caso respondería al pesar general de la época que, al hacerse idea, produjo los hechos notables que acontecieron a principios del siglo XIX.

El método de composición no es tampoco de lo mejor, aunque ello obedecía al que se observaba por los notables historiadores de ese tiempo: los hechos clasificados por su importancia, pero sin que el drama invisible que se desarrolla en todo pueblo se lo encuadre dentro de un plano desde el cual pudiera verse el conjunto. La obra del P. Velasco está dividida en tres partes: La Historia Natural, plagada de fabulosos y pueriles relatos, y las Historias Antigua y Moderna, llenas también de inexactitudes. Pero si no encontráramos deficiencia crítica, la inexactitud nos explicaríamos fácilmente: la Historia, como llevamos dicho, fué escrita en el destierro; los trabajos previos que verificara en estas Provincias acaso estuvieron, al tiempo de la redacción de la historia sólo encomendados a la memoria, circunstancia que hace explicable toda inexactitud.

Con todo ello, la obra de Velasco no es solamente un inmenso aporte para la erudición y para la historia del pensamiento de estas tierras, sino que además contiene datos y observaciones de la más alta importancia que podrán ser aprovechados siempre

que se trate de escribir los documentos atañaderos a la actual República del Ecuador. Perdidos los manuscritos de Collahuaso, Velasco es nuestro primer historiador, y su figura moral y literaria se yergue con grandes proporciones en el fondo desteñido de esa época de preparación en que florecieran y culminaran los méritos de ese ecuatoriano insigne que murió lejos de su Patria, pero que tuvo fijo siempre el pensamiento en ella, procurando darla esplendor y gloria.

La rectificación científica se impone, pero la rectificación no debe ir, no irá acompañada de menosprecio para quién supo ser perseverante en el esfuerzo y constante con sus altas y virtuosas ideas de un patriotismo que se inculcaba en la época con la eficiencia creadora que iba a producir muy en breve los acontecimientos felices que restaurarían el antiguo Reino bajo la advocación de la República.



Erupción del volcán Pichincha

Acta de la Sesión del Cabildo de
Quito, del 3 de Noviembre de 1660



N la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Francisco del Quito, en tres de Noviembre de mill y seiscientos y sesenta años, el Cabildo, Justicia y Regimiento desta dicha Ciudad, es a saber: el General Don Diego de Sotomayor Baldenebro Caballero del Orden de Calatrava, Corregidor, Capitán Pedro de Molina Alguacil Mayor, y los demás Capitulares que abajo firman sus nombres, que se juntaron y congregaron para tratar y conferir las cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor. Y habiendo todos los dichos Señores Capitulares invocado el Santísimo Nombre de su Divina Majestad y alabando el Santísimo Sacramento del Altar y la Virgen Santísima María Señora Nuestra, concebida sin mancha ni deuda de pecado original:

dixeron por sí y en nombre de toda esta República que siendo así que con el favor divino su vocación y la de toda esta Ciudad ha de ser que con toda humildad, amor y reverencia perpetuamente el loar, alabar y ensalzar el santo nombre de Dios, es justo también asentar por escrito el suceso tan raro que en esta dicha Ciudad acaeció día miércoles hoy hace ocho días que se contaron veinte y siete de Octubre deste dicho año, como entre las ocho y nueve horas del día víspera del glorioso santo San Simón y Judas, que lloviendo piedras, ceniza y arena del cielo en mucha cantidad en toda la Ciudad y su comarca con intempestuoso ruído de truenos y relámpagos que nacían del cerro de Pichincha y obscureciéndose primero por aquella parte con polvo y humareda, creyendo toda la Ciudad que baxaba algún caudaloso río reventado del cerro, continuó la obscuridad en toda la tierra, que la noche más lóbrega que cualquier cristiano haya visto no se igualará con la deste día noche que así se puede decir, prosiguiendo los truenos y relámpagos, que todos a una tuvieron tragada la muerte, con todo desengaño sin quedarles ya más recurso que en las iglesias llorar amargamente sus culpas pidiendo misericordia a Nuestro Señor, acompañados de muchos temblores, de cuyos efectos y los demás hasta hoy ha sucedido con la continuación de dicha oscurana, de todo el dicho nombrado día hasta el siguiente, difieren con toda humildad el hacer se escriba por extenso, acabado el novenario que se está haciendo, para lo cual y el asentar el juramento antiguo de otro suceso no tan igual a éste que habrá ochenta y cinco años sucedió en esta Ciudad, que nombraron por patrona a la Santísima Virgen de Nuestra de las Mercedes, que con su intersección entonces y ahora alcanzó con su Sacratísimo Hijo el suspender su ira, es todo para llorar amargamente y hacer lo que se debe.

Y juntamente se ofreció el entregar la vara de Fiel Executor por turno a don Salvador Fonte Guerrero que con el juramento y solemnidad acostumbrada recibió y con esto por ahora se acabó este Cabildo y se encargaron que por el amor de Dios para el que difieren en la razón sobredicha no falte ninguno de dichos señores Capitulares, con declaración que la dicha vara tocaba al Regidor Francisco Pérez Guerrero su padre, el cual por su impedimento la sustituyó en el dicho su hijo, y los dichos señores Capitulares le recibieron por tal y lo firmaron.

Don Diego de Sotomayor	Pedro de Molina
Lucas Viera Revelo	Francisco Pérez Guerrero
Bere. Hidalgo de Pinto	Hernando Gordillo
Don Juan de Paz y Albornoz	

ACTA DEL CABILDO DEL 9 DE NOVIEMBRE DE 1660

En la Ciudad de San Francisco del Quito, en nueve días del mes de Noviembre de mill y seiscientos y sesenta años, el Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Ciudad es a saber el General Don Diego de Sotomayor Baldenebro, Caballero del Orden de Calatrava, Corregidor en ella y los demás Capitulares que abaxo firman sus nombres, se juntaron en el dicho su Cabildo, para tratar y conferir cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y bien de la República, y se trató lo siguiente:

En este Cabildo se trató y confirió que se fuese a ver el volcán de Pichincha que reventó a los veinte y siete de Otubre deste presente año para reconocer por qué parte corre riesgo esta Ciudad, y porque el Licenciado Pedro de la Guerra Presbítero se ha

ofrecido a ir en compañía de Joan Montero personas baqueanas de aquel paraxe y para que de parte de este Cabildo vaya persona que con toda distinción y claridad vea e informe, se nombra por Diputado al Regidor Hernando Gordillo, para lo cual el Mayordomo de los Propios de esta Ciudad para el día que fueren y los que hubieren de estar allá dé las aves, conserva y vino necesario, pan y lo demás que pidiere el dicho Regidor que será bien dado y se le pasará en cuenta de la que diere de dichos propios. Con lo cual se acabó este Cabildo y lo firmaron.

Don Diego de Sotomayor.

Lucas Viera Revelo.

Francisco Pérez Guerrero.

Don Salvador Guerrero.

Pedro de Molina .

Bere. Hidalgo de Pinto.

Hernando Gordillo.

Ante mí Juan de Arce
Escribano Público.



Cabildo de 15 de Diciembre de 1660

Alabado sea el Santísimo Sacramento



N la Ciudad de San Francisco del Quito en quince días del mes de Diciembre de mill y seiscientos y sesenta años el Cabildo, Justicia y Regimiento desta Muy Noble y Muy Leal Ciudad, es a saber: el Licenciado Don Manuel Ramírez de Arellano Teniente General de Corregidor en ella (por ausencia del Corregidor), Capitán Pedro de Molina Alguacil Mayor y los demás Señores Capitulares que abaxo firman sus nombres que se juntaron y congregaron en su Ayuntamiento como lo han de uso y costumbre, especial y señaladamente para tratar y conferir las cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santísima y Benditísima madre la Serenísima Reina del Cielo Santa María Nuestra Señora y de darle gracias del favor tan grande que su Divina Majestad hizo a toda esta Ciudad, el día miércoles veinte y siete de Octubre

deste presente año, víspera de los gloriosos santos Apóstoles San Simón y Judas, que habiendo amanecido claro el dicho día, con poco nublado, aunque precedieron aquella noche muy graves truenos extraordinarios en los estruendos sin agua, entre las ocho y nueve horas de dicho día, miércoles, lloviendo muy tupidas y espesas arenas, ceniza y piedras con la reventazón del volcán de Pichincha que está junto e inmediato a las cabeceras desta Ciudad, fué tanta la cantidad que así llovió, truenos y relámpagos que salían dél, que se escureció a dichas horas el día tan tenebrosamente que la noche más lobrega que decir se pueda no tenía comparación con dicha oscurana, mezclándose entre estas tempestades, muchos temblores de tierra continuados, cuyos efectos conmovió a todos los vivientes, a que con lágrimas y verdadero arrepentimiento según se conoció generalmente y después se ha sabido con confesiones, penitencias y actos grandes de cristianos, creyendo a una que el mundo se acababa y teniendo tragada la muerte, sin que por la bondad de Dios ninguno entendiese lo contrario, acudieron a la santa iglesia Catedral y todos los demás templos que estaban abiertos, a pedir misericordia hasta los enfermos que los llevaban cargados, causando la mayor lástima y confusión que xamás se ha visto, cuyas circunstancias por ser muchísimas que nadie podrá alcanzar a decir, se dexan para la relación que a este Cabildo a dedicado el Dr. Juan Romero Presbítero. Y estando esta pobre Ciudad en este conflicto y tan grave congoxa, dexando como había dexado sus casas solas y desamparadas, abiertas las puertas, sin llaves, para ir a dichos templos, para acudir al remedio más seguro, la acción más principal que acordaron, fué para ello que los muy poderosos Señores Presidente y Oidores de la Real Audiencia desta Ciudad, como padres desta República, teniendo en el mismo tiempo relación cierta de que la Reina del Cielo Nuestra

Señora de las Mercedes de la redención de cautivos desta Ciudad, que estaba colocada en el nicho del retablo principal, había reparado otro daño semejante nacido del mismo volcán y con los mismos efectos un día jueves ocho de Septiembre del año pasado de mill y quinientos y setenta y cinco, como se vió en libro deste Cabildo, foxas cincuenta y cuatro, donde se asientan los traslados de cédulas, mercedes y previlegios (1) con sólo haber sacado a la Santa Imagen hasta la puerta, y que en hacimiento de gracias le había prometido este Cabildo y Señores Capitulares dél, fiesta perpetua todos los días de la Natividad de Nuestra Señora, con procesión desde la santa iglesia Catedral, al dicho Convento, con misa cantada, plegaria en conmemoración, honor y reverencia de la solemnidad de gracias por el beneficio recibido, asistiendo juntamente con el Reverendísimo Señor Obispo de este Obispado y Venerable Deán y Cabildo de dicha santa iglesia, la víspera de dicha fiesta, pidieron que querían de su parte hacer lo mismo y también ocurrieron juntamente los Señores Capitulares deste Cabildo con dichos señores Presidente y Oidores, quienes como cabezas, viendo que no cesaban los efectos dichos deste tan horrendo y temeroso volcán, pidiendo al Prelado de dicho Convento y religiosos dél, un misal romano, juraron sobre los Santos Evangelios dél en manos del Señor Obispo Doctor Don Alonso de la Peña Montenegro Obispo deste Obispado, se constituyan esclavos de la dicha Santa Imagen y que todos los años perpetuamente durante sus vidas en hacimiento de gracias y porque se sirviesen de aplacar la ira de su Benditísimo Hijo harían fiesta y todos sus subcesores con la solemnidad prometida en el dicho

(1) Esta Acta correspondiente al 8 de Septiembre, folio 54 a que se hace referencia, se publicó en el Libro de Cabildos del año de 1575.

primer suceso y de la mejor forma que pudiesen; y entonces este dicho Cabildo difirió para después hacer el mismo voto y ratificar el pasado y entre estas razones los vecinos desta República que estaban conjuntos y con sumo deseo y clamor general de ver ya efectuada esta salva y cerimonia a la Reina del Cielo, no dexaban de repetir por su parte que quizá por haberse descaecido esta devoción en alguna parte, quería su Divina Majestad por medio xemejante suscitar la memoria deste Cabildo y República para que con más devoción y afecto se trate de la dicha devoción y con esto llorasen todos sus culpas. Y hecha la dicha solemnidad por los dichos Señores y a su instancia y súplica, baxaron de dicho su nicho la dicha Santa Imagen, donde había estado puesta desde el dicho tiempo del primer terremoto, sin baxarla, hasta dicho día diez y siete de Otubre deste año; y puesta en sus andas con la decencia que se pudo, cerca de las once y con toda solemnidad de luces la sacaron en procesión con su Benditísimo Hijo Cristo Sacramentado hasta la Catedral; y hechos los oficios divinos y pasando por la Compañía de Jesús e iglesia del Seráfico San Francisco, la llevaron a su casa, siendo la dicha Santa Imagen, en lo material, de su fábrica de piedra viva y de cuerpo entero y alto que con mucho trabaxo en otros tiempos se dexara cargar, como se vió en dicho terremoto pasado, pues no la pudieron sacar más de hasta la puerta, y ahora facilitó la Reina del Cielo, como viendo el afecto de su pueblo, el dexarse cargar en hombros también maravilla como suya, echando en los suyos nuestras culpas y delitos; y luego que entró a su casa, incontinentemente fueron cesando como cesaron las dichas tormentas que en el discurso del tiempo dicho, continuamente sin cesar fue lloviendo la dicha arena y ceniza como hasta las tres horas de aquel día sobre tarde o noche, y las piedras fueron unas mayores que otras y

algunas las mayores del tamaño de un pan de xabón grande sin otras mayores que certifican muchas personas han caído, teniendo entonces por compañeros en aquella obscuridad, la memoria de sola la muerte, cada uno, con los actos de contrición que podían e invocando los santos de su devoción, con las campanas de todos los conventos que conocidamente lloraban las culpas de los hombres y ruina deste pueblo; pues, destempladas en su sonido, como se vió en todas, cada golpe que daban era una saeta que se metía en cada corazón y que era el recuerdo de cada culpa, estas solas cosas tenían por compañía destituídos totalmente de todo lo temporal; pero la obscuridad continuó su lobreguez sin mudanza hasta el día siguiente, que tal no entendió ningún viviente, estando todos en vela y en ayunas los más, sin acordarse de su alimento, contando las horas, cuartos y minutos con la ansia y deseo que considerarse puede, acompañados de confusiones, lágrimas y llantos en los templos, que sólo quien fué testigo desta verdad lo podrá significar, echando de su ojos las que entonces, pues hasta en las criaturas se vieron efectos tales, que las vertían milagrosamente por sus padres y República, siendo un sin fin de cosas las sucedidas confesiones graves, actos de penitencia y buenas obras que entonces se hicieron, amaneciendo los hombres como incrédulos de ver el día que tanto dudaban, los colores quebrados como de difuntos, de manera que luego fueron toda esta Ciudad y sus vecinos, a traer a la Santísima Virgen Nuestra Señora de Guadalupe, de su casa, todos descalzos y cubiertos de la dicha ceniza, pidiendo misericordia, viendose unos a otros con lágrimas en los ojos el pueblo por los suelos y techados cubierto de ceniza y el aire de humo con un celaxe aplomado que cubría los corazones, y las calles anegadas y cubiertas con más de una cuarta de arena en alto y en otras más cantidad; y como vieron el efecto desta obra tan

piadosa que la Reina del Cielo usó con este su pueblo, no supieron como darle gracias haciendo cada uno lo que pudo y este Cabildo aguardando el resultado de tan grande calamidad, y que las dichas cenizas no cesaban ni los temblores hasta más de veinte días, encargaron al dicho Doctor Juan Romero Presbítero que como testigo de vista y persona de tan gran talento, para memoria de todo tomase a su cargo el hacer la relación y habiendo aceptado, la hizo y dedicó, la cual sacada a la letra, dice así.....

..... (1)

Y por cuanto así este Cabildo como todos los vecinos de su República estaban con amagos tan grandes del dicho volcán, su fuego y cenizas tan repetidas, tan apoderados del miedo y que se consideraba que Nuestro Señor por nuestros graves delitos podía permitir se hundiese y acabase esta República, por estar tan inmediato al dicho volcán, se acordó por este Cabildo a los nueve de Noviembre deste año que el Señor Regidor Fernando Gordillo como baqueano de esos montes y cerros y de tan esforzado ánimo, fuese con dos sacerdotes al dicho paraxe del volcán; y habiendo primero hecho celebrar el santo sacrificio de la misa, con la solemnidad y reverencia debida con los Ministros y xente que pudiesen ayudar a ella y hechos los exorcismos y ceremonias de conjuración al dicho volcán, como lo dispone la santa madre iglesia por su ceremonial romano, viese y tantease la boca, lonxitud

(1) La relación a que se refiere, y que en el original manuscrito empieza en el folio vuelto 59, lejos de ser una descripción de los temblores y más fenómenos producidos por el volcán Pichincha, constituye un alarde de rimbombante literatura en que se pinta la magnificencia de las procesiones realizadas por las Comunidades Religiosas y pueblo, la cual no la transcribimos aquí por su demasiada extensión.

y estado de él y la distancia que de su nacimiento podía haber hasta esta Ciudad y qué cerros estaban amurallados por en medio, que son los que solamente han servido al parecer de resguardo a esta Ciudad y que querían desengañarse de lo que había supuesta primera las esperanzas en la Divina misericordia para conseguir de su Divina bondad las que se podían esperar; y con esto fué dicho Señor Regidor con todo esfuerzo de valor y ánimo; y habiendo usado de todos los actos susodichos, yendo con los Padres Pedro de la Guerra y Tomás de Roxas Presbíteros que por el servicio de Dios y consuelo general se habían ido expuestos a tan conocido riesgo, por el mucho fuego, arena y ceniza que por toda aquella comarca y muchísimas leguas más se derramaba sin cesar, con el favor divino tuvieron felicidad de llegar hasta un alto de los de dicho cerro de Pichinche, como a distancia de dos leguas de dicha boca, de donde no pudieron pasar más adelante, respecto de las dichas tempestades y desde allí miraron patente su boca de dicho volcán de donde salían tan grandes llamas de fuego que se perdían de vista por los cielos, con tan repetidos truenos, que no eran menos que el primer día y desde la dicha boca para hacia esta Ciudad como distancia de media legua por sobre la haz de la tierra dijo se estaba quemando toda ella, saliendo llamaradas y globos de fuego de sobre la tierra y piedras della. Por todo lo cual y que los beneficios recibidos de la Reina del Cielo Nuestra Señora de las Mercedes y las que esperan recibir en adelante y reeligiéndola como en voz y en nombre de toda esta República, vecinos y naturales della, la reeligen por Patrona de dicho volcán y otros y de las demás tempestades de truenos, relámpagos y rayos y otras plagas y tormentas que puedan acaecer en esta tierra por nuestros pecados, por vía de reconocimiento y como más se deba agradar a su Divina Majestad, por vínculo y tributo perpetuo; y por sí los dichos Señores

Capitulares y en voz y en nombre de los demás que al presente están ausentes y por los futuros por quienes prestan voz y caución, de rato de que estarán y pasarán por lo que ahora se celebra, señalan y nombran que de las rentas de los Propios desta Ciudad se le den perpetuamente a la dicha Santa Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes para las festividades que se le han de hacer en cada un año y en los días señalados en dicho Cabildo antiguo, doce velas de a libra o veinte y cuatro pesos en reales a arbitrio de este Cabildo el dar en un género u otro al Prelado de la dicha religión o a quien haya de acudir a dichas fiestas para que con efecto sea alumbrada dicha Santa Imagen dicho día, y prometen y dan palabra a su Divina Majestad que esta manda y tributo será efectiva y preferida a los demás gastos que este dicho Cabildo tiene y así lo juraron a Dios Nuestro Señor y señal de Cruz y con toda humildad y reverencia piden por sí y esta República se sirva de admitir esta oferta y por medio della interceder perpetuamente con su Sacratísimo Hijo, favorezca a esta República auxiliándonos a todos para que le sirvamos y acudamos siempre a aquello que más le agradare; y para que los religiosos de dicho Convento tengan noticia de este caso y cobren cada año la dicha limosna destinada, se le dé por el presente Escribano, testimonio de este capítulo con relación por mayor de todo lo demás suso escrito.

Y con esto prometen de más a más que de la misma forma que se prometió y juró en la reventazón primera de dicho volcán por este Cabildo, de acudir por los Señores Capitulares dél a cada festividad, se hará también desde la primera que viene en adelante y antes más que si reconocieren que otras circunstancias más sean necesarias para su mayor autoridad en que pueda acudir este Cabildo, las interpondrán y para ello difieren para la primera el reconocer entonces lo que se deba asentar, y hecho

entonces se observará en adelante lo mismo y así se pondrá la razón en Cabildo expreso y lo firmaron.

Manuel Ramírez de Arellano.	Pedro de Molina.
Francisco Pérez Guerrero.	Lucas Viera Revelo.
Bere. Hidalgo de Pinto. Gordillo.	Don Juan de Paz y Albornoz
Don Salvador Guerrero Manuel Becerra.	Salvador de Portalanza Fernando de Cevallos y Velasco
	Manuel Freire de Zamora

Ante mí,
Tomás Suárez de Figueroa
Escribano Real y Cabildo.



El Libertador en Guayaquil



UANDO mi primer viaje a Colombia, fui a la ciudad de Cali capital del nuevo "Departamento del Valle", para conocer la casa solariega de mi abuelo paterno, el General Don Nicolás Vernaza, prócer de la Independencia, cuya actuación fue honrosamente mencionada por el historiador Restrepo.

En un caserón netamente colonial, de gruesos pilares y arcos de mampostería, situado en el frente norte de la plaza mayor tuve la buena fortuna de encontrar a mi tío abuelo, Don Manuel Antonio Vernaza, último vástago de la antigua familia, anciano venerable, acaudalado propietario, de 95 años de edad, que había desempeñado los primeros puestos públicos, inclusive el de Gobernador de Cali, durante la administración de López, en la que se jactaba de haber cooperado eficazmente para la definitiva redención de los esclavos.

Fuí invitado a su hacienda de "Dapa", situada en uno de los contrafuertes de la cordillera occidental,

con vista al valle del Cauca. Desde allí se divisa uno de los más espléndidos panoramas que puede imaginarse, superior al de las campiñas de Italia, según confesión de algunos ciudadanos de ese reino.

El valle del Cauca se divisa en su mayor parte, formando un inmenso anfiteatro, limitado por la cordillera central, que divide los sistemas fluviales del Magdalena y del Cauca. Por el costado occidental serpentea este caudaloso río, percibiéndose desde la altura los mil caprichosos y variados giros que forma en su curso. Con un anteojo de larga vista se divisa perfectamente la ciudad de Palmira, situada en la ribera oriental, así como la hacienda en que Jorge Isaacs desarrolla la trama de su interesante novela "**María**", y algunos otros pueblos. Los cambiantes de la luz producen efectos bellísimos en ese dilatado horizonte, y es sublime el espectáculo, cuando a la distancia se ven simultáneamente tres o cuatro aguaceros, en diversos puntos, semejando grandes campos de batalla envueltos en el humo del combate, y alumbrados por descargas continuas de pesada artillería. Esos grupos de lluvia están separados por inmensas fajas de luz, en donde el sol campea libremente. Algunas tardes el cielo se presenta tan limpio y tan azul, que en ese fondo se dibuja el último y más pequeño perfil de la distante cordillera.

Don Manuel Antonio conservaba fresca la memoria; y después de las primeras conversaciones sobre entronques de familia, nombres y antecedentes de los castellanos que la fundaron en el Virreinato de la Nueva Granada, fuí agradablemente sorprendido con la interesantísima relación de incidentes ocurridos en el Ecuador, cuando la magna lucha; porque es de saberse que don Manuel Antonio vino a la campaña que terminó en Pichincha, con la batalla del 24 de Mayo de 1822.

Vino de "**Cadete Aspirante**", a la edad de 17 años, en compañía de su hermano el General Nicolás

Vernaza, formando en la expedición que trajo el General Sucre, para vencer en aquella gloriosa jornada. Pasó por Cuenca y recordaba especialmente "El Ejido", ponderando su hermosura. Allí las tropas del General Santa Cruz reclutaron al "**Cholo Alvarado**", que después llegó a ser General del Perú. La hermosa planicie, jardín y huerto en perpetua primavera, ha llamado siempre la atención de los viajeros ilustres que la han visitado.

"El Ejido" se llamó, en los remotos tiempos coloniales, la "**Nueva Jamaica**", con unos 10.000 habitantes. El Coronel Montúfar militar quiteño de los tiempos de la Gran Colombia y edecán del Libertador cuando éste vino a Cuenca, en 1822, refería que Bolívar se pasaba horas enteras, en la "**Cruz del Vado**", contemplando desde esa altura dominante la hermosa planicie que se extiende hasta "**Yanuncay**".

Después de Pichincha pasó don Manuel Antonio a Guayaquil, de cuya sociedad hacía grandes alabanzas. Con una deliciosa "**causiere**", recordaba los curiosos fiascos que sufrían algunos oficiales colombianos por razón del "**medio ambiente**" y de las diferencias de educación social; porque es bien sabido que buena parte de ellos eran más para las asperezas de una campaña que para los refinamientos de los salones. Los bolivianos nos la cantaban también en sus bandurrias populares, cuando el ejército libertador fue a crear aquella República, exagerando el tono por excesos de la soldadesca:

Dácala perro,
Dácala gato,
No hay colombiano
Que no sea mulato.

Dácala gato
Dácala perro,
No hay colombiano
Que sea caballero.

Fue pues el caso que las señoras y señoritas guayaquileñas, con el desenfado y gentileza de una sociedad culta, cuando es trataba de obsequiar a los oficiales del ejército al recibirlos en los salones, acercaban las sillas y las colocaban junto o en medio de ellos para matizar la tertulia. Los señores oficiales, acostumbrados como estaban de que en las diversiones de sus pueblos, ocuparan los hombres uno de los frentes del salón, y las mujeres el otro, tomaban aquel acto de cortesía como una deferencia especial, "extraordinaria" hacia sus heroicas personas y procediendo en tal supuesto, se atrevían a declaraciones o manifestaciones de que luego debían avergonzarse, por el descontento o por las rechiflas con que eran recibidas.

A los oficiales colombianos les encantaba la sociedad femenina de Guayaquil; y hacemos esta distinción, porque, respecto de los caballeros usaban frases muy duras contra los patriotas que bregaban por la autonomía de esa sección. El General Córdova en carta al General Santander, fechada en Guayaquil el 20 de Julio de 1822, le decía: "llegamos a Guayaquil: en una isla que hay en las bocas de aquel río, dejé las tropas y yo seguí a la ciudad a ver quién mandaba, con quién me entendía: me encontré en un bochinche muy gracioso; un gobierno de canallas independientes de todo el mundo; mucha parte del pueblo y todas las señoras, colombianas, y otra parte del Perú; mucha risa me dá todo, y yo hubiera pasado por allí para reunirme en Alausí a muy buen tiempo con el ejército; pero el Coronel Inglés Illingworth me presentó una orden del General, en que mandaba que todas las tropas que viniesen de Colombia se pusiesen a sus órdenes; este señor me hizo ir por Naranjal, pasando una montaña, y después antes de llegar a Cuenca, los Andes, lugar desierto sin recursos, donde, como derrotado, se me dispersó todo el batallón."

El General Antonio Morales enviado desde Bogotá para notificar el armisticio pactado entre los Generales Bolívar y Morillo, le escribe a Santander en carta fechada el 17 de Marzo de 1821, lo siguiente: "Mi más querido General y pensado amigo: me tiene Usted en el hermoso Guayaquil en donde hay más bellezas que en la Circasia y la Mingreliaba (Mingrelia?). Jamás he visto un país más lleno de hermosuras ni de mujeres más amables, y más enriquecidas gracias. Francas en su trato, modestas sin afectación, obsequiosas, llenas de sandulla, cantan y bailan divinamente. Patriotas exaltadas, pero todo lo quieren para sí, y nada le dan al prójimo: a ninguna de estas señoras les falta aquel tornillito que Usted sabe; y cuánto siento, mi querido amigo; pero no faltan en la Cámara baja muchachas tan buenas, tan petimetras y de tanto conocimiento en la práctica que le protesto a Usted que no tendría que envidiar a las de Venezuela. Vamos a asuntos de la Patria. etc".

Presenció don Manuel Antonio la entrevista de Bolívar con San Martín y refería que la medalla de la "Orden del Sol", adornada de diamantes con que éste le condecoró, el Libertador, con su habitual galantería, se la obsequió a una dama del lugar. Este obsequio no llegó sin duda a perfeccionarse, porque dicha medalla figura entre los objetos enumerados en el testamento del héroe.

En los bailes con que se le agasajaba al Libertador había la costumbre de prepararle un "Dosel"; y era tal su entusiasmo artístico, cuando veía desempeñarse con maestría y donaire en la danza a una beldad guayaquileña, que casi en peso la llevaba a colocar bajo el dosel.

Cuando se discutía la anexión de Guayaquil a una de las Repúblicas vecinas, fueron las señoras quienes tomaron parte la más activa y bulliciosa en el asunto: unas enarbolaron el pabellón especial que

tenía Guayaquil, desde el 9 de Octubre; otras, el pabellón peruano, y otras el colombiano. El Protector San Martín había despachado de Lima una comisión de seis Coroneles con el encargo de trabajar a favor del Perú. Llevaron mucho oro; y el medio de acción empleado por ellos fué la prodigalidad en convites, paseos y obsequios, logrando, en efecto, gran partido en la ciudad.

El Libertador mandó izar el pabellón colombiano en el árbol en que acostumbraba colocarse, y las señoras lo bajaron colocando en su lugar el del 9 de Octubre. Bolívar, avisado de esto, ordenó el inmediato cambio, y las señoras, a su vez repitieron el relevo; hasta que el Libertador observando que era inútil proceder contra el entusiasmo y decisión de las mujeres, dispuso que flamearan ambas enseñas en el mismo árbol; terminando de esta manera ese incidente que podía conducir a inesperadas complicaciones.

A medida que nos apartamos de los gloriosos tiempos de la lucha heroica, adquieren sabor más delicado los episodios ocurridos durante ella, y el espíritu patriótico se deleita en recordar los más insignificantes detalles.

Alberto Muñoz Vernaza.



El Batallón sin Nombre

(1813)

La Batalla está empeñada.—Asomada a una legua de distancia, gentil Barquisimeto, tú la contemplas —Es el 10 de Noviembre de 1813



L realista Ceballos hace esfuerzos increíbles por arrebatarse la victoria a las fuerzas republicanas que pelean bajo las órdenes de Bolívar. Grande es el arrojo de unos y de otros, entre el sostenido fuego de fusilería; pero al cabo de dos horas, los de Ceballos comienzan a cejar; aprietan la embestida los patriotas y el enemigo huye en desorden. La batalla está ganada.

Loco de furor y de despecho, Ceballos que había sido arrastrado en la fuga durante los primeros momentos, se detiene en el límite del campo, reúne algunos jinetes y trata de contener a los que huyen

despavoridos. ¿Se restablecerá el combate? Imposible parece. La desmoralización es grande entre los serviles, y los independientes les vienen a los alcances.

En este momento crítico, algo extraordinario, algo imprevisto y fatal ocurre en las filas de Bolívar, los batallones vacilan, los vencedores sienten el frío glacial del temor en las venas, míranse unos a otros con rostros en los que el pánico está dibujado; se oye el grito de "¡Sálvese quien pueda!" Y esos vencedores se precipitan en desordenada fuga delante del enemigo que también huye. ¿Qué significa todo esto? Una cosa bien singular ha sucedido.

Cuando los patriotas iban en persecución de los realistas desbandados, cuando la victoria estaba conseguida, antójasele a un tambor, sin motivo, sin haber recibido orden alguna, por una inspiración desastroza, tocar a retirada. El toque se repite de fila en fila por cornetas y tambores, causando profunda admiración a Bolívar y desesperación a los oficiales que no comprenden la causa de orden semejante.

Entonces el ejército se cree rodeado por fuerzas desconocidas, y que la huída de los de Ceballos es sólo una estratagema para sacarle de sus posiciones y atraerle al peligro. En consecuencia, se derrota.

No menos admirado que Bolívar, Ceballos contempla el singular movimiento de las tropas de su adversario. Comprende algo, y formando apuradamente las columnas que puede, vuela en seguimiento de sus vencedores que huyen despavoridos.

Grande fue la matanza que consumó en los fugitivos, y acaso ninguno de éstos habría escapado con vida si el escuadrón Rivas-Dávila que se hallaba a orillas del río inmediato no hubiese cubierto bravamente la retirada.

Envuelto Bolívar en la huída de sus tropas llega a la montaña del Altar, por la noche, furioso y desanimado, en unión de unos pocos compañeros.

—¿Pero cómo es esto?— se preguntan mutuamente. ¿No estaba ganada la batalla? ¿No huía Ceballos? ¿Y entonces, qué ha pasado?

—Fue un tambor quien tocó retirada a la infantería—, dice uno.

—¡Ah, maldito tambor!

—¿Y de qué batallón era? ¿Cómo se llamaba?

—No se sabe nada.

—Pero, he ahí que, sin saber cómo, nos hallamos vencidos.

—Vencidos, General Urdaneta.

—Vencidos, Coronel Palacios.

Bolívar escucha, taciturno y preocupado, éste y otros diálogos semejantes. Al fin, como saliendo de un sueño, se estremece, levanta la voz y llama:

—¡General Urdaneta!

—¡Señor!

—Vaya Usted y reúna los dispersos.

Urdaneta parte.

Pocas horas después, a costa de grandes esfuerzos se han reunido unos pocos centenares de hombres. Fórmase con ellos un batallón, y Bolívar les dice:

—Soldados, sois la causa de la más injustificada de las derrotas, comenzada en el momento mismo en que abandonaba el campo el enemigo en desorden. ¡Soldados! ¡Habéis faltado a vuestros deberes para con la causa que defendéis y para con vosotros mismos! En recuerdo de este día y para castigo de vuestro atolondramiento, no tendréis nombre ni llevaréis bandera. Sois el "Batallón sin nombre", sois el batallón sin bandera. ¿Queréis conseguir uno y otra? ¡Venced! el enemigo os los dará.

Dice. Los soldados inclinan la cabeza; un murmullo de aprobación se oye entre los Jefes. Bolívar entrega el mando de la pequeña fuerza al valiente Urdaneta, ordénale se sitúe en el pueblo de

San Carlos, pica espuelas y se va, a largo trote, camino de Valencia.

Una batalla se había perdido: necesario era levantar nuevas fuerzas para proseguir la lucha.

No era fácil esa prosecución. La causa de la libertad, como en otras muchas veces anteriores y posteriores al año en que nos estamos refiriendo, pasaba por uno de esos momentos críticos. Verdad es que la Capital estaba en poder de los republicanos, verdad que había una sombra de Gobierno, verdad que la naciente república había afianzado su pabellón con las batallas de las Trincheras y de Bárbula; pero también es cierto que en esos días se verificaba una reacción inmensa en favor de la causa española, que la opinión del país era totalmente adversa a los libertadores, y que éstos no tenían seguro ni aún el pedazo de tierra que hollaban con sus plantas. La clerecía en masa habíase levantado contra los independientes; y la empresa bendita, la empresa sagrada, a cuyo recuerdo, pocos lustros después, la América había de levantar altares en el corazón de los libres ciudadanos, era maldecida y denunciada por impía desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, y a ella, a esa empresa gloriosa, se le achacaban por bocas consagradas, hasta los terribles sacudimientos de la naturaleza. ¿Qué mucho, pues, que el pueblo odiase de muerte a los mismos que bregaban desesperadamente en defensa de su libertad y por la conquista de sus derechos? ¿Qué mucho que Bolívar y los suyos en Venezuela, Nariño y sus compañeros en Nueva Granada, y los patriotas en Quito, se viesan abandonados a sus propios esfuerzos y encontrasen como obstáculo en su camino la declarada mala voluntad de las naciones que querían emancipar de la dominación hispana?

Y sin embargo, se combatía, y lo que es más admirable, aún, a veces se triunfaba: de todos y contra todos. . .

Volvamos a Bolívar.

En breves días y con la actividad que era la característica de su genio, logró éste poner en pie un nuevo ejército con qué resistir a las fuerzas combinadas de Ceballos y Salomón, y el 24 del citado mes de Noviembre les ganó el memorable combate de Vigirima.

El cinco del mes siguiente óyese gran estampido en la llanura de Araure. Otra batalla está empeñada. Es el mismo valeroso Ceballos que resiste a los 3.500 hombres de Bolívar.

Pero situación es la suya bien diferente de la jornada de Barquisimeto y del día de Vigirima; pues en los primeros momentos la victoria le sonríe espléndidamente.

La batalla había comenzado de una manera imprevista.

El día anterior, Ceballos ocupaba la colina inmediata al pueblo; en la mañana del 5 había desaparecido; la colina estaba escueta, y en la llanura no se movía más gente que la de Bolívar. ¿Dónde se hallaba el enemigo? ¿Se retiró durante la noche o preparaba alguna sorpresa a los independientes?

Saber esto era un punto muy capital, y para averiguarlo destacó el General en Jefe la vanguardia al mando del Coronel Manuel Manrique, reforzándola con 400 caballos.

—Y sobre todo—, dijo el futuro Libertador, concluyendo sus advertencias a Manrique, en ningún caso empeñe Ud. combate.

Partió Manrique. El resto del ejército, después de reconocer el pueblo, se movió por el camino de Acarigual.

El enemigo no parecía. Busca Manrique por una parte, busca por otra: cuando se encontró con lo que tan afanosamente iba buscando, se tenía encima todo el ejército de Ceballos.

¡Y en qué formidable posición se había colocado éste!

Resguardado y defendido por un espeso bosque en que apoyaba su retaguardia, y sus flancos, con una laguna por delante, que imposibilitaba cualquier ataque de frente, fuerte con diez piezas de artillería, ¿cómo iba a ser expugnado?

Manrique pretende retirarse: ya no era hora: mil jinetes le han cortado la retirada, y se vienen sobre él como un huracán, lanza en ristre y sable en mano, dirigiendo los corceles con las rodillas. . . Es preciso luchar. . . y morir; pues vencer, ¿cómo?

Y ahí mueren todos: son 500 cazadores; los 500 caen al golpe de la lanza enemiga. . . al frente ruje el cañón y consume la matanza. . . Manrique y cinco o seis oficiales más son los únicos que logran escapar: ya el ejército republicano no tiene vanguardia. Reserva. . . ¿qué reserva?

La segunda división, en cuanto en el campamento se oyen los estampidos de la artillería, vuela en auxilio de la vanguardia: al llegar se encuentra con que ésta ya no existe.

Medio desmoralizados y confusos, entran en acción los reclutas, inexpertos en el manejo del arma, que dicha división formaban: el enemigo les recibe rudamente. Muévase en su auxilio la caballería, mas si una parte de ésta penetra en las filas contrarias, la otra retrocede en confusión.

No es difícil de preveer el resultado: el número, la disciplina, el mejor armamento, la artillería de que los nuestros carecen, van a arrollar una vez más a la hueste patriota. . . Bolívar lo vé y se llena de luto su grande alma.

—¡Avancen los últimos! . . . ¡adelante el “Batallón sin nombre”!

El “Batallón sin nombre”, sin más armas que largas lanzas, sin bandera que desplegar, se arroja

sobre el enemigo, resistiendo sus nutridas descargas, venciendo los obstáculos del bosque. . . Acero contra fuego. . . ¡Ah! ¡Bravos campeones!

Choca con el enemigo, lo alancea, quítale los fusiles, las cartucheras y le devuelve bala por bala. . . A los ocho minutos ya tenía bandera; a los diez minutos habían muerto los artilleros sobre sus piezas; a los quince minutos la batalla estaba ganada!

Los contrarios se dispersan, dejando mil fusiles, toda la artillería, casi todo el parque, cajas de guerra, viveres, banderas, en poder del vencedor. Caen también 300 prisioneros. . . . Ceballos y Yánez vuelan en alas de su miedo. . . .

El "Batallón sin nombre" está formado en primer término. El ejército celebra, al día siguiente, su victoria, Bolívar le revista.

El General se adelanta a caballo, seguido de su Estado Mayor, dirigiéndose al lugar donde descansa sobre las armas el batallón tan prodigiosamente heroico la víspera.

Un Ayudante del Jefe lleva una bandera: esa bandera es una de las quitadas al enemigo por el innominado cuerpo.

Bolívar va a hablar y hace seña al corneta que toque atención. Sucede un profundo silencio.

—¡Soldados!— dice dirigiéndose a los del "sin nombre".— ¡Soldados! Vuestro valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo; y en medio del fuego, cuando os ví triunfar, le proclamé el VENCEDOR DE ARAURE. Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas: habéis ganado la famosa llamada "invecible de Numancia". Llevad, soldados, esta bandera de la República. Yo estoy seguro de que la seguiréis siempre con gloria.

Los soldados, estremecidos de placer y de legítimo orgullo, reciben la bandera de manos de su caudillo, y luego, por un sentimiento súbito, espontáneo y unánime, gritan entusiasmados:

—¡Viva el General Bolívar!

El caudillo inclina la cabeza, se descubre lentamente, y grita, a su vez: ¡Viva la República! El ejército entero repite: —¡Viva la República! Y todos, igualmente, se descubren un momento.

Manuel J. Calle



La renuncia del Libertador



ESPUES de la famosa batalla de Ayacucho que selló la independéncia de América, quiso el Libertador acallar las injurias y calumnias de sus enemigos, con una prueba del más acendrado civismo.

El 22 de Diciembre de 1824 dirigió desde Lima al Congreso de Colombia, la renuncia que hacía de la Presidencia de la Gran República. El oficio que la contenía se leyó en la sesión del Senado del 28 de Enero de 1825, y el Senador Soto, después de manifestar que esa renuncia debía considerarse por las dos Cámaras reunidas, pronunció un largo discurso en que expuso, desde luego, que no debía ser aceptada. Entró enseguida a rebatir los fundamentos de ella, expresando con énfasis que no debían temerse las imputaciones de ambición, tiranía, etc., que se le hacían a Bolívar. Si hubiese alguno, dijo, tan necio que se atreviese a proferirlas, siquiera a imaginarlas, en el mismo hecho daba a conocer que

era un estúpido despreciable o un malvado impostor, cuyos dictérios debían mirarse como los delirios de un furor insano o impotente, que conspiraba a vengarse, pretendiendo manchar con la hiel de su maledicencia la grande reputación de tan ilustre General.

El Senador Mosquera expuso de su lado que si era fácil resolver el asunto, era muy difícil encontrar los términos en que debía comunicarse la negativa; pues si, por una parte, los motivos para ésta eran poderosos, era muy doloroso negarse rotundamente a satisfacer unos deseos manifestados con tan vivas instancias ante el Congreso Constituyente y ahora ante el constitucional. Que esto les obligaba a proceder con suma delicadeza, para hacer conocer al Libertador que sólo el interés tan grande que tenía la Nación de conservarle a su frente, impelía al Congreso a denegarse a sus instancias.

Bolívar manifestó en su renuncia que sufriría su conciencia bajo el peso de las atroces calumnias que le prodigaban, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa; que noche y día le atormentaba la idea en que están sus enemigos, de que sus servicios a la libertad son dirigidos por la ambición y que para hablar con franqueza, creía que la gloria de Colombia sufría con su permanencia en el suelo de la Patria, porque siempre se la supone amenazada de un tirano.

Para la resolución de asunto tan importante, en Congreso Pleno, señalóse el 8 de Febrero. Llegó el momento solemne. La expectativa de la Capital era inmensa; y por la noche se reunieron 22 Senadores y 51 Representantes, en el local del Senado, esto es, el Convento de Santo Domingo; sólo faltaron los SS. Soto Real y Piñango.

¿Cuál de nosotros, "pichones" de Demóstenes, no hemos incurrido en nuestros primeros ensayos literarios, en la "cursilería" de acudir a falta de

mejor cosa que expresar, al trillado recurso de: "SS. como el silencio es más elocuente que la palabra"? Pues esa frase que por lo repetido llegó a sernos vulgar, ha tenido en nuestra historia republicana una realidad verdaderamente expresiva y sublime, cuando el Congreso de la Gran Colombia, consideró la tercera renuncia que de la Presidencia de la República hizo el Libertador. No llegamos a comprender la "elocuencia del silencio" sino cuando tuvimos ocasión de hojear esos libros inmortales cubiertos con el polvo del tiempo y la pátina de la gloria, que contienen las actas de nuestros anales parlamentarios. Los signos exteriores manifestaban que nadie, quizás, antes que nosotros, había vuelto a registrar esas páginas, desde que fueron redactadas en su tiempo; y recibimos gravísima sorpresa, una sorpresa muda, al leer el acta de la sesión del 8 de Febrero de 1825, que se ha conservado inédita.

Era Presidente del Senado, en ese año, el Dr. Luis Andrés Baralt, venezolano, y Vicepresidente el Dr. Estanislao Vergara, granadino. Las galerías del Senado estaban ocupadas por una numerosísima concurrencia de damas, caballeros de las altas clases sociales y numeroso pueblo, y todos aguardaban con ansiosa solicitud la resolución del Congreso: Se iba, en cierta manera, a jugar la suerte de la Patria. La negativa de la renuncia significaba la gloria, el progreso, la felicidad, el porvenir de Colombia, mientras que la afirmativa daría el triunfo a las pasiones y señalaría, sobre todo, la extensión de su territorio, el desorden y la más furiosa anarquía.

El Presidente de la Corporación ordenó la lectura del oficio de renuncia, y exitó a los miembros del Congreso a que manifestasen su opinión con toda libertad; pero reinó en el recinto de la Cámara un hierático silencio, que nadie se atrevió a interrumpir, y un hálito de religiosa contemplación, discurrió por ella. Ese profundo silencio que duró por espacio de

quince minutos, según lo hemos leído en la "Gaceta de Colombia", que relató el suceso, pregonaba, sin embargo, a grito herido, las glorias de Colombia, y la gratitud de la República por su Libertador y Padre. Como continuase la mudez del recogimiento, el Presidente se vió obligado a manifestar que se procedería a la votación, si nadie usaba de la palabra. Entonces, el Dr. Antonio Torres, como hierofante que oficiaba en el altar de los misterios y destinos de la Patria, pronunció algunas frases, para explicar que el espanto los había reducido al silencio y que él estimaría como una desgracia para Colombia que Bolívar no continuara en la Presidencia de la República. Nadie más habló, y recogidos los votos, fue negada por unanimidad la renuncia. Entonces sí estalló el bullicioso aplauso y los vivas al Libertador. La alegría fue desbordante y la concurrencia de los dos sexos se lanzó a las calles, llevando el entusiasmo y la buena nueva por toda la población. Bolívar triunfó una vez más de sus émulos, rivales o enemigos, en una victoria cívica tan brillante, como la de Boyacá, Carabobo y Junín. Cuando Luis A. Baralt le comunicó el resultado de la sesión, pudo muy bien referirse, como nos referimos ahora, a ese "silencio realmente expresivo, ese silencio más elocuente que hasta ahora lo ha sido ninguno mortal en la tierra."

Es corta y merece conservarse literalmente, en nuestras crónicas del tiempo heroico, el acta de aquella sesión memorable que como antes lo dijimos, permanece inédita. Dice así:

Sesión extraordinaria del Congreso del día 8 de Febrero de 1825—15º

"En la ciudad de Bogotá, Capital de la República de Colombia, a 8 de Febrero de 1825, 15º de la Independencia, reunidas en Congreso las Cámaras del Senado y de Representantes en las salas de sus sesiones, en la 1ª conforme a lo prevenido en el

artículo II de la Constitución, en número de 73 individuos, a saber 22 Senadores y 51 Representantes, manifestó el Presidente del Senado ser el objeto de la presente reunión determinar, conforme al artículo 1º de la Ley de 18 de Julio del año 13, sobre la renuncia que el Excelentísimo Sr. Libertador Presidente hacía de la Presidencia de la República, y tomar después consideración, si hubiera lugar las renunciaciones que los SS. Senadores José María del Real y Francisco de Paula Icaza han hecho de sus destinos, en consecuencia previno el señor Presidente del Senado la lectura de la exposición del Libertador Presidente, fecha en Lima, 22 de Diciembre del año pasado. Concluída su lectura el señor Presidente del Senado excitó a los Senadores y Representantes de que manifestasen su opinión, pero como reinase por un largo rato un profundo silencio, el mismo Sr. Presidente manifestó: que pues nadie tomaba la palabra, se procedería a la votación, y entonces, el Sr. Representante Antonio Torres dijo así: "Sr. Presidente; el espanto que ha causado la lectura del presente papel en el ánimo no sólo de los representantes de la Nación, sino en todo el pueblo, ha hecho que todos nos quedemos en un profundo silencio. Yo al menos, creería una desgracia para Colombia que Simón Bolívar no fuese el Presidente de la República; pero como estoy delante de un pueblo que conoce todos sus servicios, no los refiero, y sólo me extendería a decir que admitir la renuncia del Presidente de la República es un crimen político. "Nadie más habló y por tanto el Sr. Presidente del Senado redujo el negocio a votación, en estos términos: Admite el Congreso la renuncia que el Sr. Presidente Libertador hace de la Presidencia de la República? Y la resolución fue negativa por absoluta unanimidad de votos de todos los señores que se hallaban presentes. En el instante el inmenso concurso de espectadores que rodeaba las barras no

pudiendo contener el exceso de su alegría en los límites del silencio, de la respetuosa continencia con que siempre ha concurrido a las sesiones del Senado, prorrumpió en una aclamación de aplausos al Libertador y al Congreso. (Se trató luego de algunas renunciaciones de Senadores y se nombraron suplentes). El Sr. Presidente declaró levantada la sesión."

¿Fue resolución acertada la del Congreso? Tal vez entonces no pudo predecirse; mas ahora aparece preferible la primera determinación que tuvo el General Bolívar, de continuar directamente de Guayaquil, en viaje para los Estados Unidos y Europa. Colombia y su Libertador habían llegado al zenit de la gloria en 1825, y era de esperarse, como ley ineludible de los acontecimientos humanos, y aún de los fenómenos de la naturaleza, que comenzase la declinación o el descenso, como en efecto comenzó al año siguiente.

Puede asegurarse que Colombia no existió un sólo día con plena unidad nacional; los elementos de que se componía no eran lo suficientemente homogéneos para la constitución de una gran nacionalidad. Pasada la necesidad de la guerra, y la cohesión que engendra el peligro común, comenzaron a manifestarse las tendencias exclusivistas, y los gérmenes de oposición que en todo tiempo existieron entre las antiguas provincias de Venezuela, Nueva Granada y Quito. Con el poder de sus victorias y con el prestigio de su nombre pudo el Libertador haber presidido entonces y organizado la constitución independiente de las mismas Nacionalidades que por la violencia y la intriga surgieron en 1830, confederándolas únicamente para ciertos asuntos; y la suerte de estas Repúblicas hubiera sido indudablemente muy diversa de lo que fue y es en la actualidad.

A. Muñoz Vernaza.

Un Episodio Marítimo

El General Don Tomás Carlos Wright

I



ENTRE los beneméritos ingleses que formaron en la Legión Británica, que tanto se distinguió en la Guerra Magna, figuraba un valeroso y entendido marino, que dejó escritas, con acciones heroicas, muchas y muy lucidas páginas para la Historia de la Independencia Americana.

Nos referimos al que llegó a ser General ecuatoriano don Tomás Carlos Wright, de grata y veneranda memoria.

No queremos hacer aquí la biografía de Wright. Es ahora nuestro único propósito relatar uno de los episodios de sus campañas marítimas; episodio que

han descuidado los historiadores, ya que todos ellos escribieron sólo a grandes rasgos los últimos esfuerzos del poder naval español en las costas del Pacífico. Y sin embargo, el hecho que vamos a relatar, causó sensación en aquella época y mereció los más justos aplausos y elogios del Libertador.

Tenemos en nuestro poder los documentos, inéditos hasta el día, relacionados con el episodio, es un fiel trasunto de la verdad histórica. . .

Sabido es que, en seguida de la campaña libertadora que terminó gloriosamente en Pichincha, el 24 de Mayo de 1822, y de la agregación de estos territorios a la Gran República de Colombia, nuestras fuerzas victoriosas, sin casi tomar descanso, marcharon a la campaña libertadora del Perú.

Reunidas entonces las dos fuerzas navales, de Colombia y el Perú, don Tomás Carlos Wright fue destinado a la campaña marítima del Sur; y en 1824 tenía el mando de la histórica goleta **Guayaquileña**, con la misma que, cuatro años más tarde, había de ilustrar aun más su nombre en las aguas de **Punta-Malpelo**. . .

La Escuadra Unida estaba en esos días al mando del Vice-Almirante don Martín Jorge Guisse; quien, a la verdad, era un entendido y valiente marino; siendo lástima que sus malas pasiones le condujeran a grandes excesos y procedimientos que tanto le desacreditaron, y que, más tarde, obligaron a su destitución y enjuiciamiento. . .

La campaña libertadora del Perú, estaba dirigida personalmente por Bolívar, y esto era segura garantía de pronta y completa victoria.

Los españoles hacían en ese territorio el último esfuerzo de su lealtad y heroísmo admirables; tan admirables como el valor fabuloso de los republicanos.

En el Pacífico había aparecido una escuadra realista, cuya principal unidad era el poderoso navío **Asia**.

En siendo señalada la presencia de esos buques en la Mar del Sur, la Escuadra Unida, tanto como la de Chile, abrieron operaciones para combatirla.

Hubo varios lances y es de uno de ellos que vamos a ocuparnos.

II

El Comandante Wright, había salido de Guayaquil al mando de la escuadrilla colombiana; es decir, de una sección, en la que figuraban la goleta **Guayaquileña**, la corbeta **Pichincha**, el bergantín **Chimborazo** y otras naves.

Llegado a Huanchaco, pasó a reunirse con la escuadra del Vice-Almirante Guisse, a fin de reforzarla; pues el 17 de Setiembre de ese año de 1824, tuvo, por el Capitán de un buque inglés, la primera noticia efectiva de que el navío **Asia** y el bergantín **Aquiles** hubieran llegado al Callao.

El día 20 se reunió el Comandante Wright al Vice-Almirante, que navegaba en la **Protector** (1), frente a Guarmey; y se dirigieron hacia Huacho.

El 3 de Octubre pasó Wright de la **Guayaquileña** al bergantín **Chimborazo**, reemplazando en el mando de éste al Capitán Ramzay que fue separado de él.

Continuando el crucero, fondearon los buques republicanos en aguas de la isla de San Lorenzo, el 6 de Octubre, y el 7 levaron anclas y abandonaron el fondeadero, seguidos a prudente distancia por las naves españolas. . .

Al andar de pocas millas, la escuadra independiente viró hacia tierra; efectuando esta maniobra a efecto de presentar combate al enemigo; pero, tanto el navío español como los demás buques que

(1) La que se llamó "Prueba" cuando pertenecía a los españoles,

con él iban, en convoy, eran de superior andar y lograron barloventear a la **Protector**, en que iba Guisse y al bergantín **Chimborazo**, mandado como hemos dicho, por el intrépido Wright; buques estos dos que fueron los que entraron en línea de combate; pues la **Guayaquileña** y la **Macedonia**, desde la salida del fondeadero estaban bastante encalmadas; y la **Pichincha** se mantenía distante a sotavento. . .

Eran, pues, la **Protector** y el **Chimborazo** las solas unidades que iban a medir sus fuerzas con las muy superiores de la poderosa flota enemiga.

Viró la escuadra hacia afuera, y la siguieron en ese movimiento los dos buques republicanos; pero Wright en tan preciosos instantes tuvo que proceder, —al mismo tiempo que seguía las operaciones—, a ver de aprontar la marcha de los demás bajeles; cosa que no pudo conseguir en lo absoluto. . .

La lucha se iba a empeñar y prometía ser terrible. . .

III

A poco de algunos movimientos estratégicos, el combate se hizo inevitable para la escuadrilla española que, con ser más fuerte, parecía querer esquivar el encuentro. . .

Puestos en facha el navío y el bergantín realista, y preparadas también las dos naves independientes, abrieron a un tiempo sus fuegos; y el estruendo terrible de muchos cañones, anunció que comenzaba un duelo a muerte sobre las aguas del Pacífico.

Las baterías de babor del **Asia** hacían llover proyectiles que más alcanzaban al **Chimborazo** que a la **Protector**, en razón de haberse adelantado el bergantín hacia el poderoso navío adversario.

Airosamente se sostenía la pequeña nave colombiana y no descansaba en hacer oír sus pocas

piezas de artillería; en tanto que Guisse, por su parte, mantenía también de manera brillante el combate.

Hubo un momento en que el **Asia** demostró empeño en deshacerse del **Chimborazo**, dirigiendo sus tiros, de preferencia, sobre el audaz adversario que tan de cerca le acometía. . .

Y he allí que nuestro bergantín se vió agujereado por varios puntos y comenzó a hacer agua de una manera alarmante, pues le había tocado de lleno una andanada del **Asia**. . .

Haciendo señales a la **Protector** para que se sostuviera el tiempo necesario para reparar momentáneamente las averías, el **Chimborazo** efectuó una virada, alejándose algo del combate. Funcionaban las bombas, que parecía no eran suficientes, pues a una segunda virada tenía ya el buque cinco pies y seis pulgadas de agua en la bodega.

Sin embargo, el Comandante Wright, sin perder su serenidad y energía, hizo trabajar de tal manera a los heroicos tripulantes de la nave, que logró cortar aunque precariamente el mal, tapando las vías de agua mediante supremos y rápidos esfuerzos...

Conseguido esto se fue nuevamente a toda vela, sobre la escuadrilla enemiga, mantenida a raya por la **Protector**. . .

La **Guayaquileña** y la **Pichincha**, entre tanto, estaban ya a barlovento, y Wright les hizo señales para que apresuraran su marcha y entraran a combate.

La lucha continuaba y aun tomó mayores proporciones al volver a ella el bergantín **Chimborazo**, cuya presencia fue salvadora, pues ya todos los buques enemigos iban sobre la **Protector**.

La flota española volvió a ponerse a tiro de cañón; pero ya parecía haber perdido sus primeros bríos; los buques menores de ella se amparaban en el **Asia** y no se atrevían a separarse de ese navío.

Y bien pronto, el poderoso buque emprendió la retirada con los demás; habiendo sufrido pérdidas mucho más considerables que la fragata independiente.

Verdad que la **Protector** quedó maltrecha, haciendo mucha agua, tanto por efecto de los proyectiles del adversario, como por el estropeo que le causaron sus propias baterías.

Y el **Chimborazo**, ya se puede calcular el estado en que quedara; pero ambas naves pudieron navegar bien, y la **Protector** se vino a Guayaquil, con el objeto de reparar sus averías.

En buena hora, la previsión de Guisse cambió el Comandante del **Chimborazo**. . . El Comandante Wright fue el héroe de esa acción naval, que fue una nueva y hermosa página de su historia de marino; historia llena de acciones heroicas y gloriosas, que ilustraron el nombre de este benemérito prócer de la Independencia Americana.

Carlos Destruge



El Negro Pío

(1815)



L cuarto está en tinieblas.

Reina en él la quietud del silencio, turbado apenas por la ligera respiración de dos hombres que duermen pacíficamente, el uno en el modesto lecho de la habitación y el otro en la hamaca.

Afuera se descuelga una lluvia torrencial, de esas torrenciales en que el agua cae a chorros espesos, durante días enteros, porfiada, incesantemente.

En lo alto rimbomban los truenos; cruzan el espacio millares de relámpagos, estalla el rayo.

La ciudad yace a oscuras. . .

Estamos en Kingston, capital de la isla de Jamaica, y es el "Nueve de Diciembre de 1815."

Todo reposa en paz en la población. . . ¡Bendita sea la paz! . . .

De pronto, por los negros corredores de la casa aquella, avanza con cautela un bulto. Sus pasos no resuenan en el pavimento, sus manos se apoyan en las paredes, su aliento está como contenido.

Son las diez y media de la noche. . .

El bulto llega a la puerta del cuarto donde los hombres duermen. Está sólo entornada. La entreabre con precaución exquisita para que no haga ruido y se desliza adentro.

Ahoga la respiración, y palpando en la sombra, procura orientarse para no tropezar con algún mueble.

Es diestro conocedor del lugar, sin duda alguna, porque su vacilación dura un instante.

Se dirige de puntillas a la hamaca y tantea una de las cuerdas que la sostienen para cerciorarse, por el peso, si alguien duerme en ella.

Luego desenvaina un puñal, y adelanta un paso.

El hombre de la hamaca no despierta; su respiración es igual y tranquila.

El bulto se inclina sobre él, le ase bruscamente por la ropa, y le tira una puñalada en el cuello.

La víctima dá un alarido terrible, se incorpora a medias, bajo la férrea mano que la oprime, y adivina, más que reconoce, a su enemigo, a través de la oscuridad y el terror.

—¡Páez! ¡Páez! —grita con todas sus fuerzas—
¡El negro me asesina!

No tiene tiempo para más.

El negro alza otra vez el brazo y le entierra el puñal en el corazón.

Luego, procura escaparse.

Pero el grito supremo del asesinado de tan infame manera, ha puesto en pie al llamado Páez, que le persigue dando grandes voces.

El negro, armado como está, no piensa siquiera en defenderse. Tiembla, se aturde, pierde la cabeza, y todo su afán es correr y ponerse en salvo.

Pero el tumulto ha despertado a los demás moradores de la casa, quienes se echan fuera, e informados instantáneamente de lo que sucede, se arrojan en persecución del malvado.

—El negro Pío! . . . El negro Pío! . . . él es! él es! . . .

A estos clamores, a este ruido insólito acuden los agentes del orden público y en breve es hallado y aprehendido el malhechor.

¡Aún tenía en la diestra el puñal ensangrentado!

Anhelante está por la agitación de su loca carrera, los ojos sanguinolentos quieren saltársele de las órbitas y brilla feroz su blanca dentadura. . .

¿Quién era este negro infame? ¿Quién la desventurada víctima y porqué se la había matado?

Bolívar había abandonado voluntariamente las playas colombianas, el 9 de Mayo del citado año de 1815, cediendo a la fuerza arrolladora de la expedición del general Pablo Morillo, cuanto a la envidia y al odio de sus mismos conmlitones y compatriotas, que se desgarraban entre sí en miserables rivalidades, cuando más indispensable era la unión incondicional para resistir al gran torrente que les estaba anegando.

Se dirigió a Jamaica y se estableció en Kingston.

Iban con él su secretario privado Briceño Méndez, su primer edecán Kent, y los dos hermanos Carabaños.

Algunos días después emigraron con la misma dirección otros oficiales patriotas, entre los cuales se encontraba el Teniente Coronel Páez, que había sido su edecán.

Una vez en Jamaica, lleno siempre Bolívar de su pensamiento libertador, dióse a buscar amigos y protectores para la independencia de su patria, y a publicar en los periódicos escritos en los que exponía con valor y talento la justicia del movimiento revolucionario y la verdad de los acontecimientos. Esta última labor era muy urgente, porque los

enemigos de la emancipación americana propalaban en el extranjero mentiras y calumnias con el objeto de concitar antipatías contra la mencionada causa.

Por lo demás parecía locura que el Libertador soñase siquiera en proyectos de nuevas expediciones y quisiese interesar en ellos a gentes extrañas en el momento preciso en que más desesperados que nunca se presentaban los sucesos de la Revolución. Nada resistió ante los diez mil veteranos de Morillo, que acababan de humillar en España el enorme poderío de Napoleón el Grande.

Los ejércitos republicanos se habían vuelto humo; los elementos de guerra estaban en poder del **pacificador**; Venezuela, Nueva Granada, Quito, yacían sometidas; se levantaba ya el cadalso para los americanos que se atrevieron a procurarse la independencia; todo era una ruina, todo era una desesperación.

Sin embargo, Bolívar soñaba en Jamaica, —¡sueño profético el suyo, ciertamente!— con la realización gloriosa de los destinos del Nuevo Mundo, desarrollando vastos planes en una carta famosa dirigida en Agosto de ese año a un caballero de aquella isla: —¡y estaba solo!— ¡y estaba pobre! ¡y estaba expatriado! . . . “Veía a Colombia emancipada, —dice uno de sus historiadores—, a Chile constituido, a México, al Perú libertado, al Istmo de Panamá hecho el centro de las comunicaciones y de la actividad de la industria humana; veía la América del Sur dividida en nacionalidades poderosas, habiendo pasado de la esclavitud a la lucha y a la conquista de la propia dignidad, y de los tiempos de la espada a los de la civilización política y de las constituciones del poder: entidades considerables en la estadística del mundo por sus productos, por su comercio, por su ciencia, por sus guerras, por sus alianzas, por sus leyes, por sus gobiernos libres. . . con nombres propios, con historias famosas, con



El Alcalde de Quito Dr. Carlos Andrade Marín, firma en el Libro de Oro de la Ciudad de Lima.

virtudes excelsas y esperanzas inmortales". (LARRAZABAL).

Sus contemporáneos pudieron reirse de éstas que parecían quimeras de un calenturiento; pudieron llamarle loco porque estaban viendo los sucesos; pero hoy, ¿quién se ríe? ¿quién es el loco? . . .

No se entretenía tan sólo en la propagación de estas ideas el Libertador. Inquieto y activo, llamaba a todas las puertas en solicitud de auxilio, para recomenzar la lucha, y cuando ya el desaliento iba quizás entristeciendo su alma, porque, en fin, hombre era y la debilidad es don común de los humanos; halló, —¿quién lo creyera?— un hombre generoso, un noble extranjero (era natural de Curacao, colonia holandesa no muy distante de Venezuela), que no vaciló en sacrificar, porque sacrificio era en esos momentos, su posición, fortuna, porvenir, en aras de la independencia colombiana. Era rico: tenía barcos, cañones, fusiles, pertrechos y todo se lo dió a Colombia. Se llamaba Luis Brión: este nombre se hizo justamente célebre en la historia de la liberación de Colombia.

Organizada la expedición iba a zarpar de un día a otro.

Bolívar no sospechaba que en esos mismos momentos estaba cerniéndose sobre él una tempestad en cuyo seno fulguraba con resplandores rojizos el puñal del asesino.

Tenía el Libertador un criado de color llamado Pío, antiguo esclavo a quien había manumitido.

Contra aquel negro que puso a su servicio personal, ninguna queja tenía que alegar: por bueno le había escogido y por bueno le conservaba a su lado.

Dicen que Don Salvador Moxó, entonces Gobernador y Capitán General de Caracas, anduvo en este criminal enredo como inspirador, ordenador y pagador, y que envió a Kingston un español y un americano realista con la misión de asesinar al Jefe

republicano que, así desterrado y todo como estaba, era aún motivo de temor para sus contrarios. No es cosa demostrada, pero dada la calidad de la época, y la inmoralidad de los caudillos y autoridades españolas, tampoco es increíble.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que corrompieron al desdichado negro ofreciéndole dos mil pesos por el asesinato de su amo.

Este hubiera perecido irremediablemente, si su destino que para mayores cosas le tenía reservado, no lo hubiese impedido por medio de una casualidad.

Vivió el héroe colombiano en junta de otros emigrados; algo estrecho e incómodo en las apreturas de una convivencia que le quitaba parte de su libertad individual.

Quiso estar mejor, y, acompañado de su secretario íntimo, Briceño Méndez, se puso a buscar otro alojamiento.

No le costó mucho trabajo hallarlo como él lo deseaba.

Una criolla francesa, llamada Madama Juñienne, le ofreció una sala y una alcoba en su casa, oferta que fue aceptada.

Cerrado el trato, se despedían ya el Libertador y su compañero, con la promesa de volver al día siguiente con su equipaje e instalarse en las habitaciones que acababan de alquilar, cuando cayó la copiosa lluvia a que hicimos referencia en el principio de este episodio.

Se detuvieron. No era cosa de salir a esas horas, —ya había cerrado la noche—, y con semejante aguacero.

Pasaba el tiempo y la lluvia era cada vez más copiosa. Situación comprometida.

Puesto que me ha alquilado el cuarto, dijo bondadosamente Madama Julienne a su nuevo inquilino, —quédese señor, y así tomará posesión de él esta misma noche—.

No había más remedio que acceder a la invitación y Bolívar se quedó.

Su salvación consistió en un acto tan sencillo.

Las dos noches anteriores había dormido el grande hombre en el cuarto de aquel oficial Páez a quien arriba nombramos. Como en la que nos estábamos refiriendo no regresaba, y se hacía tarde, ocupó su lugar otro emigrado, don Félix Amestoy; y él fue la víctima en la escena descrita.

Al día siguiente, Bolívar hizo insertar en todos los periódicos el artículo que va a leerse:

“Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles para asesinar a su amo, el General Simón Bolívar. Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad. El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron. El General Bolívar había dejado su alojamiento por algunos días y colocado entre tanto sus baúles y equipaje en el cuarto del Teniente Coronel Páez; y el asesino esperaba que durmiese la tercera. Apagadas las velas, el negro que debía cumplir la maldad a que le habían inducido, vino a la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada al que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en el costado, que causó instantáneamente la muerte.

“Esta es la tercera vez que la vida del General Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.

“El desgraciado Amestoy, Comisario, era un hombre de excelente educación, y de las maneras cultas e inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo.”

Condenado a muerte, Pío fue ahorcado el 23 de Diciembre en la plaza pública de Kingston, y su

cabeza, puesta en un palo, se colocó en un lugar donde todos pudiesen verla.

Algunos días después de esta aventura, el Libertador se embarcaba en la goleta de guerra "Popa", con rumbo a las riberas de la Patria.

Con él iba la fortuna de Colombia.

Manuel J. Calle



✓ El Libertador en Cuenca



A quinta de "Chahuarchimbana" donde habitó Bolívar, año de 1822, durante su permanencia en Cuenca, Capital de la Provincia del Azuay, se halla situada junto al puente de Ingachaca, sobre los ríos Tarqui y Yanuncay. Ingachaca, en quichua, es "puente del Inca"; y éste se halló en el trayecto de la gran calzada que comunicaba el Cuzco con Quito, semejante a las de los romanos, según testimonio de viajeros científicos.

Es cosa bien sabida para todos los que han hojeado la Historia de la guerra Magna, que la Batalla de Pichincha, ganada por Sucre el 24 de Mayo de 1822, a la vez que redondeó la Independencia de la Gran Colombia, le dejó al Libertador el paso franco hacia el Sur, a donde se dirigía con el decidido propósito de completar la libertad del Perú y de la futura República Boliviana.

De Quito se encaminó Bolívar a Guayaquil para confirmar y asegurar la anexión de este importante departamento a Colombia. Tuvo lugar en esos días, la célebre entrevista con el General San Martín, en la que, a pesar de las dudas de los historiadores, se trataron como asuntos de suma importancia: la forma de Gobierno definitiva que debía adoptarse para la América del Sur, y quién había de comandar la expedición libertadora del Perú.

Parece que San Martín llevó también el propósito de procurar la anexión de Guayaquil a esa República, pero la presencia del Libertador malogró aquella parte de los planes del Protector.

Arreglados los preliminares del continente colombiano, se dirigió Bolívar con su ingénita actividad el 1º de Setiembre de ese año de 1822, a los confines del Sur de la República, "para visitar las provincias que las leyes de Colombia escudaban con su protección". En ese viaje llegó a Cuenca, capital del Departamento del Azuay, verificando su entrada triunfal después del desencanto de "Arrabales", en los caseríos que se hallan entre Sayausí y Baysay, a las diez de la mañana, el día 8 de aquel mes. Es digna de recordarse la descripción suscita que hace de esa solemnidad el "Diario de operaciones del Ejército".

"En este día demostró el pueblo de Cuenca un increíble júbilo, y dió al mundo un testimonio de la admiración que tiene a las conocidas virtudes del Libertador de Colombia. El recibimiento se hizo con la mayor pompa; si más hubieran sido las facultades del pueblo, más y mejor habría sido su complacencia en franquearlas. El señor Gobernador, a la cabeza del Ilustre Cabildo con todas las Corporaciones reunidas y todos los demás hombres visibles, hicieron el acompañamiento; las calles estaban alegremente vestidas y adornadas: los arcos triunfales se sucedían

con intermediación de unos y otros y sus adornos brillaban: las flores de los balcones se mezclaban en el aire para caer después al Padre de Colombia; los vivas al Libertador, que profería el pueblo en grupo, resonaban, y el aire los llevaba a todas partes: el bello sexo manifestaba en sus rostros su placer: y hasta las campanas con su tañido anunciaban el recocijo a nombre de los templos. En la primera calle hizo un Inca joven, el panegírico más elocuente de las virtudes del Presidente. En la plaza principal se hallaba reunido el mayor número del pueblo y en uno de los ángulos estaba un tablado ricamente vestido con las dos mejores ninfas de Cuenca y con dos indígenas expresivos: la ninfa menor hizo un discurso de homenaje al Creador de Colombia y puso en sus manos una palma: la mayor concluyó un elogio de ternura y entregó una guirnalda. Los dos indígenas hablaron en su idioma e hicieron un recuerdo del dolor de Atahualpa, y con el mayor entusiasmo publicó uno la fama del único Simón Libertador.

S. E. lleno de reconocimiento, hizo una gallarda cortesía al pueblo y profirió con la elocuencia que acostumbraba, un rasgo de gratitud a los cuencanos y con el mayor desprendimiento dijo que los primeros hombres de Colombia eran los indígenas. Es imposible transmitir al papel con exactitud la gravedad del acto. Seguidamente bajó S. E. y fué conducido bajo vara de palio y en medio de aclamaciones a la Catedral donde se cantó un TE DEUM, y de allí al Palacio. Mas no porque se aproximaba la hora de descanso, se tranquilizó el pueblo y grupos enormes entorpecían la marcha de S. E.

Una regular música hizo en el palacio más agradable el reposo.

Los Oficiales del Batallón "Bogotá" con su Comandante, cumplieron a S. E."

Resulta, pues, que el primer "coronado" en Cuenca fué el Libertador Bolívar; y aún cuando no se menciona el nombre de las "mejores ninfas" que verificaron esa ceremonia, sábese por la tradición fueron dos hermosísimas niñas, la fama de cuya belleza perdura hasta hoy día: Rosita Salcedo y Manuelita Chica y Chacón. La primera se casó, andando el tiempo, con Don Andrés García, aquel Diputado al "Congreso Admirable", que acompañaba a Sucre, cuando la tragedia de Berruecos. De ese matrimonio se conserva en Cuenca una numerosa familia; así como existen también deudos de la señorita Chica y Chacón, quienes refieren que desde aquel día le ocultaron cuidadosamente, temerosos sus parientes de que mereciera las amarteladas preferencias de Bolívar; pero éstas cautivaron siempre en sus redes a otra joven apuesta que con el sobrenombre de "Libertadora", sobrevivió hasta hace algunos años.

Bolívar permaneció en la ciudad del 8 al 16 de Setiembre, día en que pasó a residir en la cercana finca denominada "Chahuarchimbana", distante tres kilómetros, perteneciente en la actualidad a la familia Arteaga-Izquierdo (1). En "Chahuarchimbana" recibió la visita de los miembros del Capítulo Catedral, que cabalgaban a usanza colonial, en sendas mulas ricamente enjaezadas.

Entre los canónigos se encontraba el célebre Deán Dr. José María Landa y Ramírez, cuya gallarda presencia, hermoso rostro y aspecto distinguido, llamaron la atención de Bolívar. —¡Quién es Ud., de dónde es Ud.— le preguntó y al constestarle: argentino, le dijo: Ustedes los argentinos son muy

(1) Pertenece a la familia Arteaga-Izquierdo, es decir a la fecha en que el autor escribió este artículo, en el año de 1918.

orgullosos. El Deán Landa vino a Cuenca de familiar del Obispo Quintián.

Allí se encuentra la casa que sirvió de vivienda al Libertador hasta el día 4 de Octubre en que continuó su viaje a Loja, la última provincia meridional de Colombia. Estuvo de regreso en Cuenca el 25 de Octubre, y permaneció hasta el 30, día en que marchó a Azogues, donde pernoctó; en viaje para el Norte.

A. Muñoz Vernaza.



La Madre del Héroe Doña Manuela Garzaicoa de Calderón



los ocho días de la batalla de Pichincha, es decir el 2 de Junio de 1822, se recibió en Guayaquil la noticia del triunfo. Por la mañana circuló una carta particular anunciadora de la nueva, que produjo en el pueblo un alborozo indecible. A la una de la tarde, La Junta de Gobierno la confirmó publicando el parte oficial enviado por Sucre por conducto del Jefe Militar de Riobamba, Coronel Febres Cordero; y entonces, como dice un documento contemporáneo, se produjo el incendio. Al repique general de campanas y al retumbar de los cañones y al paseo cívico, siguieron los bailes y diversiones populares en honor de los libertadores.

Pocos días antes, en las tertulias que promovían las familias patriotas, se comentaban las noticias

favorables de la campaña, y este optimismo difundido por todas partes mantenía los ánimos con halagadoras esperanzas.

Doña Manuela Garaicoa y Llaguno, principalmente, se comunicaba con el Jefe de la División del Sur. En carta del 13 de Mayo de 1822 datada en Latacunga, le aseguraba Sucre al futuro Cantor de Junín, que dentro de ocho días estaría en Quito; lo que dió lugar a que el poeta le aconsejara, recordando sin duda la de Guachi, que no precipite los movimientos militares. "La tierra que Ud. pisa, le decía el 29 de Mayo, (cuando Sucre se hallaba ya triunfante en Quito), es volcánica; y para asegurarla creo yo que Ud. debe avanzar siempre con pies de plomo y contra-marchando. Esto es lo que llamaban los antiguos apresurarse con lentitud. Me daré por muy contento con que Ud. celebre en Quito la Octava del Corpus Christi."

La Octava la celebró Sucre como lo deseaba Olmedo. En Guayaquil, casi al mismo tiempo, la cosa resultó algo estrepitosa; pues Don Francisco Roca, vocal de la Junta Gubernativa, encabezó una manifestación nocturna con el pequeño círculo que pretendía la anexión de Guayaquil al Perú, y hubo en ella algunos descontentos que gritaron mueras y las calificaron de "colombianas bochincheras" a las familias republicanas que más bien habían trabajado por la revolución del Nueve de Octubre.

"El día de Corpus, dice una carta dirigida a Sucre, el señor Roca recibió en su casa a todos los funcionarios y salió con ellos con música y banderas a las doce de la noche por las calles sin que él pudiera evitar, desde luego, que algunos realistas insultasen a las Garaicoas. . ."

A esta familia ilustre, que arrostraba el despecho y la animosidad de los realistas, y que más tarde empleó su poderoso ascendiente ante Bolívar y Sucre en favor de sus adversarios, pertenecía Doña

Manuela Garaicoa, esposa del Coronel Don Francisco Calderón, fusilado el año doce en Ibarra por orden del Presidente Montes, y madre del héroe adolescente, que murió gloriosamente en Pichincha y vive en nuestros corazones.

El viejo hidalgo D. Francisco Ventura de Garaicoa, que administró con "honor" varios ramos de la Real Hacienda, había formado en Guayaquil un hogar verdaderamente respetable. Su progenie numerosa dilataba su existencia llena de virtudes; las cuales unidas a los méritos de alto civismo de sus hijos políticos dieron impulso a la revolución e iluminaron los primeros pasos de la República.

A Doña Manuela siguió Doña Ana, esposa del lucianés General Don José Villamil; y Doña Francisca se casó con el célebre jurisconsulto y publicista doctor don Luis Fernando Vivero, vocal secretario del gobierno que surgió a raíz de la fecha clásica guayaquileña. Entre sus hijos se distinguían don Lorenzo Garaicoa, prócer y guerrero; don José que contribuyó a la victoria de Cone; y el presbítero don Francisco Javier, que se encontraba de cura de Yaguachi cuando Montes con su ejército reconquistador ascendía la cordillera andina. El jefe español desconoció las virtudes del sacerdote; pero como pertenecía a una "familia de insurgentes" ordenó al Gobernador Vasco Pascual que lo separara de su beneficio, porque sus feligreses interceptaban la comunicación entre él y las autoridades de Lima y Guayaquil y favorecían las de los patriotas. Este ejemplar sacerdote estuvo destinado para ser más tarde el primer Obispo de Guayaquil y el segundo Arzobispo de Quito.

Decíamos que el 2 de Junio supieron en Guayaquil el triunfo de Pichincha. El mismo día se impuso doña Manuela del bizarro comportamiento de su hijo; pero ignoraba su sacrificio. A las pocas horas de la batalla dicen unos que murió el héroe: otros,

como el Coronel Manuel Antonio López, que al día siguiente al amanecer. El General Sucre, que hace en el parte detallado del 28 de Mayo, mención especial del teniente de la 3ª Compañía del Yaguachi, expresa que, probablemente, morirá a consecuencia de las cuatro heridas recibidas consecutivamente en el campo de batalla; lo que manifiesta que después de cuatro días de la acción no había muerto todavía. Hasta el 11 de Julio ignoraba la madre del héroe el desenlace fatal, como puede verse en la hermosa carta con que dicha matrona agradeció a Sucre la singular atención de haberla felicitado, por medio del Coronel Illingworth, por el heroísmo de su hijo Abdón Senén. La insertamos en seguida para dar importancia a este escrito, pues en ella se transparenta el elevado espíritu de la madre y de la republicana, arrebolado por nobles y delicados sentimientos. Si este precioso hallazgo adolece de faltas ortográficas, ellas acreditan su autenticidad, y luego en aquella época, hasta Olmedo y Caldas incurrían en descuidos en la escritura de las palabras.

“Guayaquil, Julio 11 de 1822

Mi General:

Por fin nuestros votos se han cumplido; ya el glorioso Pavellón de Colombia está tremolado en el antiguo templo del Sol, y los dignos y primeros independientes de Quito disfrutan ya de las beneficencias que su constitución y savias leyes derraman sobre ellos; y V. recibirá las bendiciones de estos por haberles conseguido este bien tan deceado por su pericia militar, por sus virtudes cívicas, por su valor, y por un conjunto de perfecciones que le constituyen nuestro libertador: por lo que me congratulo con

usted pues que pertenezco a los ilustres Quiteños, por haber derramado allí mi sangre y haver padecido con ellos tantas privaciones.

He recibido con yndecible placer, la enhoravuenas que por medio del benemérito Coronel Illingort ha tenido U. la bondad de darme, por haber cumplido mi hijo con el deber que le ympuso la naturaleza y el honor; pero yo digo que a las órdenes de un General tan savio y baliente, no havrá ningún oficial que no sacrifique su vida, y si él pierde el brazo, según me dicen, havra perdido una crecida parte de su existencia y yo mi vida; pues su actual situación me renueva la memoria de cuanto por mí ha pasado en Quito.

Reciba U. las mas finas esprecciones de toda mi familia.

Penétrece V. de la estención de mis sentimientos y de la cordialidad con que me repito su reconocida y fiel amiga Q. B. S. M.

Manuela Garaicoa de Calderón

Señor General Antonio José de Sucre.”

El Gobierno Departamental de Quito honró, por su parte, la memoria de Abdón Calderón, publicando el 22 de Setiembre de 1824 un impreso, en que se hacía el recuento de los servicios a la Patria del joven héroe. El tomó parte activa en la proclamación de la independendencia de Guayaquil, y alistado en la División del Coronel Febres Cordero, fué uno de los vencedores en “Camino Real”, de las fuerzas realistas de vanguardia, comandadas por el español Fulminaria. En unión de sus tíos coronó el triunfo en Cone y asistió a las dos acciones desastrosas de Guachi. El impreso aludido se ha escapado a nuestras

investigaciones; pero, en cambio, damos a luz la nota de remisión, que enaltece al Gobierno como a la persona a quien va dirigida:

“Quito, Setiembre 22 de 1824.—Señora Dña. Manuela Garaicoa de Calderón—Guayaquil.

El pueblo de Quito mira con el más grande interés la memoria de los bravos que con su sangre le dieron libertad y leyes. El Gobierno, a su nombre, cree presentar un tributo de su reconocimiento a la familia del joven héroe Abdón Calderón, remitiéndole el adjunto impreso que contiene una parte de su elogio. Sírvase U. aceptarlo con la gratitud de los hijos de Atahualpa y con las consideraciones que tributa a Ud. este Gobierno.—Dios, etc.”

Tal vez en ese impreso, oculto en el hacinamiento de documentos en desorden del Archivo Nacional, conste el conmovedor Decreto, que al promediar Junio, expidió el Libertador para honrar la memoria de Calderón, que en esos días, después de muerto, fué ascendido a Capitán por el General Sucre.

Gracias a la diligencia del Coronel Manuel Antonio López, soldado del tiempo heroico, que lo insertó en sus “Recuerdos Históricos”, lo repiten de coro en el Ecuador hasta los niños de las escuelas. Las generaciones agradecidas sustituyen hoy a la 3^a Compañía del Yaguachi para exclamar en tributo de admiración al héroe: “Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones.”

Por este célebre Decreto, se le asignó a doña Manuela Garaicoa una pensión vitalicia, la misma que hubiera gozado en vida su hijo legendario.

Aún en tiempo del Gobierno español se granjeó doña Manuela el respeto y consideraciones de parte de algunas autoridades. El mismo don Toribio Montes, cuando le convino emplear medidas de sagacidad para cimentar la paz en la Presidencia de Quito, y asegurar de este modo el éxito de las

expediciones contra los patriotas del Cauca y Santa Fe, pidió al Gobierno de la Metrópoli en favor de doña Manuela la pensión de montepío. Ignoramos si fué atendida esta insinuación en España; lo único cierto al respecto es que el Presidente Ramírez anuló las providencias generosas de su antecesor, y reanudó las hostilidades contra los iniciadores en Quito de la magna lucha.

Como muestra de su prestigio e hidalguía podríamos referir varios incidentes en que la noble matrona interviene, abogando por los vencidos como si fuera la augusta representación de la República, que iba a acoger en su seno a sus hijos extraviados. Anotaremos algunos rasgos de su genial benevolencia.

El Canónigo Don Andrés Villamagán abrazó con entusiasmo la causa del Rey; y aunque después de Pichincha amainó su fervor monárquico, esto no le valió para sostenerse en su puesto de Rector del Seminario de Cuenca. El General Sucre acordó su separación y nombró en su lugar al doctor Custodio Veintimilla, que le acompañó como Capellán General de la División Libertadora. Luego después como en Quito resucitaban antiguos odios contra el célebre canónigo, que fue enemigo de la política del Obispo Cuero y Caycedo, expidió don Vicente Aguirre, Intendente Interino del Departamento, dos órdenes que fueron calificadas de diabólicas por el General don Ignacio Torres que tenía en Cuenca el mando militar. En efecto, en ellas se disponía el extrañamiento por la vía de Guayaquil. En tal conflicto, las personas interesadas por el doctor Villamagán acudieron como último recurso a la influencia de doña Manuela Garaicoa, la que atemperó el rigor del Intendente y consiguió de acuerdo con el general Torres, que el distinguido prebendado sólo guardase confinamiento en una hacienda limítrofe del Azuay.

Entre los realistas de Cuenca, ninguno como don Manuel Andrade por lo inquieto y revoltoso. Hay

informes contra él de Sucre y el general Tomás Heres. Las autoridades le dieron pasaporte para Quito, por orden del Libertador; de donde, después de poco tiempo regresó ocultamente a su provincia, y se presentó en Cuenca al saber que había sido elegido Regidor por el Cabildo. Sus malquerientes protestaron contra el nombramiento y pusieron el grito en el cielo; mas doña Manuela logró acallarlos dirigiéndose a sus relacionados. Andrade, en una carta dirigida al Intendente de Quito, se muestra por ello agradecido de la señora de Calderón.

Veamos ahora un toque del celo con que mantenía la dignidad y el lustre de su familia. En Lima se encontraba la noble matrona en 1854; a su hijo Francisco que entonces capitaneaba la nave mejicana "Linda", se le imputó sin fundamento en "El Seis de Marzo", que protegía los intereses de Don Domingo Elías, de invadir al Perú, comprometiendo con esta actitud, la dignidad del Ecuador. La ilustre anciana pidió reparación por el agravio, y la satisfacción oficial fue pública y cumplida.

"Mis deberes de madre, dice la petición, y el cuidado por la reputación de una familia que cuenta en su seno servidores distinguidos del Ecuador, exigen que me apresure a solicitar del Gobierno una reparación equivalente al agravio de que ahora me quejo." . . .

Al igual de su madre, doña Baltazara Calderón viuda de Rocafuerte, sostuvo por la prensa una polémica con el doctor Tomás Hermenegildo Noboa, y salió airosa, vindicando la memoria de su esposo, el perilustre Rocafuerte, segundo Presidente del Ecuador. Doña Baltazara, cuyo recuerdo es para nosotros un culto, pues que la conocimos y tratamos en 1889, fue tan abnegada como su antecesora. La Beneficencia pública le debe actos de filantropía que recogerá la Historia.

expediciones contra los patriotas del Cauca y Santa Fe, pidió al Gobierno de la Metrópoli en favor de doña Manuela la pensión de montepío. Ignoramos si fué atendida esta insinuación en España; lo único cierto al respecto es que el Presidente Ramírez anuló las providencias generosas de su antecesor, y reanudó las hostilidades contra los iniciadores en Quito de la magna lucha.

Como muestra de su prestigio e hidalguía podríamos referir varios incidentes en que la noble matrona interviene, abogando por los vencidos como si fuera la augusta representación de la República, que iba a acoger en su seno a sus hijos extraviados. Anotaremos algunos rasgos de su genial benevolencia.

El Canónigo Don Andrés Villamagán abrazó con entusiasmo la causa del Rey; y aunque después de Pichincha amainó su fervor monárquico, esto no le valió para sostenerse en su puesto de Rector del Seminario de Cuenca. El General Sucre acordó su separación y nombró en su lugar al doctor Custodio Veintimilla, que le acompañó como Capellán General de la División Libertadora. Luego después como en Quito resucitasen antiguos odios contra el célebre canónigo, que fue enemigo de la política del Obispo Cuero y Caycedo, expidió don Vicente Aguirre, Intendente Interino del Departamento, dos órdenes que fueron calificadas de diabólicas por el General don Ignacio Torres que tenía en Cuenca el mando militar. En efecto, en ellas se disponía el extrañamiento por la vía de Guayaquil. En tal conflicto, las personas interesadas por el doctor Villamagán acudieron como último recurso a la influencia de doña Manuela Garaicoa, la que atemperó el rigor del Intendente y consiguió de acuerdo con el general Torres, que el distinguido prebendado sólo guardase confinamiento en una hacienda limítrofe del Azuay.

Entre los realistas de Cuenca, ninguno como don Manuel Andrade por lo inquieto y revoltoso. Hay

informes contra él de Sucre y el general Tomás Heres. Las autoridades le dieron pasaporte para Quito, por orden del Libertador; de donde, después de poco tiempo regresó ocultamente a su provincia, y se presentó en Cuenca al saber que había sido elegido Regidor por el Cabildo. Sus malquerientes protestaron contra el nombramiento y pusieron el grito en el cielo; mas doña Manuela logró acallarlos dirigiéndose a sus relacionados. Andrade, en una carta dirigida al Intendente de Quito, se muestra por ello agradecido de la señora de Calderón.

Veamos ahora un toque del celo con que mantenía la dignidad y el lustre de su familia. En Lima se encontraba la noble matrona en 1854; a su hijo Francisco que entonces capitaneaba la nave mejicana "Linda", se le imputó sin fundamento en "El Seis de Marzo", que protegía los intereses de Don Domingo Elías, de invadir al Perú, comprometiendo con esta actitud, la dignidad del Ecuador. La ilustre anciana pidió reparación por el agravio, y la satisfacción oficial fue pública y cumplida.

"Mis deberes de madre, dice la petición, y el cuidado por la reputación de una familia que cuenta en su seno servidores distinguidos del Ecuador, exigen que me apresure a solicitar del Gobierno una reparación equivalente al agravio de que ahora me quejo." . . .

Al igual de su madre, doña Baltazara Calderón viuda de Rocafuerte, sostuvo por la prensa una polémica con el doctor Tomás Hermenegildo Noboa, y salió airosa, vindicando la memoria de su esposo, el perillustre Rocafuerte, segundo Presidente del Ecuador. Doña Baltazara, cuyo recuerdo es para nosotros un culto, pues que la conocimos y tratamos en 1889, fue tan abnegada como su antecesora. La Beneficencia pública le debe actos de filantropía que recogerá la Historia.

La era de sacrificios y contrariedades por la Patria principia para doña Manuela Garaicoa desde el año 1809. Su esposo, el cubano don Francisco Calderón, desempeñaba en Cuenca el cargo de Contador Oficial de las Cajas reales y obraba cautelosamente en unión de los patriotas don Joaquín Tobar, Contador Interventor de Correos, y don Fernando Salazar, Alcalde Ordinario, para secundar el movimiento inicial revolucionario de Quito. Tomados a tiempo los hilos de la conspiración, el Cabildo mandó a enjuiciarlos como a Reos de Estado y fueron secuestrados sus bienes. Oigamos lo que respecto de Calderón informó, el año diez, el licenciado don Juan López Tormaleo: "Es cierto que por Comisión del Cabildo ampliado o Junta, que se formó en esta ciudad de Cuenca el año pasado de 1809 con motivo de la novedad promovida por los de Quito, seguí en unión del señor Fiel Executor don Carlos Céleri, proceso al referido don Francisco Calderón hasta el estado de que, habiéndose tomado su confesión, se le remitió con otros por providencia de conviene al puerto de Guayaquil, y sus bienes se vendieron en esta ciudad en pública subasta a instancias del depositario don Miguel Vásquez para obviar el quebranto de ellos."

Don Francisco Calderón comandó la segunda expedición de los quiteños contra Cuenca y salió vencedor en Verdeloma. En San Antonio de Caranqui y en Ibarra le fue esquiva la fortuna a pesar de su indomable entereza. Sometido por Sámano a un Consejo de Guerra verbal, como hemos referido en otra parte, le salió la sentencia de muerte que sufrió con admirable estoicismo.

A medida que pasan las generaciones crecen la gloria del Prócer y la de su digno descendiente. Una de las Legislaturas decretó la erección de una estatua al héroe de Pichincha en la afortunada Cuenca, donde nació y fue bautizado el 31 de Julio de 1804; ótro

creó en su honor una condecoración que lleva su nombre para premiar el heroísmo eminente.

Estos lauros que se conservan inmarcesibles por obra de la gratitud nacional, ciñen, perpetuamente, por el recuerdo, la frente luminosa de la anciana, que fue la esposa mártir, para luego convertirse en la madre espartana, que selló con la sangre de su hijo primogénito la Libertad de Colombia.



Relación de los festejos con que
celebró la Ciudad de Quito, el
Primer Aniversario de la Batalla
de Pichincha Mayo 24 de 1822 (1)



UANDO un pueblo amante de su libertad recuerda la época dichosa en que rompiendo la cadena opresora que ligaba sus manos y sofocaba su voz, recobra por fin el goce imprescriptible de sus facultades y derechos, un sentimiento casi involuntario de gratitud y reconocimiento, le hace elevar sus afectos al Ser Supremo,

Nota.—Se han conservado las faltas de ortografía y tipográficas, con que apareció este artículo en el Suplemento al N^o 1 de EL MONITOR QUITEÑO de fecha 5 de Julio de 1823.

para tributarle el suyo, como fuente de toda dicha, por este beneficio inestimable que le ha concedido su mano omnipotente y maravillosa al Pueblo Quiteño, al solemnizar con manifestaciones públicas de regocijo el primer aniversario de su emancipación política el presente año, ha querido empezar por una función religiosa que acredite la piadosa referencia que hace de su actual felicidad al autor soberano de todo bien.

El 23 del corriente por la mañana fue traída la Ymagen adorable de nuestra Señora de las Mercedes en una solemne procesión de su Yglesia a la Catedral. Un lucido acompañamiento de Damas, el Cuerpo de Oficiales, las Corporaciones, Empleados de Hacienda Pública, Comunidades Regulares, Colegios, Universidad, y gran número de particulares, hacían esta augusta ceremonia tan vistosa como edificante. Por la noche fue iluminada toda la Ciudad, y fuegos artificiales en que se vieron los efectos asombrosos de la pólvora variados de mil modos, divertieron al público en la Plaza mayor.

El 24 por la mañana fue anunciada la celebridad del día por una salva de artillería, oyéndose en seguida el fuego que sobre las faldas del Pichincha hacían los Cuerpos de la guarnición representando un simulacro militar que recordase la ilustre victoria que en igual día, y en aquel mismo campo, obró la libertad del Sur, cubriendo de una gloria eterna las Divisiones unidas del Perú y Colombia.

La combinación o la casualidad dispusieron tan semejantes los movimientos y operaciones de ambos ejércitos, que el vecindario de esta Capital que se hallaba en una agradable expectativa en las calles y balcones, vió retratada muy a lo vivo aquella célebre acción que marcando para siempre el valor heroico y la intrépida audacia de los bravos que la obtuvieron, produjo el feliz resultado de su libertad y reposo.

Concluído este hermoso espectáculo, el orden mismo de las cosas exigía se representase la entrada triunfante de la División libertadora, verificada a consecuencia de aquella victoria. Así se hizo. Se había preparado un magnífico Carro triunfal, adornado con el gusto más exquisito, y con todo el lujo de que es susceptible el país, por la señora Manuela Sáenz. Esta joven amable y generosa dió el testimonio más positivo de su entusiasmo por la causa de la Libertad, y de amor y reconocimiento a los libertadores de su Patria, dedicando sus desvelos a hacer brillar en el Carro todo cuanto podía contribuir a la grandeza del objeto a que se consagraba. Sobre cuatro ruedas se levantaba un trono en el cual estaba colocado el retrato del Libertador Presidente de Colombia, y a su izquierda el del General Sucre, coronados de laureles, y delante de los dos retratos, se veían dos Estatuas ricamente vestidas, que representaban a la Justicia y a la Libertad; aquella con una espada laureada a la derecha, y la balanza en la izquierda, y ésta con una pica, y en ella el gorro, símbolo de la igualdad: Apoyado en las dos Estatuas se mostraba el Código de Colombia, seguro de la duración, observancia de las Sabias instituciones que contiene, sobre bases tan sólidas y respetables. Al pié del trono y delante de las Estatuas, se ostentaba la fama sobre una multitud de trofeos militares, y en ellos se leían estos versos latinos: "Multa virum meritis sustentat fama trophoeis JO triumphe: nec jugurthino parem bello reportastis ducem."

Del Clarín de la Fama, con dirección al retrato del Libertador, salía el siguiente:

"Js genus indocile, ac dispersum montibus altis composuit, Legesque dedit."

La elevación del Carro terminaba airosamente en un Escudo de Oro de las Armas de la República: a su espalda se había enarbolado el pabellón nacional, y arriadas delante de él, venían arrastrando las

banderas españolas tomadas en Pichincha y Pasto. En el reverso del Solio se habían escrito las siguientes octavas:

“Si del polvo, Colombia, o de la nada,
Al poder has pasado y la grandeza,
A Bolívar tú debes fortunada
De la abyección salir y la bajeza;
De esa alma generosa y elevada
Yndependiente haceros fué la empresa,
Sus planes la Justicia ha dirigido.
Bolívar el proyecto ha conseguido.

El código de leyes que ha dictado
La razón, la Justicia, el Patriotismo
Tu imperio, Libertad, ha asegurado,
De los tiros del fiero despotismo.
El monstruo de furor arrebatado
Concita contra tí todo el abismo.
Libertad, Vuestro Ymperio será eterno
E impotentes las furias del Averno.

El despotismo cruel alzó la frente
En que el odio y furor vá retratado
Y pretendió rasgar con fiero diente
El Código de Leyes más sagrado.
Con voz entrecortada y balbuciente
Maldijo a la razón que le ha dictado
Al Orden, Patriotismo, a la Ygualdad
Y a tí amable risueña Libertad.

Apenas a la guerra desastrosa
Pone un dique Bolívar con su espada,
Se presenta la Paz risueña, hermosa
De todos los placeres cortejada:
Colombia, eres feliz, eres dichosa
Gozando de la paz, paz tan deseada
Estima su valor, da agradecida
Elogios al que os dió la paz, la vida.

De crueles monstruos Colombiana tierra
Alcides valeroso ya has limpiado.
La sangrienta venganza se destierra
Y el cráter de Pichincha la ha tragado.
Lo arbitrario que os teme, allí se encierra
Del despotismo siempre acompañado.
Lima te implora en su postrer tormento
A limpiar de los Yncas el asiento.

Como en una borrasca que amenaza
La ruina del piloto y pasajeros
Los planes de salvarse aquel los traza,
Y ejecutan los diestros Marineros:
El zelo de Bolívar así abraza
Los riesgos en que están pueblos enteros,
Y eligiendo oficial el más perito
A Sucre le ordenó salvase a Quito.

En Pichincha ya vemos sepultados
Los tristes restos del poder hispano,
Confundidos hoy, yacen destrozados
Por el bravo Soldado Colombiano.
Pueblos felices antes desgraciados,
Bajo un yugo opresor, el más tirano,
Venid a celebrar esta victoria,
Que eterniza de Sucre la memoria.

Veinte y cuatro graciosos niños y niñas vestidos con el sencillo traje de los primitivos habitantes de América, tiraban del Carro, el cual colocado en un espacioso anfiteatro levantado al efecto en la Plazuela de Santa Bárbara, emprendió una marcha pausada y majestuosa por las mismas calles por donde los vencedores de Pichincha entraron a enarbolar en la Capital del Ecuador, el Estandarte glorioso de la Independencia. Partidas de jóvenes precedían al Carro, ocupados unos en alegres danzas, y entonando otros canciones patrióticas al son de

una armoniosa y concertada música. A derecha e izquierda seguían en alas las Corporaciones Civiles y literarias de la Capital y los particulares precedidos todos por el Cuerpo de Oficiales, a cuya cabeza se hallaba el General Salom. Cerca del Carro brillaban en el mismo orden las bellezas de Quito pues los atractivos encantadores de la hermosura quisieron rendir también en este día de gloria un dulce homenaje de reconocimiento a los heroes de su libertad, mil veces más satisfechos con este tributo alagüeño de consideración que las hermosas hijas del Sol presentaban a su mérito, que con el pomposo séquito de aparatos militares. Las ricas galas y joyas preciosas que las adornaban, en nada aumentaban los encantos que la naturaleza y la virtud les habían prodigado para constituir las en honor de su sexo; parecía que Venus y Marte se habían desafiado en esta ceremonia triunfal para ostentar cada uno todo el poder de su imperio. A retaguardia del Carro se había colocado la Municipalidad y cerraban la marcha los Cuerpos de la guarnición gallardamente uniformados, siendo el primero el Batallón Yaguachi, cuyos valientes soldados recordarían con orgullo la gran parte que tuvieron en el triunfo de Pichincha, que se celebraba. Una salva de artillería y un repique general de campanas anunció el principio del paseo: en toda la carrera, cuyas ventanas y paredes estaban vestidas de colgaduras exquisitas, se habían levantado a trechos arcos elevados, vistosamente compuestos, en que se leían inscripciones y rasgos poéticos alusivos al suceso y en todos ellos, conciertos músicos deleitaban los oídos de los circunstantes, mientras un dilubio de flores despedido por las manos de las bellas que ocupaban los balcones, hacían del suelo y de las calles un ameno jardín, por cuya agradable variedad dirigía sus pasos el lucido acompañamiento de esta procesión militar. El aire resonaba con

alegres vivas a los libertadores de Quito, y el júbilo expresado en mil modos formaba aquel rumor estrepitoso y significativo, con que un pueblo sensible, en los vértigos de entusiasmo, manifiesta las emociones que lo agitan. Jamás vió Roma en los soberbios triunfos de sus Conquistadores, una función más placentera y alegre; ni César y Octavio sentados sobre trofeos de sangre y desolación, cuando volvían cargados de los despojos de Naciones esclavisadas, sintieron en su pompa magnífica, aquel placer puro que causan demostraciones sinceras con que, Pueblos antes desgraciados, testificaban su reconocimiento a dos ciudadanos ilustres, modestos y benéficos, que después de dar término a la empresa gloriosa de mejorar los pueblos, sacándolos del abismo de la esclavitud, llevan puestas sus insignias militares, y todos los camaradas que pudieran alegrar a una superioridad y grandeza, que renuncian, son los primeros en apoyar, publicar y sostener una Ley que a todos iguala, constituyendo su mayor lauro el confundirse con el último ciudadano.

Entre estos nobles sentimientos expresados vivamente por el Pueblo Quiteño, llegó el paseo militar a la Plaza Mayor, en uno de cuyos ángulos se había dispuesto otro anfiteatro donde descansó el Carro; y entonces las Corporaciones, por medio de uno de sus individuos, arengaron todas con elocuencia y oportunidad, dirigiéndose al General Salom. Los nombres inmortales de Bolívar y Sucre resonaban por todas partes, y acompañados de las palabras Boyacá, Carabobo y Pichincha, parecía que este solo día estaba consagrado a recordar todas las glorias de la República. Un alumno del Colegio San Luis, pronunció los siguientes versos:

“Grato, agradable, dulce y anhelado
bien único, bien cierto, y verdadero,
bien sin el cual no hay bien que bien se llame
bien sin el cual, no hay dicha ni contento.
Los Angeles risueños se encantaron
cuando nació en Oriente el Sol eterno
temblaron los sangrientos homicidas,
el Cielo se alegró, rabió el Ynfierno;
Paz amable, benigna, apetecida,
Ven a habitar de Quito el verde Suelo.
Ven fecunda los campos ateridos
Vuelve a los ojos su tranquilo sueño
Cubre de flores y de dulces frutos
los árboles sombríos; ven del Cielo
rocío benigno, puro, saludable
Zéfiro blando, ven, ligero
Mece graciosa las doradas mieses
entre las rosas juega placentero,
susurra entre las hojas de los Bosques
tu dulce suspirar, derrita el yeso.
Estériles arenas cuando os pisa
os cubrid de verdor, y en los Ynviernos
las nieves, las escarchas son fecundas,
se derrite el granizo, calla el trueno
Las gracias y las auras, los amores
los inocentes plácidos contentos,
abrazados y unidos para siempre.
Olviden ya la sangre, el hierro, el fuego,
sin tí los días son obscura noche,
sin tí la noche es un tormento eterno,
sin tí la vida es prolongada muerte
sin tí la muerte es único consuelo,
las ciencias crecen bajo de tu sombra
las Artes, los placeres y el Comercio,
la virtud misma dulce y compasiva
desarruga al que a veces tuvo seño
desde que nace el sol, hasta que muere,
así os clamaban tristemente los quiteños;

cuando de Marte precedida, y bella
por Pichincha bajásteis a su suelo,
hija de la victoria, paz amada,
qué hermosa! qué agradable eres, te vemos
"si Bolívar me envió, Sucre me trae"
nos dijisteis risueña hija del Cielo:

Otro del de San Fernando desempeñó el encargo
deleitándonos con la siguiente composición:

Los furibundos odios, los rencores
allá en el centro de los corazones
y de paz cubiertas con el manto
las sospechas, los odios, los temores.

Del triste Quito lentos consumidos
su apacible alegría, los amores
huían de su suelo tristes, y abatidos,
marchita la amistad, secas sus flores.

Su dicha pregonada y sin efecto
con engañosas falsas ilusiones
ni las antiguas Leyes le servían
ni de las nuevas sus ruidosos dones.
Ya la pálida muerte lo rodeaba,
ya del desprecio todos los baldones,
y aun la esperanza suspirando triste
dejándolo buscaba otras regiones.

Mas del Autor Supremo una mirada
cambia el plácido día los horrores
de la más negra tempestuosa suerte
y alumbra el sol al medio de la noche;

Pues de Colombia el héroe ya volaba
a romper sus cadenas, sus dolores,
su alma movía noble y compasiva
y a Pasto habían llegado sus legiones.

Y Sucre por el Sur, héroe primero
Si Bolívar no hubiese, sus pendones
enarboló en Pichincha, y a su vista
huyeron cual Corderos los Leones.

Desde ese día nieves de Pichincha
palmas produces; haces nacer flores
la oliva crece en tu encumbrada cima
se apagó tu volcán, ya no hay temores.
El Sol sus doce Casas ha corrido
alumbrando tu dicha, Quito noble,
y el astro de la luz ya ha disipado
tus penas, tu opresión y tus dolores.

Salve dichosa Quito, salve siempre
de Bolívar, y Sucre gratos nombres,
¡O Ninfas de Machángara, constantes
cantad alegres merecidos loores.

El orden, preparativos, canciones y ornato de la carrera en este suntuoso paseo, se debe en mucha parte a la eficacia, gusto y celo patriótico del Sr. Manuel Zambrano, que se dedicó infatigablemente a prevenir cuanto podía cooperar a la decencia y pompa de esta función singular.

Concluídas las arengas, las Damas que habían acompañado al triunfo, subieron a la sala de la Casa de Gobierno, donde el General Salom había preparado un abundante y delicado ambigú. En la mesa reinaron la vivacidad, la alegría y el decoro. Todos brindaban por los objetos que más herían su imaginación en aquella agradable sociedad. El General Salom dijo: "Señores: Que la Cordillera de los Andes que vió al General Sucre romper las Cadenas del Sur de Colombia, en uno de sus extremos, le vea en el otro destrozar con igual dicha a los tiranos del Perú. "El doctor José Fernández Salvador: "Señores: Primero deje de cubrirse de nieve la elevada cima del Pichincha, que los hijos

del Ecuador manifestar su gratitud a los ilustres Bolívar y Sucre". El Coronel Servellón Urbina: "Perezca sin gloria aquel de los Libertadores del Sur, que no perfiera por recompensa de sus fatigas una sola mirada alhagüena de las bellas que lo havitan, a todos los honores y consideraciones que pueda ofrecerle el mundo entero". El refresco se concluyó entre vivos aplausos a cuantos habían contribuído a sacar estos países de la degradación y de la servidumbre española, y todos fueron, a ocupar las galerías de la Plaza mayor, para ver la corrida de toros que se daba por la tarde. Este juego que es uno de aquellos restos de la barbarie de los conquistadores que ha quedado en nuestras costumbres para deshonra de los españoles que lo introdujeron, ha sido siempre la diversión favorita del pueblo quiteño, sin embargo de la extrema sensibilidad y dulzura que forman su carácter; lo que prueba de cuánto es capaz un mal Gobierno, de corromper y hacer degenerar los mejores sentimientos y las más felices disposiciones. Estos animales altivos se presentaban engolfados y engalanados con lazos de cintas y cubiertos de colchas exquisitas de ceda, en que se leían inscripciones elegantes o alucivas al motivo de la fiesta, y parece que quisieron concurrir también a su solemnidad aumentando su fiereza hasta un grado, de que se han visto pocos ejemplos en Quito.

Por la noche dieron un magnífico bayle los Comerciantes del País, y el bello sexo de la Capital adornado con todas las gracias y atractivos de la naturaleza y del arte, en una sala, cuya abundante y bien distribuída iluminación imitaba el resplandor del día más claro, presentaba un espectáculo verdaderamente encantador. Antes del bayle se repitieron los fuegos artificiales, y se jugaron toros embombados.

El 25 se celebró por la mañana una solemne misa en acción de gracias en la Iglesia Catedral, y

el numeroso concurso que se vió en ella acredita que si los colombianos saben manifestar su entusiasmo y júbilo cuando recuerdan con diversiones públicas, las épocas gloriosas de su historia, no es menos grande su religiosa piedad cuando se trata de rendir al Ser Supremo, el homenaje de su reconocimiento por los bienes inmensos que los ha dispensado su mano poderosa en la adquisición de su Yndependencia. El Reverendo Padre Provincial del Convento de la Merced, Fray Pedro Bou, pronunció una elocuente oración, en que ofreció a la atención de la Asamblea, el cuadro hermoso de las ventajas que nos había acarreado nuestra dichosa regeneración, comparándolo con lo horrible de los males de que nos habíamos librado. En su excelente discurso supo seguir con exactitud la marcha magestuosa de nuestra revolución, y marcar con oportunidad aquellos pasos felices y atrevidos, que preparados por el genio sublime del Libertador Bolívar, han conducido a la República al rango elevado en el que hoy se muestra poderosa y triunfante, para deducir de aquí el grande motivo de gratitud con que estamos ligados hacia el Arbitro de las Naciones, autor de nuestra felicidad. Después de esta piadosa ceremonia, los Oficiales de la Guarnición, y varios particulares, divertieron al público corriendo a caballo la sortija en la Plaza Mayor, y haciendo otras pruebas y ejercicios militares, que en Europa son conocidos con el nombre de torneos. En la sortija se habían puesto cintas de varios colores con inscripciones que excitasen en los concurrentes el deseo de alcanzarlas. En la carmesí se leía ésta: "La guerra de la hermosura es mucho más destructora para nuestros enemigos que la de las armas". En la azul esta otra: "El Sur de Colombia debe tanto a sus bellas, como a los guerreros que la libertaron". En la amarilla se había escrito: "Tiemblen los enemigos de la Yndependencia, pues que las beldades de Quito serán

del Ecuador manifestar su gratitud a los ilustres Bolívar y Sucre". El Coronel Servellón Urbina: "Perezca sin gloria aquel de los Libertadores del Sur, que no perfiera por recompensa de sus fatigas una sola mirada alhagüena de las bellas que lo havitan, a todos los honores y consideraciones que pueda ofrecerle el mundo entero". El refresco se concluyó entre vivos aplausos a cuantos habían contribuído a sacar estos países de la degradación y de la servidumbre española, y todos fueron, a ocupar las galerías de la Plaza mayor, para ver la corrida de toros que se daba por la tarde. Este juego que es uno de aquellos restos de la barbarie de los conquistadores que ha quedado en nuestras costumbres para deshonra de los españoles que lo introdujeron, ha sido siempre la diversión favorita del pueblo quiteño, sin embargo de la extrema sensibilidad y dulzura que forman su carácter; lo que prueba de cuánto es capaz un mal Gobierno, de corromper y hacer degenerar los mejores sentimientos y las más felices disposiciones. Estos animales altivos se presentaban engolfados y engalanados con lazos de cintas y cubiertos de colchas exquisitas de ceda, en que se leían inscripciones elegantes o alucivas al motivo de la fiesta, y parece que quisieron concurrir también a su solemnidad aumentando su fiereza hasta un grado, de que se han visto pocos ejemplos en Quito.

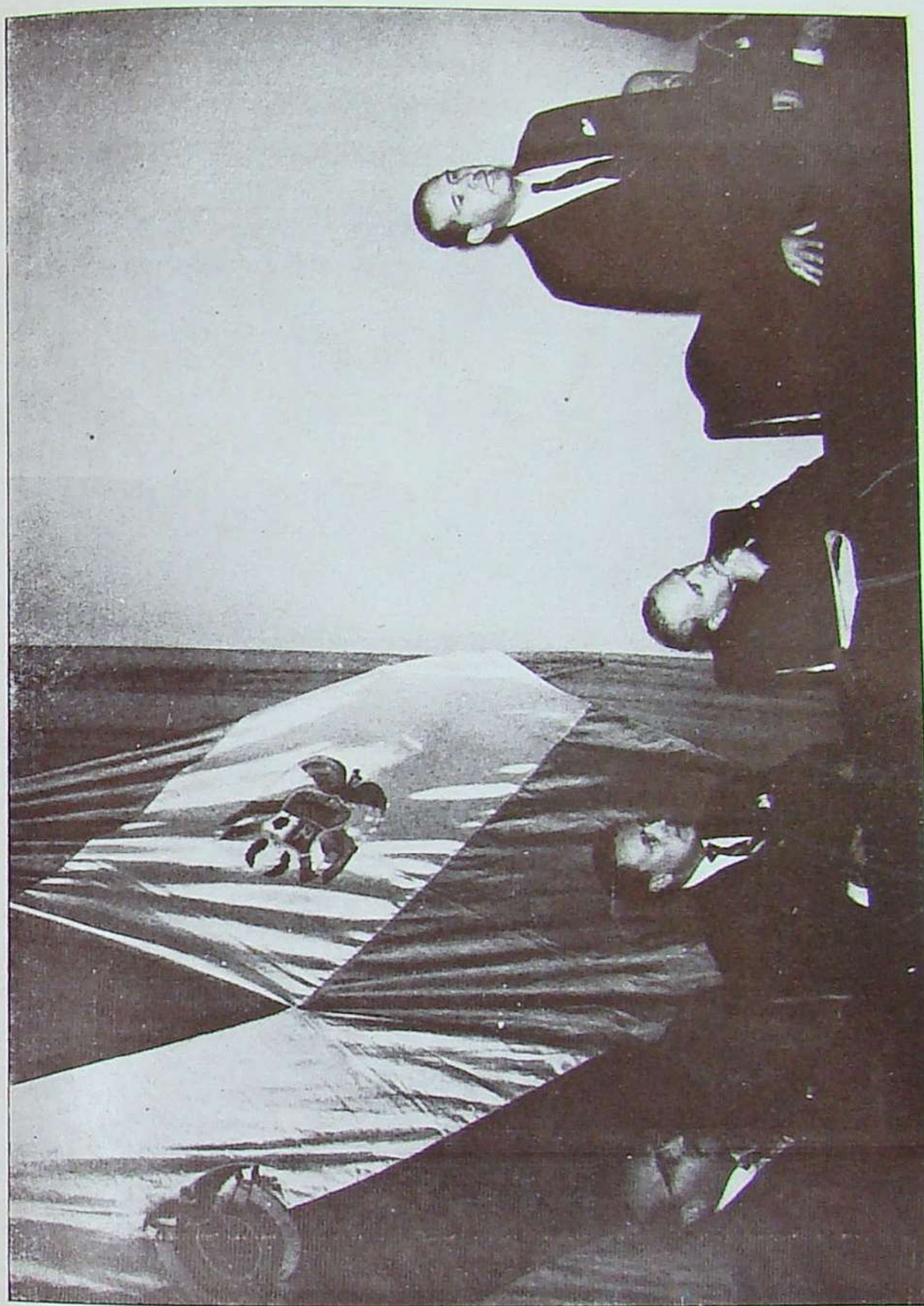
Por la noche dieron un magnífico bayle los Comerciantes del País, y el bello sexo de la Capital adornado con todas las gracias y atractivos de la naturaleza y del arte, en una sala, cuya abundante y bien distribuída iluminación imitaba el resplandor del día más claro, presentaba un espectáculo verdaderamente encantador. Antes del bayle se repitieron los fuegos artificiales, y se jugaron toros embombados.

El 25 se celebró por la mañana una solemne misa en acción de gracias en la Iglesia Catedral, y

el numeroso concurso que se vió en ella acredita que si los colombianos saben manifestar su entusiasmo y júbilo cuando recuerdan con diversiones públicas, las épocas gloriosas de su historia, no es menos grande su religiosa piedad cuando se trata de rendir al Ser Supremo, el homenaje de su reconocimiento por los bienes inmensos que los ha dispensado su mano poderosa en la adquisición de su Yndependencia. El Reverendo Padre Provincial del Convento de la Merced, Fray Pedro Bou, pronunció una elocuente oración, en que ofreció a la atención de la Asamblea, el cuadro hermoso de las ventajas que nos había acarreado nuestra dichosa regeneración, comparándolo con lo horrible de los males de que nos habíamos librado. En su excelente discurso supo seguir con exactitud la marcha magestuosa de nuestra revolución, y marcar con oportunidad aquellos pasos felices y atrevidos, que preparados por el genio sublime del Libertador Bolívar, han conducido a la República al rango elevado en el que hoy se muestra poderosa y triunfante, para deducir de aquí el grande motivo de gratitud con que estamos ligados hacia el Arbitro de las Naciones, autor de nuestra felicidad. Después de esta piadosa ceremonia, los Oficiales de la Guarnición, y varios particulares, divertieron al público corriendo a caballo la sortija en la Plaza Mayor, y haciendo otras pruebas y ejercicios militares, que en Europa son conocidos con el nombre de torneos. En la sortija se habían puesto cintas de varios colores con inscripciones que excitasen en los concurrentes el deseo de alcanzarlas. En la carmesí se leía ésta: "La guerra de la hermosura es mucho más destructora para nuestros enemigos que la de las armas". En la azul esta otra: "El Sur de Colombia debe tanto a sus bellas, como a los guerreros que la libertaron". En la amarilla se había escrito: "Tiemblen los enemigos de la Yndependencia, pues que las beldades de Quito serán

el premio de sus defensores". En la rosada decía: "Envidiosa esta cinta del color sonrosado de tus bellos labios y mejillas, va a teñirse en ellas de su hermoso nácar". A la blanca se había puesto lo siguiente: "Un corazón puro e inocente como esta cinta, se sacrifica en las aras de su belleza". Y otras diversas a las demás. Cada uno de los que obtenía la cinta, la paseaba en una pica conducido en triunfo a la Plaza y luego la presentaba a una de las damas espectadoras de este juego. A este entretenimiento se siguió la corrida de toros; y en la noche se representó por los alumnos del Colegio de San Fernando la célebre pieza trágica intitulada ROMA LIBRE. La época famosa de aquella República inmortal, en que arrojando de su seno a los Tarquinos, proscribió para siempre el régimen absoluto de sus Reyes, levantando sobre sus ruinas el imperio de la libertad, y de la gloria recordó a los colombianos el tiempo dichoso, y los sucesos ilustres que han obrado su independencia; y la imperturbable firmeza de Bruto en condenar a muerte a sus dos hijos traidores a la Patria, les trajo a la memoria los sacrificios inmortales y acciones heroicas que honran nuestra historia, y que como en la Romana, son el fundamento firme y esclarecido, que garantiza la perpetuidad y esplendor de nuestras instituciones. Los actores que ejecutaron la pieza en sólo doce días de ensayo, la desempeñaron con una destreza y propiedad que hace mucho honor al Colegio de San Fernando, no menos por esto que por la prontitud y disposición con que se prestó a concurrir por su parte, a solemnizar el aniversario de la Batalla de Pichincha. El señor Manuel Zambrano que tomó a su cargo el dirigir la representación, acreditó su fino gusto en este ramo, y el interés que lo animaba por el lucimiento de tan plausibles celebridades.

El 26 se dió en la Alameda una comida cívica según las costumbres de los Llaneros. Todos los



El Sr. Alcalde de Quito Dr. Carlos Andrade Marín, al Inaugurar
la Exposición de Arte Ecuatoriano el 10 de Agosto, en la Capital del Perú.

Gefes, Oficiales y muchos particulares se presentaron en público a caballo en el sencillo traje que usa aquel pueblo belicoso, y el espectáculo de su desnudez y miseria, nuevo para Quito, al mismo tiempo que exitaba su ternura y sorpresa, era un alegre recuerdo de aquella época angustiada y gloriosa de los años 17, 18 y 19 en que reducidos todos los recursos y esperanzas de la libertad al recinto de los Llanos, el numen tutelar de Colombia supo formar de las ardientes riberas del Orinoco, y Apure, el Sepulcro de los Expedicionarios, y la Cuna de la República. En efecto, jamás se olvidarán los servicios eminentes que debe el Estado a los valientes Llaneros, a estos Cosacos de América, cuya impertérrita audacia no ha podido encontrar obstáculos que la arredren, desde los extremos del Norte hasta los confines del Sur, en cuyos yelos han venido a clavar sus lanzas vencedoras. Después que concluyeron en la Alameda aquella frugal comida, dispersándose en partidas por toda la ciudad, representaban con continuas correrías y falsos ataques, aquella táctica extraña y funesta a los españoles, que destruyó las huestes de Morillo en los llanos. Por la tarde se repitieron las corridas de toros, y en la noche se vieron otra vez los fuegos artificiales de pólvora, y los toros embombados; cerrando tan alegres fiestas un suntuoso bayle que dieron los comerciantes forasteros, en que competían el luxo y atractivo de las damas, el festivo júbilo de los concurrentes, y la ostentosa magnificencia de un refresco, en que se reunió cuidadosamente cuanto podía deleitar al paladar, la vista y todos los sentidos.

Una numerosa horquesta de acordes instrumentos, executaba delicadas sinfonías en los intermedios en que era preciso descansar del sutil ejercicio de la danza, y exquisitos perfumes exhalaban por todas partes suavísimos olores. Podría decirse que la casa de la Intendencia era aquella noche el templo de los placeres.

Así ha celebrado Quito el aniversario de su libertad en la jornada de Pichincha. ¡Quiera el cielo que, grabada en los corazones de sus habitantes de un modo indeleble, la memoria de los bienes que se adquirieron en igual día, sirva siempre esta fiesta para que sea todos los años, el más solemne juramento de: Morir primero, antes que consentir que la planta sacrílega de los Tiranos, vuelva a profanar la tierra de Atahualpa consagrada a la libertad y a la dicha! (1).



(1) Se han conservado las faltas ortográficas con que apareció este artículo en el Suplemento N° 1, de "El Monitor Quiteño", de 5 de Junio de 1823.

El Delirio de Bolívar

El manto de Iris que cubrió glorioso
mis bravos compañeros,
desde donde el gigante de los mares
su linde marca al Orinoco undoso
hasta el frígido Plata, dióme abrigo.

Del atrevido Humboldt piso las huellas;
nada detiene mi resuelto paso;
de la región glacial aspiro el éter,
veo a mi alcance la bóveda de estrellas
y domina mi planta el Chimborazo!

Quise el primero ser que a hollar llegara
la corona de hielo
que puso Dios sobre la excelsa frente
del atalaya de la cumbre andina,
del coloso y guardián de un Continente;
y me dije: "este manto que en mi mano
"ha surcado los ríos y los mares,
"desiertos y palmares
"del suelo americano;
"enseña de victoria
"doquiera que lució: valiosa ofrenda
"que trajo con orgullo hasta mi tienda
"el ángel de la gloria,
"a Belona humilló; abrióse paso
"el sol de Libertad; Colombia mira
"su tierra libre y en placer respira.

“Si arroja flores ante mí la Fama,
“si fuí el primero en esa magna guerra,
“quiero el segundo ser que hasta hoy admire
“bajo sus pies un mundo redimido.

“Eclipsar al gigante de la tierra
“de faz altiva y de cabellos canos,
“y desde allí mostrarme a mis hermanos
“en alas de mi ardiente fantasía,
“presa del genio que me indujo siempre
“a darle forma real a lo imposible,
“y a las creaciones de la mente mía.”

Las huellas de Humboldt dejo:
febril anhelo mi seguro paso
dirige audaz por el nevado espejo
que circuye el soberbio Chimborazo. . .

Toco la cima: horrible parasismo
hiela todo mi ser, que a tal alteza,
rozaba el infinito mi cabeza
y miraba a mis pies el hondo obismo!

Alados querubines arrojaban
frescas guirnaldas a mis pies: traía
cada una, un nombre de guerrera hazaña
que en mi delirio con amor leía. . .

.....

¡Valiosas plumas que la madre España
dejó olvidadas en la Patria mía!
de súbito a mis ojos se presenta,
bajo semblante adusto y tez rizada,
el tiempo con su hoz amenazante. . .
“Yo soy el padre de los siglos —dijo—
“arcano de la fama y del secreto,
“de la insondable eternidad el hijo,
“y solo al infinito estoy sujeto.

“No abre sepulcros para mí la Muerte
“Porque es más grande mi poder; los soles
“que mil generaciones calentaron,
“por oriente los ví cuando asomaron
“y en la nada ocultar sus arreboles.”

“Miro el pasado, y el futuro leo,
“y por mi mano lo presente pasa. . .”
“¿Por qué en tu iluso, irracional deseo,
“a tu ambición audaz no pones tasa?
“¿Por qué así te envanece, niño o viejo,
“hombre o héroe, que loco has pretendido
“igualar en poder al Increado?
“de la sabia razón oye el consejo:
“Tu mundo redimido
“un átomo es no más ante él formado
“al leve soplo del que guarde en todo
“nació humilde y murió crucificado!
“No imagine tu mente soñadora
“que esos instantes que contar no puede
“el que en el limo de este mundo mora,
“de mis arcanos la medida sean. . .
“De todas las edades; los despojos
“lleve conmigo: tu valiente hazaña,
“por la que el mundo te convierte en mito,
“tiene ningún valor ante mis ojos.

“Todo es menos que un punto en lo infinito!
“como ¡Oh Tiempo! —le dije:
“sobrecogido de un terror sagrado;—
“desvanecerse no podrá en las nubes
“de su ambición sin valla,
“el mortal que a tan alto se ha encumbrado?

“Pasé a todos los hombres en fortuna. . .
“pequeños ante mí han aparecido. . .
“tú has visto que una a una
“todas mis voluntades se han cumplido.”

“Yo domino la tierra con mi planta:
“llego al Eterno con mis manos; siento
“bullir bajo mis pasos las prisiones
“que el Averno forjó. . . en torno veo
“astros inmensos, soles infinitos. . .”

“El espacio que encierra la materia
“mido yo sin asombro, a mi deseo;
“leo en tu rostro la historia del pasado;
“y el pensamiento del destino leo!”

Dió el anciano dulzura a su semblante,
y “Observa” dijo: “en tu inspirada mente,
“trata de conservar lo que aquí has visto.”
“Con tu pincel de fuego
“dibuja a tus iguales
“el físico Universo y el que pueblan
“las virtudes humanas; te lo ruego,
“ante todo, no ocultes los arcanos
“que el Cielo te revela en este instante:
“dí siempre la verdad a tus hermanos.”

Volví a mirar a quien así me hablaba;
pero a nadie encontré, sólo me hallaba.

.....
.....

Por largo tiempo examiné, abatido
sobre mi hermoso lecho de diamante
reclinado quedé. . . la voz me llama
de mi bella Colombia, a quien adoro!

El peso de ese sueño de martirio
sacudo con violencia, me incorporo,
y escribo mi delirio!

Joaquín María Pérez

Panamá, Julio de 1883.

La verdad contra las calumnias de la señora Marietta de Veintemilla

(Conclusión)

La señora Veintemilla escribe:



L triunvirato que formaban Andrade, Nieto y Terrazas, inició su campaña —después de la abolición del Concordato— fijando en las iglesias el entredicho e instruyendo en la predicación adecuada a los caporales del púlpito. . .

“Los tres canónigos alma de aquella intriga, no se separaban ni de día ni de noche, y era de verse su aspecto furibundo en el Palacio Arzobispal, disponiendo su negro ejército para la campaña de cirios, dobles, rezos, crespones, invectivas y hasta puñales, si llegaba el caso de emplear esas armas, menos hipócritas que las anteriores contra el Gobierno”.

Estas afirmaciones y los anacronismos, contradicciones y trocatintas que se observan en las

“Páginas del Ecuador”, dan sobrado fundamento para adherirse al juicio de los que creen que Dña. Marietta no es la autora del cuaderno publicado con su nombre. A no dudarlo, el verdadero autor zurció su libretín a modo de historia, sin cuidar si decía verdad o mentira en su narración. Ni podía ser de otro modo; pues está claro que no tuvo a la vista ningún documento fehaciente, sino sólo apuntamientos inconexos, escritos sin duda por la señora. Sea de esto lo que fuere, ella prestó su firma y aceptó toda la responsabilidad y con élla debo entenderme.

¿Decídme, Señora, es posible que vos, perfectamente instruída en todos los hechos del Gobierno de vuestro tío, hayáis podido ignorar que el decreto de suspensión del Concordato se publicó el 28 de Junio de 1877, y que el Reverendísimo Señor Vicario Capítular Andrade fué desterrado el 24 del mismo mes, es decir, cuatro días antes? ¿No sabíais que el Sr. Dr. Terrazas, perseguido por vuestro tío, andaba a monte desde Diciembre de 1876 en que se verificó el combate de Galte, sin que hubiese podido presentarse en la ciudad, a excepción de pocos días que estuvo asilado en la Legación Francesa, viviendo aún el Ilmo. Sr. Checa? El Sr. Vicario Andrade estuvo oculto, sin atreverse a pisar siquiera los arrabales de esta Capital, hasta Julio de 1880, mes en que entró a esta Ciudad el Excmo. Monseñor Delegado Apostólico Mocenni, y el Sr. Terrazas no salió a luz sino en Junio de 1878, después que se promulgó la Constitución de Ambato y cesó la persecución. Y todo esto es constante al vecindario de Quito, y vos, Señora, lo sabíais muy bien. Pero entonces, ¿cómo habéis tenido valor para afirmar que yo con esos dos sacerdotes formábamos un triunvirato y que no nos separábamos ni de día ni de noche en el Palacio Arzobispal? “Era de verse, decís, su aspecto furibundo en el Palacio Arzobispal”. ¿Tenían acaso esos dos sacerdotes el don de bicolarse? ¿Decídme más: no es

verdad que el Sr. Vicario Andrade y el Sr. Terrazas eran buscados con instancia por vuestro tío? ¿No os consta que repetidas veces se enviaban escoltas para prender al Sr. Vicario Andrade, y que felizmente nunca pudo hallársele? ¿Pues, si vos los veíais en el Palacio Arzobispal, no como quiera, sino preparando conmigo el ejército negro y afilando puñales contra el Gobierno, cómo no fueron aprehendidos? ¿Cómo se nos dejaba obrar impunemente? ¡Oh qué Gobierno tan tolerante o tan inepto! Pero es notorio en toda la República que él no sufría la más ligera oposición. Conocida es igualmente por todos la hazaña del General Veintemilla contra el Sr. Vicario Andrade, y respecto al Sr. Terrazas, he aquí lo que a mí me consta, y sin duda, vos Señora lo sabéis también. El Ilmo. Sr. Checa le pidió a dicho General que dejara en libertad a ese canónigo, puesto que no había cometido ningún delito en servir la capellanía del ejército que en Galte combatió por el Gobierno Constitucional; pero él pretextando que Terrazas había vertido algunas frases contra su persona en las exhortaciones que hiciera a los soldados, tuvo valor para negarle, rostro a rostro, no la gracia sino el acto de justicia que le pedía, sin embargo de haberle demostrado que eran falsas las imputaciones que se hacía a aquel canónigo, quien continuó perseguido y oculto hasta la fecha que dejo indicada. Cuán verdadero es el refrán: "el mentir pide memoria."

Por lo que a mí respecta, desde el día en que fué desterrado el Sr. Vicario hasta algunos días después de la erupción del Cotopaxi, me hallé enfermo en cama, y después de convalecer algún tanto, salí al campo, donde permanecí hasta Noviembre. El Sr. Dn. Ramón Acevedo —que se encargó de la Provicaría desde el día en que fué desterrado el Sr. Vicario Capitular— perseguido durante mi ausencia por el Gobierno, se había ocultado. El Sr. Dr. Dn. Vicente Daniel Pastor, que era otro de los Provicarios, había

rehusado el cargo a causa de la grave enfermedad que padecía; de suerte que a mi regreso a esta Capital encontré al Gobierno de la Arquidiócesis en completa acefalía. Como de los tres Provicarios nombrados no quedaba sino yo, urgido por la conciencia me encargué del Gobierno eclesiástico el 28 de Noviembre de 1877, es decir, cinco meses después del destierro del Reverendo Sr. Vicario Capitular y lo desempeñé con algunas interrupciones, hasta Julio de 1880, en que este Prelado dejó su escondite. En todo este tiempo me comunicaba, como era forzoso con él, por medio de cartas; pero con el Sr. Terrazas nunca, ni aún sabía el lugar dónde se había refugiado, y no lo ví sino en Junio de 78 en que recobró su libertad y cesó la persecución.

Es cierto que, en cuanto lo permitían mis escasas fuerzas, tomé parte en la defensa de la Religión y de la Iglesia, y de ello no puedo arrepentirme, antes bien, siento la dulce satisfacción que se experimenta después del cumplimiento de un deber. Por lo demás, desafío a quien quiera que sea, me pruebe que yo hubiese tomado parte, directa ni indirecta, en las conmociones populares tan frecuentes durante la Dictadura del General Veintemilla. Con mis hermanos los sacerdotes o junto a los Prelados, jamás he traspasado los límites que la misma Religión señala a los que la defienden.

Doña Marietta por incriminar a los sacerdotes de su imaginario triunvirato dice:

“Honorables sacerdotes, no obstante, como los Srs. Tobar, Freire, Romero, Mantilla, Campuzano, López, Montaña y otros, se apartaron de sus violentos compañeros de Cabildo, en la ruptura de hostilidades, aunque guardando siempre la reserva y decoro propios de la neutralidad.

Parece imposible que la Sra. hable la verdad; los renglones anteriores contienen una falsedad. Tráiganse a la vista las protestas, exposiciones o

escritos del Clero en defensa de los derechos de la Iglesia contra los avances del Gobierno de Veintemilla, y se leerán los nombres de los sacerdotes exceptuados; y si faltan los de los Señores López y Montaña es porque se hallaban ausentes. En el tiempo a que se refiere la Sra., el Sr. López era cura de Ambato y el Sr. Montaña capellán de ejército, y sin embargo en las páginas se les hace canónigos. ¡Cuán ignorante estaba el autor de lo que perfectamente sabía Dña. Marietta! El Sr. López ascendió a la Canongía el año 81 y el Sr. Montaña ni ha sido ni es canónigo. En verdad, el único que no tuvo parte en la defensa que hizo el Clero fué el canónigo Dr. Terrazas, no porque le faltase voluntad de hacerlo, sino porque, a causa de la dura persecución que sufría, no nos era posible comunicarnos con él; pues, como ya lo he dicho, muchas veces ni aún sabíamos el lugar de su escondite.

Todo cuanto dejo relacionado es público y notorio en esta Ciudad; sin embargo, léanse las dos cartas siguientes que confirman mis dichos:

Quito, Mayo 20 de 1891

Señor Canónigo Dr. Dn. Ramón Acevedo.—
Presente.—Muy estimado amigo mío: A fin de poner en su lugar la verdad contra las falsedades de Dña. Marietta Veintemilla, suplico a Usted tenga la dignación de responder, al pie de ésta, a las preguntas siguientes: 1^a—¿No le consta a Usted que en la noche en que acaeció en Quito el tumulto después de la erupción del Cotopaxi, yo me encontraba enfermo en cama, y que después de algún tiempo salí al campo para restablecer completamente de mi salud? 2^a—¿Quién desempeñó la Provicaría desde el día en que fue desterrado el Sr. Vicario Capitular, Dr. Dn.

Arsenio Andrade, hasta Noviembre de 1877? 3ª—
En todo aquel tiempo ¿Usted me vió en el Palacio
Arzobispal? 4ª—¿No es verdad que por la persecución
que suscitó contra Usted el Gobierno, quedó en
acefalía la Provicaría? 5ª—¿No le consta que el Sr.
Canónigo Dr. Terrazas fue perseguido inmediatamente
después del combate de Galte, hasta que se promulgó
la Constitución de Ambato, esto es, hasta Junio de
1878, mes en que el Gobierno los declaró libres a
Usted, al Sr. Dr. Campuzano y a dicho Dr. Terrazas?
6ª—Durante el tiempo de la persecución, ¿se
presentó alguna vez en Quito el Sr. Terrazas siquiera
ocultamente, mucho menos en público? 7ª—¿Qué
causa hubo para que el Gobierno le persiga a Usted?
Suplicándole me permita publicar su contestación,
me suscribo de Usted Afmo. amigo S. S.—José Nieto.

Señor Dr. Dn. José Nieto.—Presente.—Muy
estimado Señor y amigo:—Tengo la honra de contestar
su carta del 20 del presente relatando concisamente
los hechos a que se refieren sus preguntas. A la 1ª—
Me consta de un modo evidente que estuvo Usted
enfermo en cama en la noche que fue desterrado el
Reverendísimo Sr. Vicario Capitular Dr. Dn. Arsenio
Andrade, y que después de pocos días salió para
Tumbaco, donde permaneció hasta Noviembre de 1877.

A la 2ª—Habiéndose excusado tanto Usted como
el finado Sr. Dr. Dn. Vicente D. Pastor, que fueron
los primeros designados por el Reverendísimo Sr.
Vicario Capitular para subrogarle en el Gobierno de
la Arquidiócesis, tuve yo que hacerme cargo de la
Provicaría, la que serví hasta el 15 de Noviembre
de 1877.

A la 3ª—Es cierto que durante los meses de mi
administración como Provicario, Usted, por su
enfermedad y hallarse ausente de Quito, no tomó
parte sino en el manifiesto que hizo el Clero por la
suspensión del Concordato.

A la 4^a—En el mes de Noviembre tuve que ocultarme por la persecución del Gobierno y fue entonces, y para que no quedase enteramente abandonado el Gobierno de la Arquidiócesis, que Usted se hizo cargo de la Provicaría.

A la 5^a—Es un hecho que me consta a mí y a todo Quito que el Sr. Canónigo Terrazas apenas mejoró de la fiebre que padeció después del combate de Galte, tuvo que ocultarse para evadirse de la persecución del Gobierno civil y que permaneció oculto hasta Junio de 1878 en que se nos dió libertad a los perseguidos.

A la 6^a—Me consta que el Sr. Terrazas durante el tiempo de su persecución estuvo tan oculto que no se dejaba ver ni de sus amigos y que no tomó la menor parte en los asuntos de entonces.

A la 7^a—Uno de mis primeros actos como Provicario fue reclamar y protestar en 4 de Julio de 1877 contra el decreto de 28 de Junio, suspendiendo el Concordato. Además, en Octubre del mismo año recibí indicación del Reverendísimo Señor Vicario Capitular, de que se hiciera en esta ciudad una procesión solemne en desagravio de los ultrajes que se habían hecho en Guayaquil contra el Santísimo Sacramento. Traté de cumplir con este deseo del Reverendísimo Señor Vicario, y como el Señor Jefe Civil y Militar de Quito se opusiera a ello, tuve que dirigir a este Señor dos oficios tales cuales demandaban las circunstancias. Estos fueron los delitos que me indispusieron con el Gobierno y por lo que tuve que permanecer oculto hasta Junio de 1878.

Autorizo a Usted para que de la presente haga el uso que más le convenga, me suscribo de Usted atto. y afmo. amigo y S. S.

Ramón Acevedo.

Quito, Febrero 20 de 1891

Señor Vicario General Dr. Dn.
Juan de D. Campuzano.

Presente.

Mi distinguido amigo:

La Señora Marietta Veintemilla asegura en las "Páginas del Ecuador", que Usted entre otros sacerdotes se separó de sus compañeros en la defensa que hacían de los derechos de Dios y de su Iglesia contra los ataques de la prensa y los avances del Poder Civil, guardando la reserva y decoro propios de la neutralidad. Tengo para mí que estas afirmaciones son demasiado deshonrosas para un sacerdote. Llamar reserva y decoro a la deserción, es el colmo de la insensatez, y la neutralidad de un sacerdote, cuando los dogmas de la Religión y los sacrosantos derechos de la Iglesia son combatidos, es y se llama traición. Me consta que la Sra. Veintemilla dijo una falsedad respecto a Usted y a casi todos los sacerdotes que enumera; no obstante, deseo que Usted se digne referir a continuación de ésta, siquiera alzadamente—ya que las ocupaciones de su cargo no le dejan tiempo disponible— por qué y por cuánto tiempo estaba perseguido; por qué el Gobierno le confiscó la renta que goza como Canónigo, los meses que duró la confiscación y si se le devolvió dicha renta. También tendrá la dignación de decir si le consta que el Canónigo Dr. José M. Terrazas fue el único que no tuvo parte en las exposiciones, reclamos, etc., que hacía el Clero, por hallarse tenazmente perseguido por el Gobierno, por el imperdonable delito de haber sido Capellán del ejército que combatió en Galte en defensa del Gobierno Constitucional y legítimo, y si esa persecución duró todo

el tiempo de la dictadura del General Veintemilla, es decir, hasta la promulgación de la Constitución de Ambato. Se dignará además, autorizarme para publicar su contestación.

Pidiéndole me dispense por haberle distraído de sus arduas ocupaciones, me suscribo de Usted cordial amigo S. S.

José Nieto

Quito, 1º de Mayo de 1891

Sr. Deán Dr. Dn. José Nieto

Sr. y amigo:

Perdone Ud. que haya retardado tanto tiempo la contestación a su estimable de 20 de Febrero de este año. Mis ocupaciones bastante recargadas me han impedido hacerlo oportunamente. Hoy satisfago a mis deseos de modo breve, como Ud. lo desea.

Apenas llegado a esta ciudad el Sr. Veintemilla en los primeros días del mes de Enero de 77 me confiscó mi renta. Entonces el Ilmo. Sr. Checa fue personalmente a hablar con el Jefe Supremo y allí supo su Señoría que la causa que había impulsado a este Señor a dictar tal providencia era la noticia (falsa en el todo) de que yo había escrito un periódico en contra de la revolución de Setiembre y predicado contra él en la iglesia de Conocoto. El General Veintemilla contestó al Ilmo. Sr. Checa: "que el Dr. Campuzano publique un papelito en que se desdiga de cuanto ha dicho contra mí, y yo le volveré la renta". Como no publiqué el papelito, continuó la orden de confiscación. Casi inmediatamente después dí a luz una contestación a la "Carta a los Obispos". Esto debió agravar más las prevenciones del Jefe Supremo contra mí.

En el mes de Febrero del mismo año dijeron al Sr. Veintemilla que yo había reunido en mi casa seis asesinos para matarlos. La Sra. Dña. Marietta Veintemilla tomó mi defensa según me lo aseguró el Sr. Dr. Dn. Leopoldo Freire, gracias a la Señora.

Martirizado el Ilmo. Sr. Checa el 30 de Marzo, subí al púlpito a narrar en medio de lágrimas las virtudes de la noble víctima. Concluída mi mal tejida oración, protesté allí mismo contra la calumnia que el día anterior había echado a volar, en una proclama, el General Veintemilla, al asegurar como aseguró, que el Ilmo. Sr. Checa había pertenecido al bando liberal. Así como bajé del púlpito se me avisó en la misma Iglesia que había orden de prenderme y que tomara algunas precauciones, con todo salí de ella inmediatamente y me fuí al Seminario.

Antes del asesinato del Ilmo. Sr. Checa principié a publicar un periodiquillo con el título de "El Maná". Salió el número 3º después del gran crimen, y en él se lloraba la muerte del Ilmo. Sr. Arzobispo en una mala imitación de las lamentaciones de Jeremías. El General Veintemilla creyó que en ese artículo se le atribuía alguna complicidad en el asesinato, y además lo reputó subversivo, y mandó acusarlo, y en efecto lo acusaron.

A pocos días de esta orden o antes de darla (no me acuerdo bien), fue al Seminario un sacerdote extranjero, hoy obispo en la Oceanía, el R. P. José María Verdier, y dió como muy cierta la noticia de que iban a prenderme. Entonces me aconsejaron que para evitar vejaciones tomara el camino de esconderme, como en efecto lo hice, y permanecí escondido hasta Julio de 78 en que se me dió salvoconducto, y se puso término a la confiscación de mi renta.

En 79 ejercí la Provicaría Capitular, y entonces, con ocasión de que se empezaba a organizar la Casa de Nazaret para sacerdotes pobres, inventaron una especie: aseguraron al General Veintemilla, que esa

Casa se fundaba para encerrar allí a los eclesiásticos que se habían manifestado partidarios de él: sin más resolvieron desterrarme de la República según lo aseguraba una carta dirigida a un amigo mío, por persona, al parecer, de la casa del General Veintemilla. Aconsejado por un sujeto grave y prudente le dirigí a ese Señor una comunicación, para darle a conocer el verdadero objeto de Nazaret. Concluía diciéndole que le escribía porque juzgaba como un deber el desmentir lo que le habían asegurado a él; pero que si no me daba crédito quedaría tranquilo. Esto le dije, más o menos al concluir. El General Veintemilla me contestó atentamente, pero siempre quejoso del Clero.

No me acuerdo si en el año 80 u 81 tuve un desacuerdo grave y público con un Ministro del Gobierno del Sr. Veintemilla. Acaeció en un Certamen de Cánones en la Universidad de Quito. Entonces supe que el Sr. Veintemilla le dijo a su Ministro, que había hecho muy mal en no mandarme inmediatamente al cuartel.

A poco de esta ocurrencia el Excmo. Señor Mocenni obtuvo del Sr. Veintemilla, con mucho empeño, según me lo aseguró el mismo Señor Delegado, que me diera un ascenso en el Coro. Me lo dió en efecto, y por insinuaciones del Excmo. Señor Mocenni, fuí a visitar al Presidente y darle las gracias por el ascenso.

De lo que acabo de exponerle y de muchas otras cosas que omito, pero que Usted las conoce, sacará Usted cuan sin razón se me ha colocado entre los neutrales en las disenciones habidas entre la Iglesia y el Gobierno del señor Veintemilla.

Me consta que es verdad lo que Usted dice respecto del Sr. Dr. Dn. José María Terrazas, en la parte final de su estimable comunicación.

De Usted atento amigo y servidor.

Juan de Dios Campuzano.

VIII

Imperturbable Dña. Marietta en su nada honrosa tarea de difamación y calumnia escribe:

“Quedaréis en adelante privados de visitar los templos —decían algunos curas y padres jesuítas, mintiendo a sus feligreses—. “Los ateos no se contentan con vuestra pérdida material, sino que quieren la perdición de vuestra alma, negándoos los inefables consuelos de la religión. Ya no recibiréis el pan eucarístico; ya no podréis buscar en el sacerdote al amigo, al hermano en nuestro Señor Jesucristo, porque los infames descreídos y los perversos, han dispuesto otra cosa a consejo de Satanás.”

Sois vos, Señora, quien ha mentido cuando escribísteis los renglones anteriores. ¿Quiénes son los jesuítas y curas que profirieron esas palabras? Los conocéis a todos, nombrádoslos. Nadie en Quito las ha oído; pero vos, sin duda diestra en taquigrafía, concurriríais a oír todos los sermones y os llevábais copia exacta de ellos, pues que repetís textualmente las palabras que oísteis. Pero supongamos que algún sacerdote hubiese dicho algo semejante a lo que achacáis a algunos jesuítas y curas, ¿por qué se consideraba el Gobierno ofendido? En las palabras que habéis inventado sin mucha habilidad y puéstolas en boca de los jesuítas y curas, se nota alguna alusión al Gobierno? y si él se consideraba aludido, ¿no es evidente que él mismo se contaba entre los ateos, los infames descreídos y perversos?

No os hago, Dña. Marietta, la injuria de creer que os hayáis alistado en el ejército cuya principal consigna es odio al sacerdocio y principalmente a los jesuítas, y más bien quiero persuadirme que, vencida por una pueril vanidad, habéis consentido el ser el testafarro de algún furioso capitán de ese ejército

que, bajo vuestro nombre, quiso desfogar sus iras dando cumplimiento a dicha consigna. Pero sea como quiera, el libro aparece escrito por vos, y con vos continuó entendiéndome.

En la página 245 y siguientes se leen estas afirmaciones, que revelan el odio con que fueron escritas.

“Como he dicho anteriormente, a falta de otro recurso, seguí a los tulcaneños, quienes al saber la entrega del Palacio, nada quisieron escuchar huyendo hasta encontrar a los jesuítas para pedirles amparo.

Parte del convento de estos sacerdotes, habíamos ocupado, con el objeto de combatir dominando a nuestros enemigos; y de allí el por qué los tulcaneños pronto encontraron a los que, inocentemente, llamaron sus salvadores.

—Idos— fue la primera palabra pronunciada por los jesuítas, al ver a los vencidos. . .

—Todos hacia la calle— ordenáronles, faltando así, a los más sencillos principios de la conmiseración humana. . .

Mis tías habían recibido una carta del Superior de los Jesuítas, Padre Sanvicente, autorizándolas para refugiarse con toda la familia en su convento. . .

Mas, lejos de cumplir con la palabra empeñada, fuimos entregadas al enemigo triunfante, sin que salvara uno solo de los soldados, uno solo de nuestros amigos.

Los mansos corderos sirvieron pues, la mejor presa a los lobos.

Gozáronse en entregar a los refugiados por adular a los vencedores.

El Padre Sanvicente corría de un extremo al otro sacando con engaño a los infelices que se escondían.

Este sacerdote estuvo quizá como nunca, a la altura de su jesuítico ministerio”.

Después que os he convecido, Señora, con documentos irrecusables, de falsedad en cuanto habéis escrito relativamente al Clero, habrá alguno tan inocente o tan parcial que os crea lo que, sólo bajo vuestra palabra, afirmáis respeto a los RR. PP. Jesuítas y al muy respetable Padre Sanvicente?

Decís que este Padre escribió a vuestras tías autorizándolas para que se refugiaron en su casa con toda la familia; pero el Presbítero Sr. Darío A. Montaña, vuestro inseparable compañero y testigo presencial de cuanto ocurrió en los días 8, 9, 10 y 11 de Enero de 1883 asegura otra cosa, como lo veréis en la carta que a continuación transcribo. Vuestra familia entró a la casa de los Jesuítas, no por la puerta, sino furtivamente, por un horado hecho en la pared que divide dicha casa y el cuartel, y sin embargo los Padres la recibieron con benevolencia y la obsequiaron.

Decís que todos los soldados fueron entregados sin que se salvara ni uno solo de ellos; pero el mencionado Presbítero asegura que él, ayudado de un jesuíta, salvó unos tantos poniéndoles la escarapela que usaban los restauradores, y que si no escaparon otros más, fue porque se puso guardia en la puerta de la iglesia.

Afirmáis que no se salvó uno solo de vuestros amigos y vos misma contradiciéndoos aseguráis —pág. 247— que familias enteras se ocultaron en el mismo convento sin que nadie lo sospechara. Estas familias no podían ser sino de vuestros amigos, puesto que se ocultaron, y sin embargo se salvaron, a pesar de que según vos, el Padre Sanvicente corría de un extremo a otro sacando con engaño a los escondidos.

Ahora bien, creéis, Señora, de buena fe que los jesuítas hubieran podido salvar a vuestra familia por más que lo quisiesen? El día 11 muy por la mañana era ya público en la ciudad que ella había

pasado por el agujero del cuartel a la casa de los jesuítas, y tan público fue que lo supe yo en el Palacio Arzobispal, y en el acto fuí —lo digo por necesidad, sin ella lo habría callado— a la Compañía por ver si podía salvarla, y regresé palpando la imposibilidad de lograrlo. Supongamos que la hubiesen colocado en un escondite tal que fuera imposible encontrarla, ¿habría permanecido allí indefinidamente? Los Jefes de la restauración sabían con certidumbre que vuestra familia estaba en la Compañía y habían resuelto tomarla a toda costa; porque, —según oía decir entonces— esta medida era de absoluta necesidad permaneciendo el estado de guerra con vuestro tío, a fin de que no se repitiera lo que ella hizo en la revolución del 8 de Setiembre, que desde su asilo en casa del Ministro Inglés, trabajó activamente por su triunfo. Además, aún no bien constituido el Gobierno de la restauración —no hay por qué no decirlo— algunos subalternos se desmandaron e hicieron cosas reprensibles. Invadieron el Palacio Arzobispal, y del lado del Ilmo. Sr. Arzobispo arrancaron a su hermano el Sr. Dn. Carlos Ordóñez, y los jesuítas habrían podido salvaros?

He aquí la carta al Sr. Montaña:

Quito, Febrero 11 de 1891

Señor Dr. Darío A. Montaña.

Estimado amigo mío:

A fin de rectificar cierto error en que ha incurrido la Sra. Marietta Veintemilla, suplico a Ud. se digne contestar, a continuación, a las preguntas siguientes:

1ª—¿No es cierto que Ud. oficiosamente fue a donde el Padre Sanvicente a suplicarle que, en caso necesario, dé asilo en el convento a las Sras. Veintemillas y que el Padre se negó a recibirlas, alegando la razón de que no estaba en su facultad dispensar la clausura?

2ª—¿No es verdad que habiéndole Ud. arguido en contra manifestándole que en casos, como el en que se encontraban las Sras., no debía tener escrúpulo de que se viole la clausura, el Padre no replicó y tomando Ud. ese silencio por consentimiento, fue donde las Sras. y las persuadió a que pasaran a la casa de los Jesuítas, y que el paso se verificó por un agujero que los soldados habían practicado en la pared medianera entre el cuartel y el convento?

3ª—¿Cómo fueron tratadas las Sras. por los Padres cuando ya estaban en su casa?

4ª—¿No es verdad que Ud., acompañado de un Padre jesuíta, hizo escapar a varios soldados de Veintemilla poniéndoles la escarapela que usaban los restauradores?

Dispénsame, amigo mío, la molestia y ocupe a su affmo. amigo y S. S.

José Nieto

Guápulo, 11 de Febrero de 1891

Señor Dr. Dn. José Nieto,
Deán de la Iglesia Metropolitana.

Quito.

Muy respetado señor y buen amigo:

Tengo el honor de contestar a US. las preguntas que me hace a continuación de ellas, y con la verdad que debe ser el carácter distintivo de un sacerdote.

A la primera, diré a US. que es verdad me propuse yo espontáneamente a dar este paso porque temía un mal resultado, y al ser las Señoras tomadas en el Palacio, había mucho riesgo, aún de sus vidas, por esto les persuadí que pasaran a ese lugar, excepto la señorita Marietta quien se encontraba en el Palacio y muchas veces fuera de él, dirigiendo en persona la acción.

A la segunda, es verdad todo su contenido.

A la tercera, esa tarde observé que las trataron muy bien y aún las obsequiaron como pudieron, pero al otro día ignoro lo que pasó porque estaba separado.

A la cuarta es muy cierto, porque habiendo yo advertido que los restauradores tenían divisa azul, busqué un pedazo de ese color por la sacristía, y habiéndolo encontrado, distribuí a los que pude, a fin de confundirlos con los otros y propuse al Rvdo. Padre Silva, Sacristán mayor de dicha iglesia de jesuítas, que abriéramos un poco la puerta de la iglesia y fuéramos sacando por allí los que podamos, a lo cual se prestó gustoso, y lo verificamos hasta que lo notaron y pusieron guardia.

Quedan pues así contestadas las cuatro preguntas a las que US. se refiere, y aprovechando de esta ocasión, me repito una vez más de US. su consecuente amigo y seguro capellán; y lo firmo, dando a US. libertad para que haga el uso que le convenga.

Darío A. Montaña.

No sólo los jesuítas, los Padre franciscanos han sido también calumniados en las "Páginas del Ecuador". He aquí lo que se lee en la 197:

—¿"Quién ha traicionado?"— pregunté (a los tulcanes que venían de fuga).

—Los Padres contestáronme—; los Padres de San Francisco que desarmaron a nuestros hermanos que guardaban las torres. Desde allí nos han asesinado después, aprovechando de nuestro descuido.

En efecto, tras la victoria que obtuvimos a las dos de la tarde, los franciscanos cuyo Superior era un Padre Baltazar, hicieron abandonar su puesto a los tulcaneños que guardaban las torres.

—La caridad cristiana nos ordena daros de comer— dijéronles —dejad entre tanto las armas en su lugar—.

Aquellos malos sacerdotes aprovecharon del engaño y colocaron en los lugares antes ocupados por los tulcaneños, a los enemigos armados con nuestras propias armas, y fue así que, después de dos horas y a la llegada de Landázuri, pudieron hacer grande carnicería en nuestra tropa.”

Me parece que ésta es mentira de los tulcaneños. Me he informado de lo que sucedió en San Francisco el día 10 de Enero, y he aquí lo que me han referido personas dignas de crédito de dentro y fuera del convento.

Una partida de tulcaneños rompió la pared que media entre el edificio de la Policía y el convento de San Francisco y se introdujo en éste. Inmediatamente buscaron la entrada a las torres y, como forasteros, no la encontraron. Los Padres no quisieron mostrársela por temor de que se dañara el reloj, que no hacía mucho tiempo habían colocado en una de ellas. Desesperanzados de ocupar las torres, se recostaron aquí y allí en el patio y claustros, como esquivando volver al combate.

Los Padres, viéndolos que se estaban allí, con gran sociego, les invitaron a comer, como lo hicieron también a varias personas, hombres y mujeres, que imprudentemente habían ido a la iglesia y se quedaron allí. Los soldados aceptaron el convite, pero

antes colocaron las armas en una celda dejando allí un centinela. Entre tanto algunos jóvenes habían arrimado una escala a la casa de Dña. Virginia Klinger, que está contigua a San Carlos, y subiendo al tejado descendieron al Noviciado de San Francisco —edificio que sirvió de Seminario Menor— y de aquí pasaron al convento. Los susodichos jóvenes habían observado que las torres estaban vacías de gente y determinaron ocuparlas. Mas, como al entrar al convento divisaron soldados, dispararon sus fusiles e hirieron a un sirviente de la comunidad. Los tulcanenses, ciertamente descuidados y sin armas a la mano, se rindieron en seguida. Los recién entrados, conocedores del convento, se dirigieron sin vacilar a las torres y las ocuparon, no obstante las reiteradas súplicas de los Padres para que no lo hicieran, manifestándoles que sin duda iban a perder su reloj. Los tulcanenses que estaban en la grada larga del atrio de San Francisco, bajo de él y en la plaza, emprendieron la fuga, porque, ciertamente, les era imposible resistir los fuegos que se les hacía de las torres de San Francisco, de Santa Clara ocupada desde muy por la mañana por los restauradores y aún de las ventanas de algunas casas vecinas.

Es pues absolutamente falso que los tulcanenses hubiesen ocupado las torres, y los Padres hubiesen tomado la más ligera parte en lo sucedido en su convento.

En la página 208, escribe la señora lo siguiente:

“En el momento aquel de confusión ocasionado por la fuga que los tulcanenses emprendieron desde San Francisco hasta el Palacio, Morales con las compañías de su batallón, más el número “26”, creyeron que se había pronunciado la derrota en nuestras filas. Este último cuerpo penetró en el Palacio Arzobispal a instigación del Canónigo Arsenio Andrade, quien les persuadió de que era ya tiempo de cesar en la resistencia.”

Las palabras subrayadas del párrafo anterior contienen una falsedad. Yo estuve también en el Palacio Arzobispal, junto con el Sr. Dr. Arsenio Andrade y muchas otras personas, y referiré con toda la verdad lo que ví.

No me detendré en el asilo que buscó todo el personal del Gobierno en el Palacio Arzobispal, el día 9 víspera del combate. Allí recibió, a las 6 p. m. al Parlamentario que le envió el Sr. General Salazar intimándole la rendición de la plaza. Me parece que por falta de papel timbrado para contestar, pasó al Palacio de Gobierno y no regresó. Me limitaré, pues, a lo que presencié el 10, día del combate.

Poco después de las 12 de aquel día, se presentó el Coronel D. Luis F. Ortega y dijo al Ilmo. Señor Arzobispo:

—Hemos derrotado ya a los del Sur; no nos falta sino debelar a dos o trescientos hombres que vienen del Norte con Landázuri, lo cual costará poco trabajo.

—Bien— le contestó el Ilmo. Sr. Arzobispo; —pero tal vez Ud. no ha comido?—

Ciertamente que no —le respondió—.

Entonces el Ilmo. Prelado dió orden que le sirvieran una refacción, concluída la cual salió.

A la una p. m. vimos, desde la galería interior del Palacio bajar al trote y disparar los fusiles a los soldados del Norte, de la colina de San Juan a la ciudad, y a poco rato oímos que se volvía a encender el fuego que se había apagado antes. A las dos p. m. entraron al Palacio unos oficiales trayendo tres o cuatro heridos —no recuerdo el número fijo—. Confesamos a los que creíamos estaban de peligro y se curaron todos. Los oficiales se arrimaron a los pilares y quedaron quietos. Un religioso converso de los Redentoristas, les dijo: —Señores, los heridos están curados y en seguridad, pueden Ustedes salir—. Si Ud. viera —le contestaron— cómo está la esquina de la Concepción, no nos mandaría salir; aquello

parece un infierno— y se quedaron. De tres a cuatro p. m. oímos fortísimos golpes dados a la puerta del Palacio, que estaba asegurada con una fuerte tranca, y a poco rato, forzándola, se lanzaron dentro los soldados del General Veintemilla, a mi parecer en número de algo más de ciento. Por de pronto nos persuadimos que su intento era ocupar la galería exterior del Palacio, para hacer fuego desde allí; pero nos engañamos, porque precipitadamente llegaron a un ángulo de los corredores altos, y allí arrojaron los fusiles, muchos se desnudaron del vestuario militar y en seguida se derramaron por el Palacio buscando donde esconderse.

Estos soldados, pues, se refugiaron en el Palacio derrotados y poseídos de miedo pánico y es falso que hubiese precedido instigación del Sr. Dr. Andrade ni de nadie. Ni era posible que este señor hubiese podido comunicarse con ellos. No por la puerta, porque nadie se atrevía a acercarse a ella por temor de ser víctima de alguna bala; tampoco por la galería exterior por la misma razón. Si el Sr. Dr. Andrade los hubiese persuadido a que entraran, les habría franqueado la puerta, y no habrían tenido necesidad de romperla, como lo hicieron y consta a las muchas personas que estaban con él.

CONCLUSION

Apeles, acusado falsamente por Antífilo de haber conspirado contra Ptolomeo, Rey de Egipto, y causado el levantamiento de Tiro, estuvo a punto de perecer, pues el Rey le habría condenado a muerte si no se hubiese descubierto oportunamente la verdad. Ptolomeo, arrepentido de su ligereza en creer lo que se le había aseverado sin ninguna prueba, devolvió su amistad a Apeles y aún le regaló

una grande cantidad de dinero. El insigne artista, sin contentarse con haber perdido su honra y la estimación del Rey, y atento a la injuria que se había hecho a la verdad, pintó el hermoso cuadro La Calumnia, cuya descripción es muy conocida. Yo, no pudiendo pintar un cuadro semejante, he tomado la pluma, y en medio de mis habituales dolencias he demostrado con documentos fehacientes, que todo lo que afirma Dña. Marietta Veintemilla respecto al clero, es falso y calumnioso.

Espero confiadamente que éste mi pobre trabajo, emprendido sin ninguna pretensión, y sólo por amor a la verdad y porque la fama del clero de mi Patria no sufra el más pequeño detrimento, rectificará el juicio que de él hubiesen formado los extranjeros con la lectura de las Páginas del Ecuador. No he escrito sino lo que me consta a mí, o lo que he hallado en documentos irrecusables, o después de indagaciones prolijas y concienzudas. Así, pues, protesto que no contestaré a nadie —si hubiese alguno que quisiese contradecirme— si su réplica no viene autorizada con documentos tan buenos como los que he presentado.

Pero antes de dejar la pluma, permtidme, Dña Marietta, que os dirija unas pocas palabras de consejo. Soy sacerdote y todavía vive en mi pecho la estimación hacia vos y vuestra familia. Os he conocido desde vuestra infancia y creedme, al leer vuestro libro, he sentido grande compasión por vos. ¡Cuán otra sois de la que fuisteis! Volved atrás, todavía es tiempo. Si os empeñáis en continuar por el camino que, en mala hora, habéis emprendido, Dios no lo quiera, seguiréis los pasos de Madama Roland y de otras, a quienes Dios crió con excelentes disposiciones para la verdadera virtud, y en su primera edad correspondieron a la gracia divina; pero después la vanidad y los malos libros extraviaron su entendimiento y acabaron por perderlas. Dios

ha infundido en mi alma sed insaciable de gloria, decís en la pág. 249 de vuestro libro. Creedme, no Dios, sino ideas falsas adquiridas en malas lecturas, os han infundido esa sed. Es indispensable distinguir entre gloria y gloria. La hay de buena ley y la hay vana. Si empleamos los dotes con que Dios nos ha favorecido en acciones buenas y loables, nuestro nombre será bendecido; pero si las hacemos servir para empresas reprobadas por la razón y la Religión, nuestro nombre será pronunciado por muchos, pero para maldecirlo. El valor, por ejemplo, puesto al servicio de la Patria o de la defensa del desamparado injustamente invadido, merecerá elogios de todo hombre bueno; pero el valor del pirata que pelea, sin tener en cuenta su vida, por defender la presa injustamente retenida, no le procurará honra sino vituperio. La condesa de Bureta, Agustina Zaragoza y la joven Manuela Sancho, defendiendo la independencia de su patria contra la injusta invasión de los franceses en los sitios de la ciudad de Zaragoza, han pasado a la historia con gloria. Erostrato incendiando el templo de Diana para inmortalizarse, ha pasado sí a la posteridad, pero como un malechor. Mas, hablando en puridad, persuadíó que las prendas o dotes naturales, como el valor, el talento y otras, de nada sirven si las acciones emanadas de ellas no están informadas por la caridad y el temor de Dios; no son sino Vanidad y humo: únicamente merece alabanza la mujer que teme a Dios.

Quito, Junio de 1891.

(f.) José Nieto.